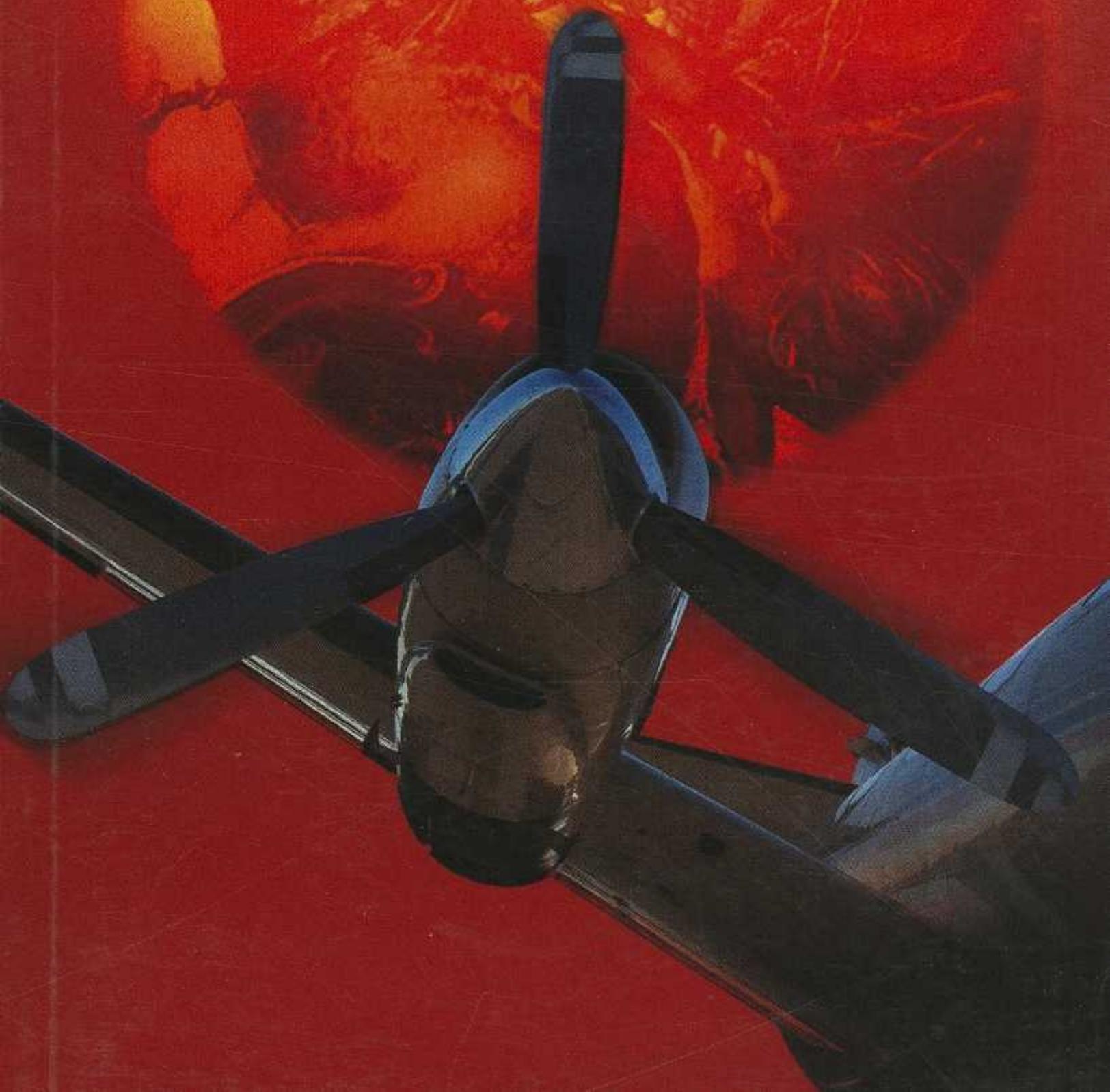


El Complejo de  **Faetón**

Andrés Acosta



# EL COMPLEJO DE FAETÓN

Andrés Acosta

Editorial: SM DE EDICIONES  
ISBN: 9707850582  
Año: 2006

## Un complejote de Faetón

Entramos en su privado, don Polo dijo que me sentara frente a su escritorio y, después de escuchar con enorme paciencia mi relato de cómo había llegado al Consejo Tutelas para Menores Infractores, sus ojos se encendieron y soltó de golpe:

–Lo que tú tienes es un complejote de Faetón que no puedes con él.

–¿Un complejote de qué?

–Tienes tanto que hasta se te escurre por las orejas...

–¿Qué qué?

No entendí a qué se refería don Polo, pero me sonó muy ofensivo; que yo supiera, no tenía ningún complejo de Faetón ni de nada parecido. No me sentía ningún acomplejado...

Por lo menos eso pensé entonces. De plano estaba que me llevaba el diablo, era uno de mis peores días en mucho tiempo y, encima, ahora tenía que aguantar una ofensa más... Ya se habían ensañado los suficiente conmigo *los mostros* para que todavía llegara don Polo a decirme sus cosas extrañas.

Poco antes, el jefe de mi dormitorio me había ordenado:

–¡Vete de volada con los *mostros* y pides que te den unos ocho ganchos... no, mejor que de una vez te den los diez... pero rápido, porque son para ya!

Cuando llegué al dormitorio de los *mostros*, el siete, pedí al que estaba en la puerta los ganchos, de parte del jefe del tres (entre más bajo sea el número del dormitorio, más peligrosos se supone que son sus habitantes, con excepción del siete, donde la clasificación se pierde, porque el criterio es que sus habitantes tengan alguna condición especial, y están revueltos los peligrosos con los novatos).

–¿Cuántos vas a querer?

–Diez.

–Pues ya de una vez llévate la docena, manito, te sale mejor.

–Bueno.

–¿Y ya los quieres ahorita?

–Sí, me los pidieron para ya.

–Para ya, ¿eh? –preguntó el de la puerta y se volvió hacia sus amigos, que habían dejado de atender su juego de baraja española y me miraban con una alegría inexplicable.

El de la puerta les dijo:

–¿Cómo ven, muchachos?, aquí el señorito quiere una docena de ganchos, ¿se la damos?

–¿Cómo no, faltaba más, con mucho gusto! –dijeron a coro los *mostros*.

–Pues pásale al cantón...

No me gustaba la idea de meterme en un dormitorio ajeno, y menos en el de los *mostros*. Les dicen así porque ahí mandan a los puros cojos, tuertos o locos..., además no se bañaban..., pero el jefe estaba esperándome y entré sin sospechar lo que traían entre manos. Apenas puse un pie adentro,

los *mostros* comenzaron a golpearme con los puños (o muñones) en todo el cuerpo, a excepción de la cara.

–¡Toma tus ganchootes! –gritó riéndose un chimuelo.

–¡Éste se llama: gancho al hígado! –gritó otro, que hacía equilibrios con una sola muleta mientras se daba gusto pegándome con su mano libre.

–¡Éste es el gancho riñonero, ja,ja! –gritó un manco que pegaba tan fuerte con su muñón como si fuera un puño; yo ya no sentía lo duro sino lo tupido, la lluvia de golpes.

–¿Cuántos van? –gritaban sin dejar de golpearme los *mostros*– ¿Cuántos van, idiota?

–¡No sé!

–¡Óiganlo, no sabe contar el señorito!

–¡Pues qué lástima, nosotros tampoco!

–¡Doce, doce, ya van doce! –alcancé a aullar.

–¡Entonces... tenga su pilón!

Y después de unas cuantas palabras adicionales logré rodar por el suelo hacia afuera del dormitorio entre risas y una lluvia de escupitajos como despedida. Lo malo era que ni siquiera podía responderles porque me hubiera ido peor. Corría mi primera semana en el Consejo Tutelar y sabía bien cómo se las gastan con los nuevos. No muy distinto a como fueron las cosas cuando recién entré a la secundaria... pero peor.

Me retorció en el suelo esquivando los escupitajos, cuando de la nada apareció don Polo, un hombre de ojos negros y pequeños tras unos lentes como de fondo de botella... bueno, de la nada es una exageración, quiero decir que no vi de dónde salió, porque cuando él intervino yo estaba en el suelo, aturdido todavía por el maltrato que acababan de darme. Don Polo calmó los ánimos de los *mostros* con su sola presencia y un par de aspavientos que resultaron muy efectivos.

–¡Se calman ya!

Don Polo me quiso ayudar a levantarme del suelo, como si yo no hubiera sido capaz de hacerlo por mí mismo, y lo rechacé.

–¡Esta bien, está bien! –le dije mientras trataba de sacudirme el polvo. Algunos de los *mostros* parecían ser particularmente babosos, me dieron tanto asco sus recuerditos prendidos a mi ropa que fui capaz de aceptar el pañuelo que don Polo me ofreció.

–Acompáñame –ordenó y se dio media vuelta para encaminarse hacia las oficinas del consejo sin dudar por un instante que yo lo seguiría. Seguro estaba acostumbrado a que la gente le obedeciera. Y bueno, yo tampoco tenía muchas cosas que hacer esa tarde... ni las siguientes, y tal vez incluso consiguiera un par de cigarrillos a cambio de hacerle un poco de caso a ese hombre. Lo mejor en esta situación, según me pareció, era escuchar el regaño y pedir a cambio cigarros.

Llevaba tres días en la zona de dormitorios y las novatadas no terminaban aún, y no parecía que fueran a tener un fin cercano. Extrañaba hasta mi ropa y mis botas. Nunca me imaginé que pudiera extrañar tanto mi ropa. Una vez que liberaron a mis amigos y se supo que yo tenía que quedarme en el Consejo Tutelar durante una buena temporada, dijeron que me desnudara y me pusiera el uniforme reglamentario antes de salir de la sala de observación y clasificación para pasar a los dormitorios *generales*. Es que cuando ingresas (o más bien te ingresan) al Consejo Tutelar para

Menores Infractores, no entras directamente a los dormitorios y te mezclas con los otros infractores juveniles, sino que primero te encierran en esa sala para revisar tu caso y decidir a qué dormitorio te van a mandar.

–¿Eeeso? –pregunté señalando los trapos sucios amontonados en la esquina de la inmunda sala de observación que se suponía eran el uniforme reglamentario.

–Usted tendrá que disculpar, señorito, pero todavía no llega el modisto, ¡ja, ja, ja!

Había un montón de trapos rotos y sudados, cuyo color, según me aseguraron, era el beige y, al lado, un montón de zapatos negros, raspados y con las suelas llenas de hoyos. No me dejaron usar mis botas porque es un tipo de calzado prohibido aquí. Un viejo zapato se había convertido en mi esperanza, porque no me quedaba tan grande, pero por más que revolví el montón, no pude encontrar la pareja, así que terminé poniéndome unos enormes, como de payaso.

Ya adentro, en los dormitorios puedes intercambiar zapatos con alguien, y eso cuesta dinero: todo cuesta dinero dentro del Consejo Tutelar, aunque sea unos cuantos pesos que aquí son algo muy valioso..., en especial si no quieres comer un caldo de frijoles ácidos y burbujeantes que, a cada rato, están a punto de romperte las muelas gracias a las piedrotas patrocinadas por los compañeros que no espulgan bien los frijoles antes de ponerlos a cocer dentro del gigantesco perol.

Mientras caminaba detrás de don Polo, intentaba que los zapatos de payaso no se me salieran. Caminaba detrás de él salivando por un posible tabaco que hiciera más pasadera la tarde fría que soportábamos en pleno verano, y mejor que no lloviera porque terminaríamos todos mojados y hechos bola en los dormitorios...

Don Polo me condujo por un pasillo oscuro de las oficinas del Consejo Tutelar, se detuvo junto a una puerta y dijo así:

–Éste es mi privado.

En la puerta había un letrero: Departamento de Psicología Forense.

–Yo no estoy chiflado, don, se lo advierto, ¿eh?

–Mira... ¿cómo te llamas?

–Rigoberto Torrentera.

–Bueno, Rigoberto, vamos a empezar de una vez con tu caso... A ver... mmmmh, ¿cómo llegaste hasta aquí?

–¿Que cómo llegué?

Yo no me consideraba ningún caso... al principio. Ya después empecé a comprender. No estaba perdido porque estuviera en algún laberinto sino por no utilizar uno... por no encontrar mi propia clave. A partir de que fui con don Polo a su privado las cosas han cambiado... mi punto de vista es otro... Ya casi tengo tres meses aquí... Pero, déjenme contarles cómo llegué al Consejo Tutelar mientras les platico también cómo ha cambiado mi punto de vista trabajando con don Polo.

## I

Estábamos el Cuasimodo Velázquez, el Chino Loranca, el Tomate Martínez, todos ellos mis amigos, recién excompañeros de la secundaria, y yo (mi nombre es Rigoberto Torrentera, mis cuates me dicen Rigo... aunque en la secundaria me decían el Garrocha Torrentera, por aquello de que soy alto y flaco), como siempre, apostados en la esquina de la cuadra, en nuestro puesto de vigilancia, tomando unas cervezas, y la plática general había naufragado hacia los planes que teníamos de ahora en adelante; apenas habíamos terminado la secundaria y estábamos celebrando.

Mis amigos no tenían la perspectiva de seguir estudiando, ¿para qué? El Cuasi, Cuasimodo Velázquez, se había metido de lleno al gimnasio donde boxeaba y trabajaba limpiando pisos, y no le importó dejar hasta ahí sus estudios, al fin que como boxeador no necesitaría más título que el que ganara a puñetazos. Al Cuasimodo Velázquez le dicen así porque es bastante feo, ¿qué se le va a hacer?, eso a él lo tiene sin cuidado, además se para chueco y siempre anda haciendo gestos, de ahí su apodo; sin embargo, cada vez que el Cuasimodo se sube al ring, su personalidad crece una enormidad, se transforma, es entonces cuando su modo de pararse encorvado cobra sentido: siempre está en guardia para dar y recibir golpes bien aprendidos; es un boxeador nato y a los boxeadores no les importa tener la nariz achatada por tanto golpe y ser feos, de hecho, entre más feos sean, mejor. Abajo del ring el Cuasi sólo es un chavo poco agraciado, casi deforme, pero arriba de él de veras que inspira respeto a sus contrincantes.

El Tomate Martínez es súper gordo y estuvo a un grado de nacer albino. A cada rato se pone rojo, por eso le apodamos así: el Tomate. Él se dedica de lleno a trabajar con sus hermanos, que tienen un sonido para fiestas. Desde chico, el Tomate ya les ayudaba a conectar los cables de los aparatos de sonido sin equivocarse, trabajo que de vez en cuando le confiaban a él solito sus hermanos mayores, en especial en las fiestas más pequeñas; a partir de ahora era su trabajo oficial, de miércoles a domingo, cuando la gente organiza sus reventones de quince años, bodas o para celebrar el triunfo de su equipo favorito de fútbol porque el pretexto es lo de menos, a veces simplemente los vecinos de la cuadra quieren bailar: cierran la calle, colocan una lona y los hermanos del Tomate programan música sin parar hasta la madrugada.

Por su parte, el Chino Loranca se hizo “madrina” de unos judiciales: hasta le habían prometido una pistola para más adelante, y estuvo muy animado contándonos cómo el comandante Carpio ya casi lo trataba como a un agente. Al Chino siempre le gustaron las películas de acción, y cuando conoció al comandante Carpio, una vez que lo agarraron robándose unos discos, él lo trató bien y le dijo que, en vez de andar robando, mejor le ayudara con algunos encarguitos y a cambio le daría unos pesos. Al principio le encomendaban ir por los tacos de bistec a la esquina, o ir por el café o ir por el periódico. Pero luego empezó a tener encargos más importantes. El comandante le daba instrucciones de pararse en una esquina y avisarle cuando cierto automóvil saliera de un edificio. Al Chino le gustó mucho el ambiente de los hombres rudos, hasta que finalmente el comandante le pidió que trabajara de fijo con él, pero por debajo del agua, porque los “madrinas” oficialmente no existen, mucho menos si son menores de edad.

¿Para qué seguir estudiando? Para mis tres amigos ya no tenía sentido seguir matándose una vez que habían concluido la secundaria. En cambio, yo era el único que iba a presentar el examen para entrar a la prepa y, curiosamente, también era el único que no sabía qué hacer con su vida. O sea, estudiar significaba no saber para qué estudiar... Excepto para ganarse la vida algún día, ¿pero con

qué carrera? Cada uno de mis amigos parecía tener un destino ya trazado, pero yo no, yo sólo sobrevivía.

A mis amigos y a mí nos apodaron los Cuatro Fantoques porque en la secundaria decían que éramos unos faroles, unos faramallosos, unos fascinerosos. El maestro de Ciencias Sociales solía gritar: ¡Ahí vienen los fascinerosos! Era un poco histérico el pobre, aunque quién podía culparlo. Una vez algún alumno resentido con el maestro (nunca se supo quién, las malas lenguas decían que uno de nosotros cuatro), dejó caer una banca desde la azotea de la secundaria hacia el coche del maestro de sociales y no sólo rompió el parabrisas sino que también se incrustó en el toldo. En otra ocasión su coche apareció lleno de chicles pegados en toda la carrocería y con las llantas ponchadas. Así de querido era el maestro. Y ahora que lo pienso, no sé por qué lo tratábamos de esa manera, era una especie de convención general, un acuerdo que nadie rompía: había que tratarlo así, nada más porque sí. Tal vez nos poseía un odio instintivo, como el de algunos animales frente a otros: por pura naturaleza. Él era un maestro que dejaba muchas tareas y nosotros éramos alumnos que sufríamos con sus rebuscados exámenes. Al final, cuando nuestra generación estaba por salir del tercer año, el maestro intentó vengarse reprobando al noventa por ciento de sus alumnos, pero el director se lo impidió porque, por instrucciones de la Secretaría de Educación, los maestros (¡qué infeliz coincidencia para él!) tenían que aprobar al noventa por ciento de alumnos. Al profe le ha de haber costado una barbaridad elegir su lista del diez por ciento de alumnos que le permitieron reprobado, y peor aún cuando se enteró de que, a su vez, la mayoría de aquellos que reprobó, pasaron, aunque fuera de puro panzazo, con un seis, el examen extraordinario que otro maestro les aplicó después.

Ahora que lo pienso, pobre de él, le habíamos creado una especie de psicosis que lo hacía gritar como enajenado: ¡Ahí vienen los fascinerosos, ahí vienen los fascinerosos! Mientras intentaba atrincherarse en uno de los salones más apartados cada vez que se armaba la trifulca en la escuela.

Fui a parar a esa secundaria porque se suponía que era una de las mejores del rumbo, y de veras lo es: tiene un nivel de exigencia muy alto, sólo también que los alumnos son unas bestias peludas. Justo ahí se les ocurrió a mis papás inscribirme, y su decisión siempre me pesó, en especial porque a mi papá no lo conocía más que en fotografía, incluso llegué a pensar que era un mito. El Chino Loranca me dijo una vez:

—¡Tú que te la crees, triste Garrocha! Tu mamá te dice eso para que no sientas pena por no tener papá. Seguro esa foto la sacó de una revista —porque en la foto mi padre se veía demasiado impresionante para ser real, con su uniforme de piloto y tremendo bigotazo... muy impresionante al lado de los papás de mis amigos.

Mi padre, desde Jitania, una ciudad que me parecía tan lejana por estar en la frontera, enviaba dinero cada mes y tomaba decisiones desde lejos, cosa que me parecía injusta ya que yo ni siquiera lo conocía... ¿Cómo podía él, si es que realmente existía, dirigir mi vida desde tan lejos?

—Porque todavía eres menor de edad, porque todavía no te ganas tu comida ni tu lecho ni nada y, sobre todo, porque él es... ¡tu padre!

Era como de telenovela. A mi mamá le gusta ver telenovelas, y qué se le va a hacer, es sólo una mamá con el exmarido viviendo demasiado lejos, como de telenovela. Y ante su respuesta yo no podía alegar nada. Simplemente no había posibilidad porque ella era... ¡mi madre! Y punto. Nada más. Punto, punto final, no punto y seguido, ni puntos suspensivos.

Estábamos en la esquina de la cuadra. El Cuasimodo Velázquez, el Tomate Martínez y el Chino Loranca ahora planeaban un fantástico viaje a Acapulco. Los planes de irnos a Acapulco era la cháchara típica que rumiábamos cada que se acercaba un puente o las vacaciones, pero la verdad era que nadie tenía un centavo partido por la mitad, como dice mi madre; yo tenía una moneda de diez pesos aplastada por un tren... Sabía que al final, cuando el sueño nos venciera, nos despediríamos y cada quien llegaría a su respectiva casa tratando de ocultar el aliento a cerveza y al día siguiente nadie se acordaría de Acapulco.

Cuando ya me habían hartado, se me ocurrió decirles de pronto:

–¡Pues yo no sé ustedes, pero yo... yo voy a viajar a Jitania para visitar a mi papá!

El Chino soltó:

–Óiganlo, hasta cree de veras que tiene papá.

–Ya crece –dijo el Tomate.

El Cuasimodo Velázquez me dio un leve gancho a la mandíbula, de juego.

–¿Ah, no me creen?

–¿Que no te creemos qué: lo de que tengas papá o que te vas de viaje si andas tan bruja como nosotros?

–Ustedes se van a ir a Acapulco, ¿no?, y yo me voy a Jitania a ver a mi padre.

–¿Y qué se supone que hace tu padre en Jitania mientras tú estás aquí, y tu mamá también?

–Mi padre es piloto.

–¿Y si es piloto por qué no vuela hasta acá para verte?

–Porque la avioneta que pilotea no es suya y no se la puede traer, trabaja en Jitania para una compañía muy importante.

–¡Éjele, ya no le den más cerveza a este canijo, ya ven cómo se pone!...

No dije más acerca de mi padre porque no sabía más. Me dio un dolor de estómago bárbaro y me fui sin despedirme.

## II

A la mañana siguiente estuve torturando a mi madre con una batería de preguntas. Mi madre y yo no hablábamos mucho durante el desayuno, así que puso cara de extrañeza cuando comencé a asediarla.

–¿Ahora qué te pica por andar de preguntón?, tú de lo que te tienes que preocupar es estudiar para el examen de admisión de la prepa, y nada más. En lugar de andar de vago con tus amigotes... tomando cerveza, no creas que no te olí ayer... Además estás pregunte y pregunte cosas que ya sabes.

–Es que no sé, por eso te pregunto. ¿Cómo es posible que no conozca a mi papá?

–Sí lo conoces.

–¡En fotografía!

–No, lo conociste cuando eras bebé. A él le gustaba mucho cargarte.

–¡Uy! Pero de eso ya no me acuerdo.

–Eras muy chico...

–Pues sí, ¿cómo voy a acordarme de él?... ¿por qué no vive con nosotros?

–Por su trabajo. Se tuvo que ir porque aquí no había trabajo para él. Ya te lo he dicho antes.

–Sí, pero tendría que venir a visitarnos alguna vez, por lo menos. Al fin y al cabo es piloto aviador, ¿no?

–Ya sabes que no vuela para acá.

–Pues entonces que un fin de semana sus jefes le presten una avioneta y venga a visitarnos...

Había arrinconado a mi madre en un punto en el que siempre se negaba a dar más respuestas. En esta ocasión no sé qué sucedió con ella... o conmigo, porque fue diferente. En vez de desviar la mirada y hacer como que no oía, mi madre me vio a los ojos.

–Rigo, ya terminaste la secundaria, ya casi eres un hombrecito y vas a ser capaz de entender –hizo una pausa mientras tragaba saliva– estamos... separados.

–¿Eso es lo que no me querías decir, mamá? Desde chico me lo imaginaba. Desde que estaba en la primaria supe lo que era eso: ¡cuántos papás de mis compañeros no estaban separados! Y cualquiera, lo sabía. Ya no es como antes. Pero ése no es todo el misterio. Hay algo más.

–¡No hay más misterio!

–Porque aunque estén separados los papás, visitan a sus hijos, el Chino dice...

–¡Qué te importa lo que diga el Chino, ese chamaco ladronzuelo! –mi mamá se había levantado de la mesa y comenzó a retroceder. Ahora estaba de pie a la entrada de su cuarto, con las manos en la cintura– ¿qué dice ese mugroso Chino?

–Dice que yo no tengo padre.

Mi mamá primero se puso blanca, luego apretó los labios como cuando de veras se enfurece y soltó una palabrota. A mis recién cumplidos dieciséis años era la primera vez que la escuchaba soltar una grosería. Me saqué de onda. Tal vez era mejor dejar por la paz el asunto, sin embargo, como había terminado la secundaria y al día siguiente no tenía una rutina de la cual agarrarme, sentí pasos en la azotea: ¿y si no aprobaba el examen para la prepa, qué iba a hacer? ¡Si no sabía hacer nada! ¿Cómo iba a ponerme a trabajar? ¿En qué? ¿Y si de veras mi padre no existía? ¿Y si el hombre de la foto no era mi padre, quién nos iba a mantener? Tenía por lo menos derecho a saberlo. Por eso repetí:

–Dice que yo no tengo padre.

–¡Claro que tienes padre! –gritó mi mamá estrellando varias veces el dorso de su mano derecha contra la palma de su izquierda.

–¿Pero es él... mi padre? –dije señalando la famosa fotografía al final del corredor.

–¿Y quién otro iba a ser?

–No sé... Un desconocido.

Mi madre me lanzó una mirada como de rayos equis. Jamás me había visto así antes. Esa mirada nunca la había dirigido contra mí, por más que estuviera enojada... sólo contra el carnicero cuando le daba puro pellejo en vez de bisteces o al verdulero por sus groseros kilos de 750 gramos. Tuve miedo. No tanto por su enojo, sino que sentí que ya no me veía como a un niño. Algo estaba cambiando en nuestra forma de discutir. Más bien, antes no discutíamos, ella daba órdenes o me regañaba y yo protestaba. Esto era algo muy diferente. Era discutir al mismo nivel, casi al mismo nivel.

Días antes había empezado a rasurarme el bigote. Yo le pregunté a mi madre si debía rasurarme porque en la escuela se burlaban de mi bigote chocolatero, de esos vellos que me salían debajo de la nariz, pero que no eran todavía muy varoniles que digas. El Cuasimodo Velázquez me explicó:

–Rasúrate, no seas güey, así se te hacen más gruesos los pelos y no te ves como tarugo.

Hubiera querido preguntarle a mi padre cómo rasurarme, porque mi mamá sólo se encogió de hombros sin decir palabra, como si le hablara en otro idioma. Y, sin embargo, a la mañana siguiente dejó sobre el lavabo, como si hubiera sido por descuido, uno de los rastrillos rosas con los que yo sabía que se rasuraba las piernas y las axilas, y que siempre guardaba con recelo en su tocador. No me hizo mucha gracia verme al espejo sosteniendo un rastrillo rosa en busca del ángulo adecuado para no cortarme la cara, pero ni siquiera se me ocurrió que podía comprarme un rastrillo para hombres en la farmacia de la esquina.

Llevaba apenas unos días de rasurarme y ya sostenía discusiones con mi mamá. Toda una novedad que no me agradó: el tono era agrio, tal vez un presagio de lo que vendría en los días siguientes.

Desde chico mi mamá había intentado protegerme mucho, tal vez por la ausencia de mi padre. Durante la primaria yo había sido muy retraído, muy tranquilo, pero al poco tiempo de haber entrado en la secundaria –la que mi padre escogió desde lejos–, yo cambié... *tuve* que cambiar para adaptarme. A esa secundaria asisten los habitantes de las colonias vecinas, colonias que se caracterizan por su ferocidad y que no han dejado malparado su nombre nunca en la secundaria. Es cierto, se trata de una secundaria muy rígida en la que, como ventaja, enseñan oficios, pero también es cierto que la mayoría de los alumnos son de veras cercano a lo salvaje. Cada vez que llegaba sangre nueva, el director intentaba repartir por igual, en los distintos grupos, a los que venían de la primaria con un promedio alto de calificaciones y, en especial, con la dichosa carta de buena conducta, que el director atesoraba con la ansiedad de un usurero.

A mí, por tener buen promedio y la codiciada carta de buena conducta (ni un solo reporte de la dirección para mis padres en seis años) me nombraron jefe de grupo de primero E, el último grupo. O sea el de los más burros y problemáticos. ¡Qué optimismo!, ¿Cómo iba yo a liderar a esa bola de atrabancados? Como subjefa nombraron a una niña que ni hablaba y también tenía buenas calificaciones. Lo que sucedió fue que el grupo, en vez de convencerse de guardar buena conducta y esforzarse por sacar buenas calificaciones, como la subjefa y el jefe, terminó por contagiarnos a Lolita y a mí su ansia por cortar la flor del día... y, si no había flor, aunque fuera la tuna espinosa, y actuar como locos desmecatados, en vez de pasárnosla estudiando, siempre sentados y calladitos. El Chino Loranca me enseñó la técnica para expropiar discos compactos y libros de las tiendas, aunque no me atreví a hacerlo más que una sola vez, y al llegar a casa mi sorpresa fue ver que me equivoqué de disco: en lugar de llevarme uno de U2, ¡me robé uno de los Bukis! Por su parte, el Cuasimodo Velázquez, después de reventarme la nariz un par de veces y de aburrirse porque yo no metía ni las manos, me dijo:

–Te enseñé a pelear si me pasas los apuntes de mate.

El Tomate me llevó a bailar en las fiestas en las que ayudaba a sus hermanos: la gente saca sillas y mesas de sus casas y bailan hasta el amanecer a la menor provocación, nomás porque Petrita cumple quince años o porque bautizaron al nuevo engendrito, que a la hora de los festejos es el más olvidado, ¡ah, pero qué tal el baile y el trago!

Durante el último año los Cuatro Fantoques nos escapamos muchísimas veces a los billares donde se supone no admiten menores de edad... pero con una propina todo se arregla. Con tantas horas de billar pasé del entretenido *pool* a la apasionante carambola. La última vez rompimos la lámpara de la mesa por andar payaseando con tiros de fantasía y salimos corriendo como el demonio, para no regresar más.

A Lolita (que ahora quería llamarse Lola), la subjefa del grupo, se le quitó lo tímida, comenzó a pintarse las uñas, el cabello, a usar faldas cada vez más cortas y a andar de novia con uno y con otro; ya era otra, y me gustó más así.

En vez de que los burros se convirtieran en buenos estudiantes, Lola y yo aprendimos a divertirnos. Aunque habría que aclarar que el Cuasimodo Velázquez, el Tomate Martínez y el Chino Loranca eran de los tranquilos de la secundaria, porque también el lado oscuro estaba representado en mi gloriosa escuela secundaria. Algunos compañeros ya habían cursado estancias en el Consejo Tutelar para Menores Infractores por todo tipo de delitos, además las redes del narcomenudeo ya tenían toda una telaraña dentro de la escuela: en el área de las canchas podías conseguir cualquier tipo de tacha, grapa o cigarro de mariguana.

Incluso, una vez nuestra secundaria salió en el noticiero nocturno de la televisión, cuando hirieron a un alumno con una pistola con la que estaban jugando en un salón mientras el maestro de sociales daba su clase (¡tenía que suceder en su clase!) y casi se infarta. La ambulancia recogió al alumno herido y también al maestro de sociales, con una crisis nerviosa que casi lo manda al otro mundo. Desde entonces, de vez en cuando unos policías iban a la entrada de la escuela y nos revisaban las mochilas antes de entrar, en busca de pistolas y de drogas, aunque no parece ser la solución de nada porque hasta el último día que fui a la secundaria supe que todavía seguían vendiendo tachas y mariguana.

El director estaba más bien preocupado porque las cifras le cuadraran con el dichosos máximo del diez por ciento de reprobados (que se suponía era información secreta y todos la cantaban a cada rato) así que la batalla fue con los maestros para que el noventa por ciento de sus alumnos aprobaran. Los maestros no estaban muy convencidos con esa política, pero el director argumentaba que mejor no hubiera fósiles porque si ya de por sí los alumnos eran un problema, cómo sería cuando fueran un poco mayores.

–¡Que aguanten a esos salvajes en otro lado!

En la secundaria era famoso el Caníbal López, que había estado alrededor de cinco meses en el Consejo Tutelar y por eso todos lo respetaban. Contaba historias de cómo había peleado a navajazos en el Tutelar saliendo sin un rasguño. A excepción de la fea cicatriz de la cara, pero algunos aseguraban que la cicatriz se debía al tremendo acné que se cargaba.

Ahora que estoy aquí en el Consejo Tutelar pregunté si alguien conoció al Caníbal López y me dijeron que sí, que boleaba zapatos y que era un lambiscón insufrible con los custodios; al momento en que me decían eso su imagen se me cayó al suelo y recordé cómo todos le teníamos miedo en la secundaria. Se lleva uno cada sorpresa...

## Ni fu ni fa

La primera vez que estuve en el privado de don Polo no entendí mucho de lo que dijo: ni mucho ni poco, no entendí cómo es que contándole cosas a alguien podía resolver mis problemas. Mi único y gran problema era que estaba encerrado en esta cárcel para adolescentes salvajes y quería salir lo más pronto posible, y punto. Eso de ir a sentarme frente a un viejo que quería que le contara mi historia, no me gustaba, pero no había de otra, según él, lo mejor era que empezáramos la terapia de una vez, antes de meterme en más embrollos.

Bueno, ahí estaba yo, sentado frente a ese hombre que me miraba tras sus gruesos lentes. En su escritorio hay uno de esos jueguitos de balines suspendidos como péndulos en hilera que golpeaban unos contra otros con un vaivén hipnótico. También hay una caja de pañuelos desechables muy a la mano, a la espera de los primeros moqueos del terapeado. Yo no estaba dispuesto a llorar frente a él. Después de los golpes que me habían dado los mostros, esto no era nada.

Observé, detrás de don Polo, un librero de madera retacado de libros viejos que él me presentó, con un rebuscado movimiento de brazo hacia atrás, como su arsenal.

–Mi arsenal privado.

–¿Y a quién quiere matar con ese arsenal? –le pregunté pensando que con libros tan pesados seguro podía aplastarle la cabeza a cualquiera.

–¡Voy a matarte en fantasma que traes bien adentro!

Yo me dije: “¡Este señor sí que está loco!; de plano. El que necesita la terapia es él y no yo”.

–Cuéntame –pidió don Polo.

Al terminar me soltó lo del complejote, pero no me explicó nada; sólo dijo que yo lo tenía y que más adelante, en otra sesión, cuando yo estuviera listo, me revelaría cuál era el Complejo de Faetón.

### III

Tomé la decisión de hacer algo después de tantos años de incertidumbre, tantas noches de caminar descalzo por el pasillo de la casa buscando en la fotografía de mi papá un rasgo mío, una seña tal vez sutil, pero segura, en su sonrisa o en sus ojos. ¿Tenía yo al menos una pequeñísima fracción de él? ¿Cuándo fuera adulto llegaría a lucir tan bien como él?

Aunque mejor debiera decir: fue por la *incertidumbre*, la palabra precisa. Porque era una *incertidumbre* que me consumía como un fuego avanzando desde adentro hacia afuera, una quemadura que se originó en el centro de mis entrañas, como un carbón al rojo vivo que poco a poco achicharraba mis vísceras hasta aflorar en la superficie de mi piel, revelándose en mi cuerpo como quemaduras con la forma de los tatuajes que me empecé a hacer, en los lugares menos visibles, ocultos bajo mi ropa interior: tatuajes, dolorosos tatuajes que más de alguna vez me causaron fiebres que callé a pesar del miedo terrible a una infección, y todo porque no conocía a mi padre... y no conocer a mi padre era como no saber quién era yo mismo.

¡Lo que hubiera dado porque él estuviera en casa con mi mamá y conmigo, o al menos que me visitara los fines de semana, como sucede en cualquier familia de padres separados! Llegué a pensar que estar así era peor que tener por padre a un boxeador fracasado, como el Cuasimodo Velázquez, de quien por lo menos se podía esperar algún consejo:

—¡Fíjate, imbécil, el brazo siempre da un *swing*, un giro, hombre, así, mientras lo disparas hacia el frente, así, así! ¡No pongas tan rígido el brazo!

Peor que tener un padre alcohólico como el del Tomate Martínez, a quien por lo menos le podías reprochar sus errores:

—¡Eres un mugre borracho y ya no soporto cómo tratas a mi mamá!

O peor que un mediocre empleado de gobierno, como el padre del Chino Loranca, que siempre le regalaba a su hijo los lápices y marcadores que se robaba de su oficina; peor que todo eso era tener por padre a una fotografía, ¡una maldita fotografía! Porque al menos cada uno de mis amigos gozaba de un momento de convivencia con su padre; podía amar u odiar a una persona de carne y hueso, aunque fuera un fenómeno de circo, un borracho o un hombre tan gris que ni siquiera se pudiera pensar que fuera mala persona. Pero, en cambio ¿qué hay de una simple fotografía colgada en la pared del fondo del pasillo, de muy buen aspecto, eso sí, pero también una fotografía sorda y muda, siempre observando con ojos petrificados mis actos, incapaz de ofrecerme cualquier consejo, una palmada en la espalda o por lo menos un regaño?

Fue por eso que, aprovechando la ausencia de mi madre, mientras había ido a visitar a una vecina, ya tan viejita la pobre que no puede ni salir de su casa, tomé una silla del comedor y entré a su cuarto para alcanzar la parte más alta del armario. Yo siempre supe dónde había guardado el dinero que una semana antes mi papá había enviado como regalo por mis dieciséis años y por haber terminado la secundaria, y que mi mamá decidió era mejor ahorrar, porque ¡claro!, yo no podía hacer nada bueno con tanto dinero.

Al meter mi mano en la parte más alta del armario, entre retazos de tela, fotografías de mis abuelos, bolas de estambre y tejidos abandonados, me sentí mal por entrometerme en sus cosas: había un pedazo de suéter que empezó para mí y que no terminó nunca, pues a partir de los doce años crecí rapidísimo y los pantalones, las camisetas y hasta los zapatos me quedaban chicos en cuestión de

semanas. Hacía tiempo que la velocidad de mi crecimiento dejó muy atrás las manos de mi mamá, quien además se quejaba seguido de su artritis.

Entre otros tejidos abandonados en lo alto del armario de mi mamá, encontré fragmentos inconclusos de quién sabe qué prendas que nunca llegaron a quienes estaban destinadas. Mi mamá guarda tan celosamente estos retazos que, cada vez que quiero ayudarle a buscar algo en lo alto de su armario, se niega por completo y me corre de su recámara:

–¡Déjalo, Rigo, yo puedo sola!

Tal vez sea porque ella siempre dice que se debe terminar lo que se empieza, y estos tejidos sin terminar son la muestra de su contradicción, de su mal ejemplo que oculta en la parte más difícil de alcanzar de su armario y que, inexplicablemente, se niega a desechar, no sé si con la esperanza de terminarlos algún día o tal vez por pura nostalgia.

De cualquier manera, ¿cómo era posible que mi mamá, siendo más bajita que yo, hubiera podido esconder tan bien el envoltorio del dinero entre ese revoltijo de estambres? ¿cómo había llegado hasta el fondo de lo más alto del armario?

Y ahí estaña yo, metiendo mi manota entre sus objetos personales, revolviendo en busca del regalo de mi padre. Me sentía con derecho a rescatar mi regalo y a hacer con él lo que quisiera, y al mismo tiempo me traicionaba la vergüenza de hurgar entre las cosas de mi mamá, a eso no tenía derecho. Pero ahí estaba yo... sin poder detenerme: la *incertidumbre*, la quemazón interior, era más fuerte que mi vergüenza.

Me pareció una eternidad lo que tardé en encontrar el rollo de billetes, envuelto en papel de china verde y sujetado con una liga; cuando lo desenrollé la sorpresa fue que había más dinero de lo que hubiera yo esperado, muchísimo más, proporcional, tal vez (eso deseaba yo) al sentimiento de culpa de mi padre:

–De cualquier modo, ¡gracias, papá!

Traté de acomodar las bolas de estambre y los tejidos tal y como los había encontrado, si es que para algún ser humano hubiera sido posible reconstruir semejante revoltijo. Regresé la silla al comedor y la sacudí con un trapo húmedo de la cocina para borrar las huellas de mis tenis, como si mi mamá fuera capaz de darse cuenta del (auto)robo con sólo ver las huellas de mis tenis en la silla.

Fui al cuarto por mi mochila y guardé en ella algunas camisetas, una chamarra, unos pantalones, una gorra y un cepillo de dientes. Ya a punto de salir de casa miré, al fondo del pasillo, la fotografía de mi padre y tuve la loca ocurrencia de ir hacia ella, desmontarla del marco y guardarla también en mi mochila como parte del equipaje. Pensé que había sido un pésimo movimiento porque mi mamá, al ver la ausencia de la foto de mi papá, se daría cuenta de que algo muy raro estaba sucediendo... aunque, de cualquier modo, ya iba a ser demasiado tarde para que pudiera evitar mi fuga: yo ya salía de mi casa, encaminado a toda velocidad hacia la estación de camiones y nadie lo iba a impedir.

Tomé el primer camión disponible a Jitania, esperé poco menos de una hora para abordarlo, al instante de poner un pie adentro tuve la sensación de que viajaba en busca de mi destino. El trayecto duró un día entero; nunca imaginé que fuera tan largo porque no pregunté a la señorita de la taquilla cuántas horas se hacían de camino, ¡y qué importaba!, con tal de ver a mi papá.

El camino se iba haciendo cada vez más árido, pero me entretuve bastante con la serie infinita de películas de los hermanos Almada que pasaron en las pantallas del camión: el sonido y la imagen eran pésimos, pero no se me dificultó seguir las historias... *la historia*, quiero decir, porque todas eran la misma: los buenos contra los malos, aunque los buenos aplicaban su justicia a balazo limpio y no tenían el menor empacho por bañar en sangre a los malos. Cuando ya no pude más, me quedé dormido con un sándwich en la mano, que me habían dado al subir al camión, junto con unos cacahuates y una lata de refresco, y soñé que de pronto ya estaba en Jitania y cuando encontraba a mi papá me daba cuenta de que él era, precisamente, ¡uno de los hermanos Almada! Mientras los demás pasajeros bajaban a cenar en algún poblado perdido camino a Jitania, yo seguía soñando que mi padre era un nortño justiciero, y ¿cuál hambre? Ni siquiera me acordé de tener hambre.

## IV

Dónde encontrar a mi padre, si apenas tenía su nombre y sabía su oficio. Dónde, si ni siquiera podía imaginar dónde trabajaba, sólo que era en una compañía importante. De verdad quería encontrarlo... si es que en realidad existía, y preguntarle si yo era su hijo. Nunca antes había estado en Jitania. Nunca antes había salido de la ciudad, a excepción de un par de viajes escolares, uno a Cuernavaca para participar en un concurso de geografía (desde pequeño tengo una memoria más bien fotográfica) y el segundo a Camomila, un parque ecológico, como despedida de fin de cursos de sexto de primaria.

No había viajado, pero había visto muchas películas y algunos programas de televisión sobre viajes. Sabía que un buen viajero debe integrarse al paisaje y no darse a notar demasiado; sabía que la comida barata se consigue en los mercados y en el barrio chino, aunque cuando llegué a Jitania averigüé que ahí no había mercado ni barrio chino, sino un gran centro comercial y tan sólo un café de chinos, pero daba lo mismo, a la hora en que llegué todavía no me acordaba de tener hambre, había sido suficiente con el sándwich y los cacahuates.

Llegué a Jitania cuando ya estaba oscuro y me pareció un lugar impactante, con tantos viajeros; la terminal de camiones rebosaba de gente y, para encontrar el centro de la ciudad, decidí seguir a los grupos que salían alegremente a la calle. Pensé que si encontraba el centro, también podría hallar a mi padre averiguando a dónde echaban trago los aviadores, porque se me metió la idea de que había un sitio preferido por los pilotos de la zona, así como en las películas siempre hay lugares preferidos por los camioneros.

Fue fácil seguir a los que no abordaban taxi alguno y a cambio caminaban muy orondos, casi todos, en la misma dirección. Pronto llegué al rumbo que, definitivamente, debía ser el centro, o por lo menos el sitio más concurrido de Jitania, aunque no fuera como lo había imaginado, con una plaza central y un kiosco, sino que se trataba de una avenida con mucha luz, llena de bares y restaurantes. Pensándolo bien, tal vez no era el centro, pero igual era mi centro a partir del cual yo podía empezar mi búsqueda.

¿Cuál era mi situación? Una no muy favorable: estaba en una ciudad desconocida tras la pista de un desconocido, pero el deseo de encontrar a mi padre y acabar con el ardor de la *incertidumbre* de una vez por todas me daba ánimo para continuar con mi búsqueda, por más loca que fuera. Había que actuar como los detectives de las películas; para obtener los mismos resultados que un detective, había que seguir los mismos pasos: piensa como detective y las cosas saldrán bien, me dijo una voz que, cosa curiosa, sonaba igualita a la mía, y decidí hacerle caso... Bueno, no había opción.

Para actuar como detective, había pasado por alto algunos detalles: en primer lugar era menor de edad, y a pesar de que ya me rasuraba desde hacía unas semanas y de que crecí mucho desde los catorce años, a nadie podría hacerle creer que tenía dieciocho, en un bar no me dejarían tomar ni una cerveza, pero qué importaba, siempre podía pedir un refresco, ¡total!, no me quería emborrachar, la cosa era estar alerta.

Pregunté por el hotel más barato del rumbo y a pocas cuadras encontré un albergue para jóvenes que tenía la característica de que el área de hombres estaba separada de la de las mujeres, lo cual me pareció bueno porque así no me distraería viendo muchachas y podría concentrarme al cien por

ciento en mi tarea; la segunda peculiaridad era que cada cuarto contaba con un par de literas y se compartía entre cuatro huéspedes.

Para mi buena fortuna el dormitorio que tomé estaba vacío, porque a Jitania nadie acostumbra ir solo sino en grupo, y todos se acomodan con sus respectivos amigos; y de hecho ninguno de los huéspedes llegaba a dormir al albergue, ellos únicamente dejaban sus cosas dentro de las gavetas de los vestidores, ya que la diversión era de noche. Es más, creo que nadie dormía en Jitania, por lo menos no en el albergue.

Ya tenía un lugar donde dejar mis cosas y donde dormir. Según mis cálculos, si hacía esfuerzos por ahorrar en la comida, podía permanecer por lo menos un mes en Jitania, tiempo suficiente para encontrar a mi padre.

Fui al baño y moqué mi cara para reanimarme antes de salir a reconocer el terreno. Encendí un cigarro (un poco por los nervios y otro tanto para aparentar seguridad) y caminé por la calle, que estaba muy oscura a pesar de que sólo la separaban unas cuantas cuadras de la avenida de los bares y su fantástica iluminación artificial. Apenas había caminado un par de cuadras cuando un tipo se me emparejó para recitar una retahíla de ofrecimientos:

—¡Tachas, tachas: azules, rojas, verdes, ¿de cuáles quieres? Te pongo las que quieras. ¿Cuántas quieres?

Creí que lo mejor era tratar de ignorarlo y él cambió de letanía con rapidez:

—Ah, tú has de ser de los que de química no quieren saber nada, ¿qué no? pero ¿sabes qué?, yo tengo de las orgánicas. Tengo tachas herbales, completamente naturales. Sí, es que eso es lo de ahora, y tú eres un bato moderno. ¡Claro, la onda orgánica! ¿Cuántas quieres?

Como tampoco respondí nada, él continuó:

—Ah, entonces ya vienes cargado y lo que buscas son chicas. Conmigo están las más jóvenes. Mira, yo no trabajo con rucas, nada de rucas... ¿O sí te gustan las rucas? Luego pasa que los viejos buscan jovencitas y los chamacos como tú quieren señoras... para que les enseñen.

Aceleré el paso, fumando, según yo, como si tuviera la situación controlada, sin mirarlo a los ojos y sin responder.

—Entonces dime qué buscas y yo te lo consigo. No vas a encontrar mejor calidad y mejores precios que conmigo. Nada más dime qué buscas.

Con un tono ya un tanto desesperado se paró frente a mí y me tomó por los hombros.

—¡Quita esa cara de plátano! Mira, todos vienen a Jitania buscando algo. ¿Tú qué buscas?

La estrategia de ignorarlo había fallado y, a pesar de que las rodillas me temblaban un poco, no tuve otro remedio que encararlo para que me dejara en paz:

—A mi padre. ¿Tú sabes dónde está? Busco a mi padre.

—No, pues de esos sí que no tengo, ¡ja, ja, ja!

—Bueno, entonces, adiós.

Traté de esquivarlo para seguir mi camino, pero este *dealer* era de los aferrados.

—Oye, ya me entretuviste el chico rato y vas a tener que pagar por mi tiempo, aunque no consumiste nada de todos modos tienes que pagarme el mínimo.

–¡Estás loco, esto es la calle y yo no te hablé a ti!

No era la primera vez que encontraba a un tipo como él. Muy seguido, fuera de la secundaria, se juntaban los chicos un poco mayores que trataban de exprimírte algo, lo que fuera, la cosa era no dejarles ver tu miedo. Y sí tenía un poco de miedo, no sólo por él sino porque sospechaba que lo respaldaban otros tantos igualitos. Traía encima la mitad de mi capital; lo había dividido porque no confiaba demasiado en las gavetas del albergue. Calculé mis posibilidades: la primera fue echar a correr, por ejemplo, yo corro muy rápido, pero tenía que estar seguro de hacerlo en la dirección correcta, y eso no era tan fácil como, en cambio, siempre lo fue por rumbo de mi secundaria, que conocía bien; esto era otra ciudad y otro barrio, y seguro que también las cosas se resolvían de distinta manera. Estaba atento a si el *dealer* hacía alguna señal, como chiflar, porque cada vez que afuera de mi secundaria alguien en situación similar se ponía a chiflar, en menos de un par de segundos seguro te caía encima la runfla de gandallas del rumbo.

El tipo se rascaba la oreja y yo no sabía si era una señal o qué, aunque eso sí, menos peligrosa que el chiflido, porque el chiflido puede alertar a muchos compinches a varias cuadas de distancia, mientras que una simple rascada de oreja sólo puede ser vista por menos gente y a menor distancia.

Pero tal vez el *dealer* sólo tenía comezón o no sabía muy bien hacer, porque cualquier detective, por más elemental que sea, sabe que rascarse la oreja revela la confusión de quien se rasca ante lo que está escuchando, en este caso, que yo no buscaba droga ni mujeres, sino a mi padre. Eso lo aprendí de un detective que a lo largo de su programa de televisión parecía estar siempre muy distraído, pero al final de cada capítulo te dabas cuenta de que era la pura apariencia, porque todo el tiempo había estado atento a las señales que emitían los sospechosos a los que interrogaba; sí, te dabas cuenta al final, durante la recapitulación de los encuentros con cada uno de los sospechosos, que le servían al detective para decir cómo había llegado a la resolución del caso.

–¡Si no me pagas, te voy a traer al Salsa para que te reviente esa cara de ratita que te cargas!, ¿me oyes, bato?

Buena señal, aunque lo dijera como sugiriendo que yo era muy poca pieza para que él me golpeará, ya que me aventajaba en peso y altura, el tipo también estaba dando a entender que necesitaba de otro para apalearme, en vez de hacerlo él mismo.

–Mira –le dije tratando de sonar muy seguro mientras me desmarcaba de él, como si estuviéramos en medio de una cascarita de basquetbol–, no quieras verme la cara, aunque tenga acento de fuereño, llevo mis buenos meses en Jitania, y ya sé cómo se manejan las cosas aquí, así que tú y yo sabemos que no te debo nada, ¿sí? Adiós.

–Bueno, eso crees tú. Ya lárgate de aquí batito tarado –respondió tratando de aplicarme un patadón, pero yo ya estaba fuera de su alcance.

## Enfado

Don Polo, don Leopoldo Cervantes, tiene una maestría en psicología criminal. De eso me enteré la siguiente vez que fui a verlo, cuando leí su nombre en uno de los diplomas colgados en la pared de su privado.

Don Polo sacó de su retacado librero un tomo muy gordo y un tanto mugroso: el filo de las hojas parecía un fajo de billetes que han circulado muchísimo; cuando me lo dio, me llamó la atención que asegurara poner en mis manos su tesoro máspreciado: si eso era lo máspreciado para él ¿por qué lo mantenía tan sucio?

–Sé lo que piensas, pero mi tesoro está manoseado porque lo he compartido con mucha gente. La mejor manera de multiplicar un tesoro es compartirlo. Y no es una mera frase de compromiso. Piénsalo bien, ¿cuántos de ustedes no lo han tenido en sus manos y han sacado provecho de él?, ¿no es eso una multiplicación de la riqueza?

¿Ustedes? Pensé yo. Me fastidiaba su cháchara de buena voluntad y sus comentarios extraños, pero qué le iba a hacer, al menos me invitaba un cigarro de vez en cuando, aunque cada vez con la advertencia de que dejara el vicio por mi propia voluntad. En un momento dado el coraje me nubló la vista y brinqué de mi asiento:

–Bueno, gracias por los cigarros. Ya me voy...

–Mira, Rigoberto, yo sé que estás enfadado, pero ésta es una sesión de trabajo entre tú y yo, y dura cincuenta minutos. Así que siéntate porque todavía nos falta un cuarto de hora.

Y ahí estuvimos durante quince minutos, mirándonos las caras nomás, porque yo ya no quise abrir la boca y él no se obstinó en sacarme las palabras. Era bastante incómodo permanecer sentado frente a ese señor, sin decir nada. Lo peor fue que no pude pensar en otras cosas. El silencio del psicólogo criminal Leopoldo Cervantes resultó peor que sus frases, que tanto me habían hecho enfadar...

## V

Los lugareños de Jitania no resultaron tan buena onda como yo había pensado al principio, debía andarme con cuidado. Mi primer encuentro con uno de ellos no fue muy agradable. De pronto eso influyó en mi ánimo, no es que temiera tanto a una paliza gratuita sino a no encontrar a mi padre o, peor aún: encontrarlo y que me tomara por un loco.

–¡No, pelao, has de estar confundido! ¡Perdóname, te repito que yo no puedo ser tu padre porque ni siquiera tengo hijos!

Mi acento sonaba demasiado chilango en Jitania y no sabía imitar el de los lugareños: una mezcla entre el norteño clásico y un tono muy particular de quienes brincan a otro idioma constantemente; lo había escuchado en varias películas, pero cualquiera, incluyendo al ser más retrasado, se daría cuenta de inmediato de mi mala imitación del acento.

Recorrí parte de la avenida turística, para mí el centro de Jitania, observando el tipo de gente que entraba y salía de cada uno de los bares y discotecas. La mayoría rondaba entre los diecisiete y los veinticinco años. Tenía que haber un lugar en el que se reuniera gente grande como mi padre: cuarentones o hasta más viejos.

En una de las esquinas más concurridas le pregunté a un bolero, que hojeaba un viejo periódico, si sabía de algún aeropuerto particular y contestó que por qué toda la gente pensaba que los boleros nada más estaban en la tierra con la única misión de facilitar informes.

–Yo boleó zapatos, m’ijo, ¿eh? La información se cobra aparte.

Lo vi tan desocupado, leyendo el periódico, que fue irresistible picarlo:

–Pero no boleas muchos, ¿verdad?

–No te pases de la raya m’ijo.

Seguro que no le iba muy bien a ese bolero. Tenía cara de que hubiera chupado limones toda la tarde. Había demasiada gente circulando por la calle que usaba huaraches, tenis y zapatos que no se boleaban. Miré mis botas y, pensándolo bien, ya les hacía falta un buen trapazo, así que ocupé la silla del bolero: era un buen sitio para observar el movimiento de la calle. Cuando el bolero advirtió mi decisión de ponerlo a chamber, de inmediato dejó su periódico a un lado.

–Así la cosa ya cambia, m’ijo. ¿Para qué quieres un aeropuerto particular? –preguntó mientras sus instrumentos de boleado resucitaban de la caja, volvían a la vida luego de quién sabe cuánto tiempo de haber estado parados, encerrados; ahora volaban por el aire en las hábiles manos del bolero, quien parecía uno de esos muñecos que se activan y se mueven con energía tras echar una moneda en la ranura del pedestal donde esperan la siguiente moneda.

–Ehhh... estoy buscando a un hombre –dije tras quedarme hipnotizado un momento con sus movimientos exhibicionistas.

–Es obvio que no eres de por aquí, m’ijo, te voy a dar un consejo: ¡Nunca se te ocurra decir eso de que andas buscando a un hombre!, porque aquí equivale a... ¿Sabes a qué equivale?

–No. ¿a qué?

–¡A que vas a matar a alguien! Aquí sólo se busca a un hombre para matarlo.

–No pienso matar a nadie, busco a mi padre.

–Ah, bueno. Así es distinto –dijo, con gesto reconcentrado, mientras untaba betún negro a mi bota derecha.

–Eso te va a costar un poco más caro que esta hermosa boleada. ¡No' mbre, tus botas ya se empiezan a ver catrinas! –dijo muy seguro el bolero.

–¿Y qué garantía tengo de que la información sirva?

–Aquí todo está conectado, m'ijo, si jalas los hilos adecuados, llegas porque llegas. Yo tengo mis contactos, claro, y son muy efectivos. Aquí lo que fluye, aparte de lo *otro*, es la información; esta es una ciudad que se alimenta de eso y de información.

–¿Cuál eso? –el bolero ya empezaba a parecerme un tipo extraño.

–Eso, lo que aspiras por la nariz o por donde quieras...

–Mmmmmh...

–Aquí compras dos cosas. Polvitos e información. ¿En qué rama del negocio anda tu padre?

“Otra vez la burra al trigo”, pensé. Lo que me intrigaba era la parte de la información. ¿Qué buscaban los demás en Jitania? Porque digo, aparte de la droga y las mujeres, ¿qué tipo de información podía ser tan valiosa como para que tuviera un mercado? Yo buscaba información que me ayudara a buscar a mi padre, pero ¿y los demás?

–No, mi padre no anda en negocios.

–¿A qué se dedica pues?

–Es piloto aviador.

–¡Ahhh! Ya caigo. ¡Está en el negocio! Ya lo decía yo.

–¿En qué negocio?, mi papá no anda en ningún negocio: nada más vuela una avioneta.

–¡Por eso, m'ijo! ¿Para quién crees que tu padre vuela una avioneta si no es para *ellos*?

Sentí que la sangre se me iba toda, a quién sabe dónde, pero a un sitio que no existía en mi cuerpo, eso sí. Debo haberme puesto pálido. ¡No lo podía creer! ¿Entonces era por eso que mi mamá no quería que yo supiera más de mi padre? ¿No quería que descubriera que mi papá era un, un narcotraficante? Era cierto que mi papá nos enviaba dinero cada mes, pero no tanto como para pensar que su trabajo estuviera relacionado con estas actividades de mucho dinero y lujos excesivos; mi mamá y yo vivíamos más bien con modestia. Mmmmmh... a menos que mi papá tuviera otras familias y entonces repartiera sus ingresos entre varias esposas y un titipuchal de hijos regados por todo el país.

Bueno, era demasiada especulación para tan pocas pistas; elucubraciones injustas, tal vez. Ya estaba yo pensando lo peor de mi papá por culpa de la intriga de un simple bolero que se las daba de saber de más. No era sino un simple bolero tratando de ganarse una propina extra. Mejor tener cuidado, pensé, un detective tiene que seguir sus propias pistas, sus propias hipótesis y, en todo caso, tener informantes confiables.

–Escríbeme el nombre de tu papá en este papelito y para mañana te tengo algo.

Mientras le escribía el nombre en un papelito mugroso, que por el otro lado tenía la propaganda de un bar, el bolero imitaba el rechinado del trapo haciendo fricción contra la piel de mis botas. “¡Qué bolero tan raro!”, pensé con desconfianza, y él pareció adivinar mi pensamiento... o mi gesto fue obvio; debía cuidar más lo que mis gestos revelaban.

–El sonido es para que la gente se sienta satisfecha, m’ijo. Tú no sabes cuánto necesita la gente del hermoso rechinado que producen unos zapatos bien boleados. Tus botas tienen una piel demasiado rugosa para rechinar correctamente, así que se hace lo que se puede; hay que hacer *marketing*. Este sonido invita a la gente a bolear sus zapatos. ¿Pero qué vas a saber tú del *marketing*?

–¿Y cuánto va a costarme...

–¡Quince pesitos!

–...la información?, digo.

–Depende de cuánto tiempo y de cuánto trabajo tome –dijo mientras leía el nombre que escribí en el papel–. Oye, sí, así se llama, pero cómo le dicen, ¿cuál es su apodo?

–No tiene ningún apodo, que yo sepa.

–Aquí todos tienen un apodo.

–Mmmmh, no.

–Eso te va a costar un poco más...

No podía confiar demasiado en un simple bolero. Aunque al menos mis botas habían quedado bastante bien y no pidió adelanto por la información; bueno... tampoco había mucho que perder con él, ¡total!

Satisfecho de mis botas recién boleadas, seguí mi camino por la avenida, aunque no imaginaba a mi papá dentro de una de las discotecas que abundaban por ahí. La gente de mi edad formaba tumultos afuera de las discotecas, con gesto de que se morían porque la dejaran entrar; en cambio, la gente mayor entraba sin problemas en los bares, un poco más escasos y no tan llenos. Algunas cuadras adelante encontré el bar del anuncio en el que le apunté al bolero el nombre de mi papá y me dio buena espina ver, casi a la entrada del antro, ¡una hélice colgada en la pared!

Ya sé que cualquier detective habría pensado que la pista era demasiado obvia, demasiado fácil como para que encontrara en ese bar a mi padre, pero... pero de cualquier manera algo encontré en ese bar que valió la pena.

## VI

Así que entré en el bar y para sorpresa mía a nadie pareció importarle mi edad, a nadie interesaba que un chavo como yo pudiera perderse en el denso ambiente de aquel antro. Atravesé las mesas del centro y por suerte ubiqué un gabinete vacío en el fondo, desde donde podía observar casi todo lo que pasaba: una posición privilegiada. Nadie se fijó en mí. Ningún tipo rudo se acercó para soltarme un ¡Lárgate a que tu mamá te dé el biberón, mocoso! Los hombres estaban abstraídos con el trago, la cerveza sudada, los vasos con hielo, el juego y las mujeres; en cada mesa había cuando menos una mujer a la que besuqueaban de vez en cuando. Los hombres agitaban un cubilete de cuero y el que ganaba la tirada daba un beso o metía mano a la mujer de la mesa. Comenzaba yo a pensar que en Jitania los hombres eran compartidos, civilizados con sus mujeres, hasta que me di cuenta que no se trataba de sus mujeres... bueno, al menos lo eran por un rato, dependiendo de quién ganara la partida.

Tres hombres se levantaron de una mesa y se despidieron de la mujer que les acompañaba, antes de irse, cada uno de ellos le dio un par de billetes. ¡Claro!, ¡qué tonto!, las mujeres cobraban por la compañía, por los besos y los manoseos. Y era de lo más natural.

Llegó una muchacha a mi mesa y preguntó qué iba a ordenar. Pedí una cerveza oscura de barril y para mi sorpresa la trajo, sólo que dentro de un vaso de plástico que anunciaba una bebida de chocolate en inglés, con la figura de un conejo dientudo.

–¡Toma tu chocolatote espumoso! –dijo la mesera.

–Gracias.

–¿Te mando compañía?

“¿Compañía?, ¿compañía para qué?”, pensé.

–No, gracias, no la necesito.

–Uy, entonces ¿para qué tú vienes aquí?, vas a aburrirte de lo lindo... ¡Aaah ya sé!, no te gustan las viejas, pero yo también acompaño, me llamo Neiva, por si te decides.

–Ajá... gracias.

Y Neiva se alejó caminando hacia la barra. Ciertamente no era nada vieja, tendría unos diecisiete, o tal vez menos, nada más que el maquillaje la hacía verse mayor, como de veintitantos, además caminaba meneando el trasero con mucha alegría. Su acento era distinto al de la gente de Jitania, como de la costa. Seguro que hasta los ojos me brillaron en aquella penumbra del bar, pero de pronto pensé en Soledad. Sólo entonces recordé que cuando salí del De Efe ni siquiera me había despedido de ella. ¡Soledad! Aunque para entonces ya ni siquiera estaba seguro de que siguiéramos siendo novios. Yo me había enojado mucho con ella porque no me felicitó el día de mi cumpleaños, lo cual, lo sé, lo sé... era bastante absurdo porque yo nunca le quise decir cuándo era mi cumpleaños. ¿Así que cómo iba ella a poder felicitarme si no lo sabía? Bueno, es que yo no actuaba muy cuerdamente en esos días: andaba ofuscado porque había cumplido años y, de nuevo, ¡mi papá ni sus luces, ni siquiera una llamada por teléfono! ¡Cada año el mismo trauma! La mañana de mi cumpleaños, mientras mi madre aspiraba la alfombra de la sala, dijo:

–¡Ah!, casi lo olvido: Te manda felicitar tu padre, envió dinero para que te compres algo. Aunque mejor yo lo guardo para que pagues lo que haga falta cuando vayas a entrar a la prepa.

No me permitió ni ver el dinero y mucho menos contarlo. Yo sospechaba que no era cierto que él lo había mandado sino que mi mamá lo había ahorrado para mí. Mi papá tenía que haber telefonado al menos. Estuve todo el día esperando su llamada y jamás llegó. A partir de entonces dejé de hablarle a Soledad, porque tampoco me había felicitado, y ella no supo porqué lo hice, no le di explicaciones. ¿Ahora cómo podía remediar la situación con ella, desde Jitania, ahora que estaba tan lejos?

Detrás de la barra del bar, Neiva me hacía ojitos. Era alta, quizá se veía tan alta como yo debido a sus tacones, que eran como de diez centímetros. No entendí cómo podía caminar con tanta desenvoltura con semejantes taconazos, yo me hubiera roto los tobillos.

La cerveza empezó a relajarme, la urgencia de encontrar a mi padre se fue apagando, se calmó mi *incertidumbre*. Todavía había tiempo suficiente. Mucho tiempo. Y bueno... Soledad no estaba en Jitania, en el bar, la que estaba era Neiva apoyada en la barra: una muchacha morena, casi mulata, con un cuerpo increíble, haciéndome ojitos y en espera de que la llamara a sentarse a mi mesa como hacían los demás hombres del bar. ¿Y por qué no? ¿Qué tenía de malo un poco de compañía? El problema era cuánto iba a costarme. Era fácil averiguarlo. Llamé a Neiva y le pregunté, un poco a lo bruto:

–¿Cuánto?

–¿Cuánto qué, mi amor?

–Eeh, ¿cuánto debo pagar por tu compañía?

–Doscientos.

–¿Doscientos pesos nada más por sentarte a platicar conmigo?

–No sólo vamos a platicar, mi amor. ¿Que tú quieres dormirme o qué?

Eso me hizo sonrojar pues no sabía si yo iba atreverme a darle besos a una chica a cambio de dinero, por más guapa que estuviera. Yo había tenido mi buen número de novias, de todo tipo, desde las más estudiositas hasta las más reventadas pero nunca les había tenido que pagar para besarlas, sólo dispararles el cine o unos tacos. ¿Acaso era lo mismo? No lo creí así, porque en ocasiones ellas pagaban las salidas... y ni modo que eso equivaliera a pagar por besarme. A mis primeras novias, que eran como de juego, había tenido que convencerlas con mucho trabajo de que no pasaba nada, porque en la primaria aún rondaba la vieja leyenda urbana a cerca de los embarazos ocasionados por un beso muy profundo en la boca. Soledad era mi primera novia ya más en serio, ¡habíamos durado lo que ninguna otra pareja que conociéramos: un año enterito! Ya hasta nos decían *los momios*.

Esto era algo muy distinto, muy nuevo para mí ¿pagar por besar? Pensé que sería una locura gastar doscientos pesos en algo así, pero no estaba en mi ciudad, bebía una cerveza oscura en un bar (¡por primera vez en un bar de verdad y no en la calle, con mis amigotes!) y eso me dio valor para semejante derroche.

–Siéntate, porfa.

Desde que Neiva se quitó el delantal, dejando ver ahora su bendición de busto, y se acomodó en el gabinete, junto a mí, su actitud fue distinta; de inmediato ordenó un whisky y pensé que el asunto iba a salir más caro de lo que había calculado, porque seguro ella no iba a pagar su bebida. ¡Total, ése sería el regalo de mi padre! ¡Esa jugua correría por su cuenta! Era justo que comenzara a saldar

conmigo tantos años de ausencia. El Cuasimodo Velázquez platicó una vez que, cuando cumplió quince años, su padre lo llevó a un *table dance* y se la pasó súper bien. Ahora mi propio padre estaba invitándome esa parranda. ¿No era acaso una tradición que el padre iniciara a su hijo en el mundo adulto? Eso me pareció en aquel momento que significaba el mundo adulto: estar sentado en un bar con una chica que cobra por platicar y por los besos. No estaba muy seguro de que me gustara mucho lo referente a pagar... sin embargo, no dejaba de ser una buena aventura que involucraba a una chica bella, algo nuevo que contarles a los Fantoques.

Neiva dijo que si yo quería, podía esperar a que terminara su turno para irnos juntos. La idea me pareció genial porque entonces ya no trataría de puros negocios, de trabajo, sino de simpatías. Qué tonto, pensé, y yo que había creído que todo el mundo adulto eran arreglos y conveniencias, y resultaba que uno se la podía pasar tan bien.

–Pero si no quieres esperar y me sacas ahorita pues hablamos con el *chief* para que le des lo suyo y ya.

–¿Lo suyo?

–¡ajá!

–O sea que... ¿también vas a cobrarme cuando acabe tu turno y salgas de trabajar?

–¡Pues claro, chico!, ¿qué tú creías, que hago esto por aburrimiento? Bueno, pero no te ofendas, ¡qué cara pones!

A continuación, como queriendo remediar su desfachatez, Neiva me besó con unos labios tan carnosos como nunca los había probado, aunque el regusto a alcohol tampoco lo había probado en la boca de ninguna de mis novias o amigas, porque también había intercambiado un chicle de vez en cuando con alguna, cuando andábamos de *free*, pero desde que Soledad era mi novia ya no había besado a otra, excepto ahora.

¿Todavía éramos novios Soledad y yo, o no?

Neiva parecía que iba a chuparme hasta la médula, el beso comenzaba a ser placentero después de la ligera repulsión que me provocó, al principio, el olor del alcohol en su aliento, y que ya no percibí segundos después, porque el sabor de mi cerveza lo neutralizó. Sentí un vértigo que me desorientó por instantes y vino a mi mente la imagen de la fotografía de mi padre. Abrí los ojos (no me había dado cuenta cuándo los cerré). ¡Vine a Jitania a buscar a mi padre! ¿Qué estoy haciendo?, pensé al despegarme de Neiva a pesar de las ganas de seguir besándola.

–Sabes... yo en realidad busco a mi padre.

–¡Chico, el consultorio del doctor Feelgood está como a veinte cuadras de aquí!

–¡No, tú ni entiendes! Mi padre vive en Jitania y vine a buscarlo.

–Pues vas muy bien, chico. Cualquiera de éstos –señalando alrededor– bien podría ser tu padre.

–Ninguno de ellos se le parece.

Le expliqué mi situación en pocas palabras y ella me dijo que se lo describiera. Hice algo mejor, le mostré la foto de mi padre mientras me acordaba de mi mamá e imaginaba su gesto de horror cuando advirtiera tanto mi ausencia como la de la foto... y la del dinero de su armario, por supuesto.

–¡Guau! Apuesto sí es, chico –dijo ella– pero no lo he visto por aquí, lo recordaría. Yo pensaba que por este bar habían pasado todos los hombres maduros de Jitania, pero ya veo que no.

Bebí tres cervezas más y me sentí medio borracho, mientras que Neiva, no sé cómo, se chupó el mismo número de whiskys y no me parecía que le afectara en nada. Por un momento sospeché que ella me quería tomar el pelo y hacía que le sirvieran refresco de manzana con hielo en vez de whisky, o algo parecido, por lo menos con la misma cantidad de alcohol.

¡El tiempo pasó tan rápido!, dieron las tres de la mañana, hora de cierre del bar, y como yo había dormido durante casi todo el camino en el autobús, todavía no tenía ni pizca de sueño. ¿Y qué tal si...?

## **Hablando en fa**

–Tú y yo vamos a entendernos, Rigoberto. ¿Te puedo decir algo?

–Sí, así me dicen... También el Garrocha Torrentera.

–Pues tú dime don Polo. Mira, Rigo, para avanzar tú y yo tendremos que entendernos. Y para eso habremos de hablar el mismo idioma... los dos.

–¿Pues qué no hablamos el mismo?

–La gente siempre cree que sí; incluso pueden pasar años enteros durante los que uno cree que comprende al otro, pero luego resulta que no, que cada quien entendía cosas distintas a partir de las mismas palabras o frases. Para cuando se intenta remediar los malentendidos ya es demasiado tarde.

–Por eso hay tantos hijos de padres divorciados o separados.

–Por eso, Rigo, cada vez que no comprendas algo, con toda libertad interrumpes y me pides que sea más claro contigo, hasta que nos entendamos.

–Ah, pues empezáramos por ahí.

–En cada sesión te voy a ir enseñando una ilustración de mi libro y a partir de ella vamos a platicar y a trabajar juntos.

## VII

–¿Y qué tal si seguimos platicando en otro lugar, Neiva? Mira, yo en realidad lo que quiero nada más es platicar porque no tengo sueño. ¿Podemos hacerlo en otro sitio saliendo de aquí?

–Pues invítame a dormir a tu hotel. ¿Dónde te estás quedando?

–En el albergue juvenil.

–¡No, ahí no me dejan entrar! Mira, eres un chico muy simpático, todavía no estás maleado, como dicen, y como me caíste bien chévere, mejor te invito a mi hotel, así tú pagas la noche.

–¿Dónde es?

–En Lomas del Vergel, una colonia como a veinte minutos de aquí. Te invito a mi cuarto y allí platicamos lo que quieras.

–¿Cuánto cuesta la habitación?

Me dijo cuánto. Era un hotel barato, y con lo que me había dado mi papá de regalo podía pagarlo sin problema, a pesar de que, para ser apenas mi primera noche en Jitania, ya había hecho trizas el presupuesto. Ésta iba a ser la cereza del pastel de cumpleaños por parte de mi padre.

Tomamos un taxi y nos fuimos alejando de la zona turística, el panorama era cada vez más tétrico: primero edificios destartados, después ya casi no había edificios sino casuchas con techos de lámina. Comencé a creer que iba a pasar a ser parte de la estadística de los turistas asaltados en Jitania. Después de todo, yo apenas acababa de conocer a esa chica y ya estaba metido en un taxi con ella, en la madrugada, en medio de un barrio pesado.

Cuando pensé que ya no habría más edificios de cemento llegamos a un viejo hotel en cuyo anuncio sobrevivía sólo un foco que no estaba quebrado o fundido. Curiosamente, del otro lado de la calle había otro hotel en condiciones muy parecidas, incluso sin nombre... a menos que ambos se llamaran el hotel Hotel. Si hubiera intentado llegar por mi cuenta habría sido incapaz de distinguir el de Neiva. Entramos al hotel tomados del brazo, Neiva saludó al gordo de la recepción, aunque decir recepción era mucho, y me indicó que le pagara a él. Le dejé un billete arrugado sobre un par de refrigeradores recostados y apilados uno sobre otro que hacían las veces de mostrador. Yo nunca había entrado a un hotel con una mujer y pensé que el gordo me miraría con picardía, pero no, al gordo no le importaba nada más que espantarse las moscas, recibir el dinero y no perder detalle en la pantalla de su minitelevvisor, del infomercial que anunciaba un nuevo aparato para bajar de peso sin hacer esfuerzo.

Subimos al cuarto y, a pesar de la oscuridad, vi que sólo había una cama de un tamaño indefinido entre matrimonial e individual. No encendimos la luz, en vez de eso, Neiva prendió un radio pequeño, se desnudó en la penumbra, se metió en la cama y empezó a roncar de inmediato... así que con sus ronquidos olvidé cualquier clase de plática.

El cristal de la ventana que daba hacia la calle era achinado, sin cortinas. Afuera pasó una patrulla a toda velocidad, las luces azul, blanca y roja revolotearon por las paredes del cuarto. Tuve una visión fugaz del sitio al que me había ido a meter. La puerta no tenía seguro. Me puso nervioso haberme ido a meter en un lugar de mala muerte... ¡qué digo!, de mal sueño, para mí, mas no para Neiva.

Al principio no pude dormir. Nunca había dormido junto a una mujer desnuda en la cama (ni desnuda ni vestida) y mucho menos con una tan atractiva como ella: seguro era cubana... al menos del Caribe. Neiva podía tener sólo uno o dos años más que yo, pero de veras parecía mucho mayor. La maestra de ciencias naturales había dicho, en una de sus mortíferas clases, que las mujeres se desarrollan primero que los hombres. Y era cierto, porque las diferencias entre los hombres y las mujeres en la secundaria se notaban mucho. De hecho, las compañeras del salón preferían por novio a un chavo de prepa que a un compañero de la escuela. Por algún motivo misterioso las mujeres siempre iban adelante. A mí se me había ocurrido pensar que era porque las mujeres pueden convertirse en madres, y las madres siempre ven más allá que los hijos; eso deduje de observar diario a mi mamá, que de tonta no tiene un pelo. Esa vez la maestra de ciencias naturales afirmó que el motivo era de índole ideológico, ya que con la misión de preservar la especie, las mujeres tienen que estar listas para procrear hijos. “Entonces no estaba yo tan equivocado”, dije para mis adentros, mientras mis compañeros decían para sus afueras que la clase por primer vez se ponía interesante, y por primera vez prestaron atención a lo que la Bob Esponja decía (la maestra era una copia morena de Bob Esponja). También nos habló de las características que nos hacían notar que ya no éramos niños, estábamos en una extraña etapa de transición y a nosotros, los jóvenes, nos cambiaba la voz y nos salía vello por todos lados... ¡Vaya noticia!... Pero, a las mujeres también les crecía vello y les crecían los pechos, y a los hombres eso nos sonó sensacional. De hecho, las mujeres ya nos llevaban ventaja, puesto que tenían tiempo menstruando, con la capacidad de ser madres... ¡*Madres!*, gritó algún chistoso. La Bob Esponja se puso nerviosa porque su clase se estaba convirtiendo en un espectáculo pornográfico: a continuación desenrolló un par de ilustraciones de tamaño natural donde se mostraban los cambios en el cuerpo de las y los adolescentes. La Bob Esponja se ofendió por los chiflidos y amenazó con suspender y dar el tema por visto, y nadie quería que se diera por visto algo que de veras había que ver. No lo podíamos creer, pero ante nuestros ojos la Bob Esponja terminó de desenrollar una imagen con los pechos desarrollados de una mujer. En sí la imagen no era nueva, en la secundaria circulaba todo tipo de pornografía, dese la más suave hasta la más dura (y conste que no es ningún albur, porque a mí siempre me han caído gordos los albures). Lo nuevo era ver una imagen así frente a nuestras compañeras del salón y, más loco aún, que la maestra más conservadora de la escuela fuera quien nos estuviese mostrando esas imágenes. Para colmo de la maestra, ya de por sí bastante humillada, tuvo que terminar de cumplir con el programa escolar indicándonos los vocablos correctos para cada una de las partes:

–Pezón... aureola... vagina... vulva... labios exteriores –eran palabras cargadas de un significado verdadero, con un referente real y palpitante, no como las palabras muertas que casi siempre nos hacía repetir.

Ahora yo estaba tan cerca de esos referentes palpitantes, palabras vivas que a mi lado respiraban (por no decir que a ratos roncaban): esos referentes tibios y suaves compartían el calor bajo la misma sábana que yo. El clima en la habitación era tan agradable porque estaba llena del aliento de Neiva y, mientras yo escuchaba su respiración de hembra dormida, me calmé; Neiva, como mujer, tuvo la capacidad de calmarme, de aliviar mis males, el miedo de estar en una ciudad desconocida, buscando a mi padre, entre extraños, sin saber qué sorpresas me depararía el día siguiente...

Así, me fui quedando dormido, y de pronto me llegó a la mente la imagen de Soledad pintándose las uñas en el marco de la ventana de su salón, mientras aprovechaba la ausencia de alguno de sus maestros, como solía hacer antes de que fuéramos novios, para que yo la viera desde mi banca en

el edificio de enfrente. Era verdad, Neiva estaba tan cerca, tan al alcance de mi mano (¿o de mi bolsillo, debía decir?) pero a quien yo extrañaba era a Soledad. Esa Soledad a la que le fastidiaba que le llamara Chole.

–¡Que no me digas Chole! Prefiero que me digas Sol...

–Está bien, Chole, te voy a decir Sol.

–¡Aaaaggh! –y ella hacía ese gesto que me gusta tanto con los ojos destellantes.

Algo se me reveló antes de dormir: una cosa era la belleza, aun en plena desnudez, y otra la falta de Soledad.

## VIII

Al día siguiente me levanté recordando los sucesos de la noche anterior y lo que, a partir de entonces, pretendía llamar mi vida pasada (¡qué ingenuidad!, ni me imaginaba lo que vendría a continuación, y más adelante...), porque me desperté con la conciencia de que había terminado la secundaria, por primera vez había discutido con mi madre como casi un adulto, por primera vez había viajado solo, por primera vez había robado (¡aunque se tratara de mi propio dinero y la foto de mi padre!), por primera vez había bebido en un bar y dormido con una mujer... Bueno, *dormido* de dormir.

No me agradaba mucho que mi mamá seguramente se estuviese volviendo loca por mi culpa, esa parte comenzó a pesarme de veras, hizo que dudara entre continuar con la aventura o regresar de inmediato a la casa y olvidar para siempre a mi padre.

De pronto ya no me sentí tan optimista como el día anterior. El cuarto de Neiva era deprimente: al colchón se le saltaban los resortes, la colcha estaba desteñida y yo... yo sufría un poco de cruda y, sobre todo, de un gran agujero en el estómago. Por un momento deseé haber amanecido en mi casa y que mi mamá me preparara los huevos a la mexicana, que tan bien le quedan. ¡Hasta Neiva parecía menos guapa! El maquillaje había desaparecido de su cara, se había quedado entre la almohada y las sábanas. Ya sin maquillaje Neiva se veía menos atractiva, sus labios menos jugosos y sus rasgos menos armoniosos como yo había creído la noche anterior. Además, dormía con la boca abierta y un hilillo de saliva mojaba su almohada. No tenía nada de romántico amanecer al lado de una mujer desnuda que parecía más la sobreviviente de un maremoto que una chava caribeña que trabajaba como mesera y acompañante en el bar de una ciudad de paso.

Dejé sobre mi almohada el importe de lo que le debía a Neiva por su compañía en el bar, por sus besos comprados, más un poco de dinero por su compañía durante la noche. Sin hacer ruido me vestí y salí del cuarto. No tenía ganas de intercambiar palabras con ella si se despertaba. ¿De qué podíamos hablar? Además no deseaba que mi cuenta aumentara. Neiva se había portado amable conmigo, cierto, pero ése era su trabajo y yo no quería quedar a deber nada porque, como ella misma me lo había dicho, no lo hacía por gusto, seguro que necesitaba cada peso que se esforzaba por ganar, su cuarto no era nada envidiable.

Bajé las escaleras del hotel. Era más espantoso de lo que pensaba cuando llegué: con el yeso cayéndose a pedazos de las paredes y moscas por doquier. El gordo de la entrada dormía sobre una mecedora tras la improvisada recepción, ni siquiera me vio salir.

La colonia Lomas del Vergel no estaba en una loma ni mucho menos había ningún vergel cerca, antes todo lo contrario: se encontraba en pleno desierto; no llegaba a ciudad perdida, apenas si un par de hoteles perdidos con un montón de vulcanizadoras orbitando a su alrededor, como si la gente de allí sólo supiera arreglar llantas... o dedicarse a robar, porque también había un deshuesadero de autos seguramente ilegal. Parecía el rumbo de los delincuentes y, sí, podría ser el rumbo donde los delincuentes y las prostitutas duermen de día, porque en algún sitio debía dormir esa gente, ¿o no?

A lo lejos se divisaba algo como una avenida, la única calle amplia del rumbo, y caminé hacia ella; en realidad era una carretera. Se acercó un camión, a punto de desarmarse, que decía: Jitania, escrito con cal en el parabrisas, y lo tomé. “Estoy fuera de Jitania”, pensé, desanimado por el seco panorama que apenas podía observar con claridad cada que el camión dejaba de dar los tremendos

tumbos que hacían de mi vista una experiencia temblorosa. Para colmo me había sentado hasta el fondo y durante los tumbos casi llegué al techo; los sentones dolían tanto que decidí mejor viajar parado. Cuando me levanté sentí que algo quería retenerme en el asiento: un chicle. Con razón nadie se había sentado ahí a pesar de haber tanta gente parada, incluso escuché algunas risas nada discretas mientras intentaba librarme del chicle que se aferraba a mí como un hijo insospechado, un hijo con bracitos muy delgados que se estiraban al infinito y que además se cargaba un insufrible olor a fresa.

Entré en mi albergue a darme un baño y a ponerme unos pantalones limpios. Para mi sorpresa las regaderas de los hombres eran comunes y los huéspedes, numerosos. Lo dicho: nadie dormía en el albergue, pero por la mañana sí llegaban muchos a bañarse y a cambiarse de ropa. Había muchachos de todos colores y con acentos de lo más variado. Al primer descuido me robaron el jabón y el champú, y ni idea de quién había sido.

Por primera vez entendí qué es una ciudad de paso, en carne propia (en jabón propio), no en las clases de ciencias sociales, en la que el maestro habló del moderno concepto de *No lugar*, concepto un tanto abstracto que no comprendí del todo en el salón de clases, pero que se refiere a lugares que fueron creados para no permanecer en ellos por mucho tiempo, como por ejemplo: las carreteras o un aeropuerto. Pocos días después de que nos explicaran el tema, se puso de moda la película de un hombre que, por mala suerte, se tiene que quedar a vivir varios meses en un aeropuerto, y sí, era como vivir en el limbo. En ese caso, Jitania era un buen ejemplo de una *No ciudad*; y a su vez Neiva era una *No novia* que ofrecía compañía de paso, besos de paso; y, el peor ejemplo de todos, mi padre como un perfecto *No padre*: que era y no era mi padre, o sea: un padre de paso que vivía en una ciudad de paso, rodeado de mujeres de paso...

Caminé a la esquina del bolero, pero estaba vacía, su horario debía ser nocturno, y pues sí, ¿a quién iba a bolearle los zapatos por las mañanas, si a esa hora no se veía ni un alma descalza? La vida en Jitania era nocturna; aparte de estar vacía, la avenida de los bares en nada se parecía a lo que vi la noche anterior. Jitania está hecha de luces de neón, se reconstruye cada noche; de día ni siquiera pude ubicar con certeza los lugares donde había estado. Jitania es una ilusión, de día no existe, sólo quedan unas cuantas edificaciones en obra negra. De noche es el juego de luces lo que le da cuerpo a Jitania; a la luz del día no es nada. Y la luz del día me pareció tan cruel exhibiendo la viruela de las calles, los ladrillos pelones de los edificios, los baches, los tristes letreros con faltas de ortografía; Jitania de día, con los flacos perros meándose en cada esquina era como Neiva de día: sin maquillaje y con baba en la almohada, y también era como la foto arrugada de mi padre en el bolsillo trasero de mi pantalón.

Como en Jitania casi todo estaba muerto y lo que no, el sol se encargaría de rematarlo, y a falta de un mercado de comida, decidí dejar de dar vueltas e irme directo al centro comercial para desayunar bajo techo y muy fresco (gracias al aire acondicionado); un centro comercial (¡otro *No lugar!*) igual a los del De Efe, y creo que casi igual a los de cualquier otra parte del mundo, aunque éste, aparte de ofrecer hamburguesas y comida rápida al por mayor, también ofrece megaburritos en la zona de alimentos.

Si hay algo que me gusta son los burritos, y me hizo falta espacio en el estómago para comerme otro más. Al tiempo que iba comiendo me sentí menos pesimista. Las cosas se ven distintas después de comer, creo que si todos tuviéramos suficientes burritos en la panza éste sería otro mundo... Así lo sentí en ese momento: no había problema que una buena dotación de megaburritos no pudiera resolver.

Después de satisfacer mi hambre entré en el salón de video juegos. Adentro el estruendo era tan grande que de inmediato me sentí aislado del centro comercial y, más aún, de Jitania; una barrera de sonido y de frío aire acondicionado trabajando al máximo hicieron que olvidara el clima bochornoso de Jitania. Cada uno de quienes estaban ahí permanecía tan atento a su videojuego favorito que no existía nada capaz de distraerlo. La mayoría de los videojuegos eran tan recientes que yo todavía no los había visto por mi rumbo en el De Efe.

Al poco rato quedé hipnotizado con los juegos de combate, con la velocidad de las patadas y los golpes que los personajes de las pantallas asestaban a sus enemigos; en uno los personajes virtuales reproducían los movimientos que los chavos, cuyas extremidades estaban conectadas mediante unos electrodos a la consola, realizaban de frente a la pantalla; era una pelea virtual donde los chavos reales no se tocaban, aunque dentro del mundo virtual sus dobles se destrozaran por completo hasta sacarse litros de sangre y arrancarse los brazos o la cabeza. Me pregunté quién jugaba con quién: esa máquina hacía saltar a sus jugadores tan rápido que parecían no tocar el suelo: sin que ella les permitiera descanso alguno, sudaban a chorros, con ojos de perro perdido en el periférico.

Las máquinas estaban ocupadas y mucha gente esperaba su turno impaciente. Pero los mirones son de palo y cada vez que alguien se quedaba demasiado tiempo curioseando en la pantalla de otro jugador comenzaban las miradas de reojo, una levantada de hombros que quería decir: ¡sácate de aquí! Y en el norte los batos son más altos y, sobre todo, ponchados. Yo no quería tener problema con ninguno, así que esperé con calma a que un simulador de vuelos se desocupara y me instalé rápidamente en su asiento. Ahora sí, pensé: ¡a volar lejos!...

Acaparé el videojuego (nunca antes había podido comprar tantas fichas) ¿durante cuánto tiempo? Quizá un par de horas hasta que la molestia de los que querían usarlo me desconcentró y mejor fui a mirar las maravillas de la electrónica en las tiendas. Cada vez los aparatos hacen más cosas en menos espacio. Es como una competencia que no me imagino a dónde irá a parar. Dentro de poco las computadoras van a estar dentro de nuestro propio cuerpo y será suficiente con pensar en una instrucción para que nuestra computadora personal cumpla la tarea, y entonces: adiós a las colas en las videosalas.

Entusiasmado con el asunto de las compras (porque de día el pasatiempo en Jitania es ir de compras) se me ocurrió que podía ir del otro lado de la frontera, porque la gente en el centro comercial machacaba a cada rato con que del otro lado es adonde está lo bueno, que nadie iba a Jitania nomás a comprar en su centro comercial sino a pasar al otro lado, adonde están los mejores *malls*.

Para mi mala suerte yo no podía pasar del otro lado porque nunca he sacado un pasaporte así que tuve que conformarme con ir al puente internacional a ver a la gente cruzando en su automóvil o a pie, gente contenta de ir a gastar su dinero en las maravillas que se consiguen del otro lado. Había filas y filas de autos cruzando, y su tránsito pausado y continuo era un relajante efectivísimo para esperar la noche. Con la llegada de la noche también se invirtió el sentido del tránsito de la mayoría de los coches, que empezaron a cruzar del otro lado hacia éste. Es curioso lo que una ciudad fronteriza como Jitania produce en la gente: los de este lado quieren irse del otro y, los del otro, venirse a éste; una especie de mundo bizarro que impulsa a los compradores nativos a irse del otro lado y a cambio atrae oleadas de jóvenes güeros y ojos azules totalmente excitados y dispuestos a divertirse sin las limitaciones de las leyes de su país. Me enteré de que allá son considerados menores de edad en tanto que no cumplan los veintiún años, mientras que nomás con entrar a mi

país teniendo al menos dieciocho años, se convierten mágicamente en mayores con derecho a que les sirvan bebidas alcohólicas legalmente (de hecho, aunque no tengan dieciocho también pueden beber, sólo que en ridículos vasos de plástico, como yo):

## Fármaco

Don Polo abrió su librote y me enseñó un grabado en el que se veía, desde las alturas, un campo de cultivo; lo interesante del grabado era que, mientras del lado izquierdo es de día y hay unos pájaros negros volando, del lado derecho ya es de noche y los pájaros son ahora blancos. Me entretuve mirando la imagen un rato y don Polo habló:

–Un fármaco es una sustancia biológicamente activa capaz de modificar el metabolismo de las células de un organismo.

–¿O sea, don... Polo?

–El término proviene del griego *phármakon*, palabra que se utiliza tanto para nombrar a los medicamentos que curan como a los venenos que matan.

–Y hablando en fa...

–Lo que te quiero decir, Rigo, es que se trata de un término ambiguo: un fármaco, una sustancia que uno se mete, como tú dices, puede ser remedio y veneno al mismo tiempo... depende de la situación en que se aplique.

–¡Ah!, ya entiendo, entonces por qué me enseña este cuadro.

–Sí, Rigo, es un cuadro de Escher que se llama *Día y noche*: luz y oscuridad en un mismo reino, al mismo tiempo...

## IX

Mientras contemplaba el ir y venir de los automóviles cruzando la frontera, sometidos a la inspección de los agentes de seguridad en busca de drogas y bombas, me puse a pensar: ¿y si mi padre de veras trabajara para los narcos, como había sospechado el bolero cuando supo que era aviador? Y yo sin saberlo todos estos años. Éste podía ser motivo suficiente para que mi madre no me quisiera dar más datos sobre él. ¡Por eso tanto misterio! Tal vez mi padre deseaba protegernos, teniéndonos lejos de él a mi madre y a mí... ¡Ésa era la razón!

O, tal vez, simplemente nos había olvidado, no quería saber nada de nosotros, de su hijo.

Antes de ir a buscar al bolero regresé al salón de videojuegos y conseguí sentarme de nuevo en el simulador de vuelos. ¿Cómo sería un día en la vida de mi padre, la vida de un piloto aviador del narco? ¿Cuántos peligros no afrontaría? Ya lo veía realizando peligrosas maniobras entre ráfagas de balas. Esto es lo que pensaba mientras piloteaba mi propia nave y el firmamento se inclinaba hacia la derecha y hacia la izquierda como respuesta a mis audaces movimientos de timón, después pasaba yo tan cerca de la tierra, rasando el pasto, que asustaba a las vacas que pastaban distraídamente. ¿Qué cara pondrían el Cuasimodo Velázquez, el Tomate Martínez y el Chino Loranca cuando se enteraran de que yo sí tenía padre y, sobre todo, de quién era mi padre? Ya nadie iba a poder presumirme:

–Es que mi padre es abogado...

–Es que mi papá es arquitecto...

–Es que mi papá es camarógrafo de las telenovelas...

De ahora en adelante me verían con admiración y cuando yo pasara frente a ellos dirían, dándose de codazos:

–¡Mira, ahí va el hijo del Señor de los Aires! –porque algún alias debía tener mi papá si se dedicaba a esos quehaceres, como el bolero decía.

–¡No me digas! ¿El hijo del Señor de los Aires? ¿Estás seguro?

Pero qué tal si resultaba que se pudría en una cárcel de alta seguridad, ¡qué horror! (y cómo iba a adivinar que el que terminaría encerrado sería yo), ése no era un papá para presumir, excepto entre los matones de la colonia, pero no era tanto mi deseo de fama de maloso.

En tercero de secundaria nos pusieron a leer *Pedro Páramo*, pero yo no había entendido muy bien la novela ¿Por qué estaban todos muertos?, ¿era una novela de terror o qué? De pronto me di cuenta de que yo había llegado a Jitania casi como Juan Preciado, el hombre que en la novela llega a Comala en busca de su padre, tal como su madre le pide antes de morir; porque ella le hace prometer que buscará a su padre y que además le exigirá lo que le corresponde. Aunque, bueno, con mi madre fue justo al revés, ella no quería que yo lo viera y mucho menos que le pidiera algo.

Pero igual, llegué a Jitania en busca de mi padre. Ahora la novela me pareció más interesante porque comprendí lo que siente un hijo que anda en una ciudad o pueblo desconocido en busca de su padre. En Jitania, a diferencia de Comala, todos estaban vivos, ¡demasiado vivos!, aunque de día parecieran muertos, sólo estaban dormidos y por la noche estarían borrachos de nuevo.

¿Y si mi padre fuera como Pedro Páramo, todo un cacique, si él fuera el Pedro Páramo de los narcos?

Algo que no terminaba de cuadrar era que mi padre enviaba dinero cada mes y que me había enviado una buena cantidad de dinero por mi cumpleaños y el fin de cursos, sí, creo que eso era cierto (a menos que mi mamá tuviera otra entrada de dinero y que me mintiera al respecto), pero para un narco tales cantidades eran insignificantes, y si los narcos se la pasaban lavando millones de dólares, pues francamente no llevábamos para nada la vida de una familia de narcos.

Me senté en una de las bancas del centro comercial y comencé a hojear un periódico abandonado, *El Despertar de Jitania*. Leí que a las afueras de una ciudad cercana, también fronteriza, habían encontrado a otra mujer violada, torturada y asesinada, la empleada de una maquiladora, y que ya iban cerca de cuatrocientas mujeres muertas en condiciones similares desde hacía algunos años, mas nadie sabía quién o quiénes eran los culpables (si es que deseaban saberlo). Se manejaban distintas hipótesis y una de ellas estaba relacionada con el narcotráfico. Pensé en mi padre: ¿no, él no podía estar metido en algo tan espeluznante!

En otra noticia se hablaba de una narcoavioneta que se estrelló en el desierto. Según testigos, al parecer la avioneta había sufrido algún tipo de avería en pleno vuelo, ya que de repente se proyectó en picada hacia tierra sin que el piloto, a pesar de sus esforzadas maniobras, pudiera evitarlo. En el interior de la avioneta, aparte del cuerpo calcinado del piloto sin identificar, se hallaron muchos kilos de cocaína medio chamuscada y un par de cuernos de chivo. Hasta el momento no había detenidos ni pistas a seguir para esclarecer el incidente.

¡No, no! ¡Para nada! Mi padre no tenía que ver con ese mundo tan tenebroso... Yo estaba seguro, debía haber otra explicación. Él trabajaba para una empresa legal, no para los narcos, no para gente relacionada con asesinatos, torturas y violaciones, y que el día menos pensado también aparecía muerta o ejecutada, como dicen ahora.

Traté de alejar de mi mente visiones tan desagradables y de imaginar, en cambio, el tipo de vida que mi padre llevaba en Jitania, llena de bares y de turistas rubias del otro lado, trabajando para una empresa muy importante y legal... ¿o no sería así?

## X

–Te tengo buenas y malas noticias –dijo el bolero al tiempo que boleaba por segunda vez mis botas en menos de veinticuatro horas.

–¿Cómo que buenas y malas? ¿lo encontraste? –el corazón se me salía por la boca, me costaba trabajo respirar. Imaginé mil cosas, que a mi padre lo habían metido a la cárcel o, peor aún, que lo habían ejecutado...

–Primero me pagas.

–¿Cómo sé que no me vas a tomar el pelo?

–Mira, m'ijo, yo no engaño a nadie, yo me gano la vida en forma limpia... Tú me verás aquí, humildemente boleando zapatos, pero no sabes la de información que corre por esta esquina, ¡la mejor esquina de Jitania!

–Y ¿cuánto es lo menos, pues? –después del regateo de rigor acordamos el precio y sin demorarme más saqué un par de billetes. El bolero preguntó, mientras guardaba receloso el dinero en el bolsillo de sucamisa:

–¿Primero las buenas... o las malas?

–Las malas primero.

–¡Okay! Pues tu papá no está en el negocio.

–¿O sea...? ¿Ésas son las malas?

–Sí, tu papá no es bien visto por aquí. Se dedica a algo muy peligroso...

–¿Más peligroso? ¿Qué puede ser más peligroso que ser narco? –a estas alturas yo ya tenía los pelos de punta.

–Trabajar en el bando contrario, m'ijo...

–¿Cuál es el bando contrario?

–¡El de policía, pelao!

–¿Mi papá, en la policía?

–No lo grites, m'ijo, si no quieres que nos ajusticien aquí mismo.

–Pero mi papá es aviador, no policía.

–Es muy simple: ya que vuela para la policía, pertenece a la policía ¿qué no? y la policía es lo que menos quieren por aquí.

–Pero, pero... yo pensaba que el bando contrario era el de los narcos, los maleantes pues.

–Aquí no, los contrarios son los policías. Y mejor que nadie se entere que eres hijo de policía porque tu vida no va a valer un *peanut*.

–¿Cómo encuentro a mi papá?

–Ahorita está en un operativo especial...

–¿En dónde?

–Va y viene, anda en las narcocaravanas.

–¿Narcocaravanas?

–¿Qué no lees los periódicos?

–Leí de una narcoavioneta que se estrelló en el desierto.

–¡No'mbre! Andas pero perdido. Lo de las narcocaravanas es otra cosa. Mira, m'ijo: como los turistas viejos del otro lado ya no quieren venir porque su gobierno les advierte a cada rato que aquí es muy peligroso, que la gente cae muerta a montones por la lucha entre los narcos, pues tu papá está comisionado para escoltarlos. Va por los turistas al otro lado y, según el número que se junte, pues sube a los que pueda a su avioneta mientras los otros viajan en avionetas alquiladas. A los viejillos les fascina pasear por acá, les parece una aventura...

–¡Qué peligroso!

–¡No, qué va! Eso es un espectáculo para turistas. Tu papá, cuando anda de buenas, ya de plano hasta les hace el narcotour...

–¿El narcotour? ¿Cómo es un narcotour?

–Sí, m'ijo. Es el que se les hace a los turistas para enseñarles las casas de los narcos, un par de altares dedicados al santo Malverde, el museo del narco y todos los lugares típicos de la cultura del narco.

–Suenan muy peligrosos.

–¡No, qué va! En realidad eso no es lo peligroso, a ningún narco le interesa andar ejecutando turistas: al contrario, hasta les da orgullo que admiren su forma de vida, sus gustos... Y el narcotour ya se está convirtiendo en un nuevo atractivo turístico que puede resultar una verdadera mina de oro. Lo peligroso es meterse con los narcos y sus operaciones. ¡Eso es otra cosa!

–¡Nunca lo hubiera imaginado!

Entonces mi padre sí nos protegía teniéndonos lejos a mi madre y a mí, para que los narcos no nos localizaran y evitar así que pudieran hacernos algún tipo de daño por venganza o al menos utilizarnos para chantajearlo. ¡Qué cosa!

## Falsedumbre

–Tú no sabes para qué son los laberintos, ¿verdad, Rigo?

–Pues para perderse, ¿para qué otra cosa?

–No, te equivocas. Sirven para todo lo contrario.

–¿Para encontrarse, entonces? –dije burlándome de don Polo.

–¡Exacto!

–¿?

La verdad es que este señor ya me enfadaba menos que antes, incluso sus ocurrencias y enigmas comenzaron a entretenerme. Hasta podía empezar a sentir que me caía bien... sólo que eso iba en contra de mis principios.

–¿Y cómo? Si entro a un laberinto, pues me pierdo ¿o no?

–¡Ah, qué *falsedumbre* la de este mundo! Te pierdes... a menos que sea un laberinto de paredes invisibles. ¿Conoces el de la catedral de Chartres, en Francia?

–Por favor, don Polo, ya le conté que nunca he viajado.

–No es necesario que viajes físicamente para que lo conozcas, está en los libros.

Me enseñó de nuevo su librote manoseado, abriéndolo esta vez en una página donde había una fotografía del laberinto de Chartres; un laberinto circular trazado en el piso de la catedral que, en efecto, no consistía en pasadizos por los que uno pudiera perderse porque sólo existía en dos dimensiones.

–¡Pues qué tontos!, en ese laberinto no se puede perder nadie. ¿Para qué sirve un laberinto delineado nada más en el piso?

–Hace algunos siglos, ciertos monjes solían realizar una ceremonia de iniciación que consistía en recorrer este laberinto en distintas ocasiones, hasta conseguir dominarlo mentalmente.

–¡Así qué chiste!

–¡Piensa, Rigo!, a veces te enfrentas a una, digamos, situación-laberinto y crees que nada te impide llegar a la solución-salida, pero resulta que a pesar de eso no lo consigues.

–Hablando en fa, don Polo...

–Mira, Rigo... ¿nunca te ha pasado como al mono que ve un plátano a través de unos barrotes y babea por él y a pesar de que su mano llega a unos cuantos centímetros no logra tomarlo? El mono no sabe al principio que se tiene que alejar varios metros para encontrar un hueco por donde pueda entrar y recoger el plátano.

–¿Y qué tiene que ver el chango con el laberinto?

–Este laberinto que, por cierto representa la estructura de tu propio cerebro, Rigo, con sus dos hemisferios, a su vez divididos por la mitad; las cuatro partes simbolizan la intuición, el pensamiento, la percepción y el sentimiento, te enseña cómo enfocar un problema de manera distinta a como lo acostumbras, te enseña una manera no lineal. Entrás y de inmediato descubres

una curva, lejana al centro, que te provee una visión más general, completa, del asunto. En vez de tratar de acercarte de manera directa al centro, algo que es tan imprudente como inútil a tu propósito, das una vuelta y después te acercas un poco para volver a alejarte de nuevo, pero en una dirección distinta. Al final, luego de un alejamiento muy grande, cuando parece que la solución-salida está más lejos que nunca, llegas directo al centro...

–Suenan... medio complicado.

–Y eso que no se trata de todo el viaje...

–¿Ah no?

–No, porque una vez que llegas al centro viene el viaje de regreso; no te puedes quedar en el centro sino que debes regresar adonde estabas al principio...

–Pero, ¿para qué regresar al mismo lugar? Eso es tonto. ¿Mejor irse lejos!

–¡No, claro que no, Rigo! Regresas al mismo lugar, pero ya no eres igual... Lo que debe cambiar no es el entorno sino tú mismo. A pesar de que tú mismo también transformes tu entorno cuando, al final del recorrido dentro del laberinto, regreses a la entrada, que ahora se ha convertido en una salida.

–Sabe don Polo, yo no entiendo rollos tan complicados...

–Por eso precisamente te voy a regalar este libro, que se llama *La Odisea*... y trata de un viaje de regreso.

## XI

No me dolió pagarle la información al bolero, había resultado muy eficaz y, además, el dinero que le di seguía siendo parte de mi regalo de cumpleaños. Gracias al bolero ya tenía una pista segura sobre mi padre, sabía dónde encontrarlo... ¡Mi padre!, y aunque no fuera narco (¡y qué bueno!), al fin y al cabo era un padre del cual presumir también.

Ya tenía algo en mis manos, pero no era suficiente, tendría que dirigirme a la policía de Jitania para preguntar por mi padre. Aunque quizá era mejor esperar al día siguiente. Mientras podía ir a visitar a Neiva, ¡total!, sólo estaría un par de días más en Jitania y... quién sabe si algún día regresara.

También pensé en telefonar a mi madre, a esas horas ya habría llamado hasta la policía para localizarme; llevaba más de un día fuera de casa, sin que ella supiera dónde andaba, pero... no tenía ánimo para escuchar sus regaños.

Antes de seguir sintiendo retortijones en el estómago, fui a cenar otro megaburrito con un vaso de refresco gigante (por sólo dos pesos más). Antes de encontrar a mi padre bien podría tomarme un pequeño descanso en Jitania que, al fin y al cabo, era una ciudad turística, ¿o no?

¿Telefonar o no telefonar? La pregunta me rondaba la cabeza, justo ahora que estaba un poco más relajado por tener noticias más claras sobre mi padre y un buen megaburrito en la mano. Sentí culpa por mi egoísmo, por estar pasándomela tan bien mientras mi madre seguro estaría escenificando una tragedia frente a la policía del De Efe, que ni caso le iba a hacer. ¿Por qué siempre sucedía que si una cosa salía bien, otra iba mal, y viceversa? ¡Qué complicación! Y todo por querer echarle un vistazo al mundo de los adultos por mi cuenta; en cambio, si mi madre me hubiera acompañado a Jitania, ella se habría encargado de resolver los problemas: yo sólo me habría limitado, como siempre, a pedir comida, pedir dinero, pedir videojuegos, pedir, pedir...

–¡Tú sólo sabes pedir! –clarito escuchaba la voz de mi madre dentro de mi cabeza.

De pronto pasó ante mí el *dealer* que vendía las tachas de colores la noche anterior; seguía de cerca a un par de chavos como de mi edad, pero tatuados hasta la frente. ¡Qué cosa! Si yo me hubiera atrevido a hacerme uno de esos tatuajes en alguna zona visible, o si me hubiera llenado de *piercings* la boca y las orejas como ellos... ni qué decir de los implantes de bolas de teflón o de acero quirúrgico bajo la piel de la cabeza, como cuernitos o al estilo mohicano. ¡Mi madre se habría infartado!

Traté de esconderme tras el megaburrito, pero siempre que uno quiere que no lo vea alguien, parece que una especie de alfilerazo obliga al susodicho a voltear exactamente hacia donde está uno, tratando de conseguir la invisibilidad nomás con no moverse. El *dealer* volteó a verme y, aparte del burrito, usé el vaso de refresco para esconder la cara. Por un momento perdí al *dealer* de vista y cuando me di cuenta estaba detrás de mí. Había faltado el famoso periódico para ocultarme eficazmente: ¡Como detective era un fracaso!

–¿Ya vas a pagarme, eh, tú, bato cara de ratón?

Lo ignoré mientras me atragantaba con el bocado. El Cuasimodo Velázquez me había enseñado a pelear bastante bien, pero el *dealer* era musculoso y yo, alto nada más, tirándole a flacucho... para ser honesto; aunque más valía maña que fuerza, como siempre decía el Cuasi cuando yo alegaba que mi oponente estaba muy agorilado: “¡Si no lo va a cargar, no seas tonto!”.

–¡Necesito que me pagues, pelao! –insistió el *dealer*. Yo me sentía desencanchado, en un terreno tan desconocido, tan lejos de casa; seguro que no tendría el apoyo de nadie si me enfrascara en una pelea tan dispareja. El *dealer* resopló como si acabara de correr los cien metros planos y se sentó junto a mí. Sus ojos estaban inyectados. No sé qué se había metido, pero ni de lejos parecía en sus cinco.

–¡Te hablo, cara de rata!

–Ah, hola. ¿Qué haciendo?

–Si no tienes dinero para pagar hay otra forma en que nos podemos arreglar y puede que hasta te convenga... Tal vez te ganes unos dolaritos si lo haces bien. Como todavía estás morro, y con esa cara que te cargas, es fácil que cruces sin que te revisen los agentes...

–La verdad, yo...

–Nada más tienes que poner en tu mochila esto –me enseñó un paquetito que traía entre la cintura y el pantalón– pasas la frontera y se lo entregas a...

–¡No tengo pasaporte!

–¡Ah, cómo serás mentiroso! Nadie viene a Jitania sin pasaporte. El chiste nomás es cruzar, no seas...

–¡Pues yo no tengo! Nunca he sacado uno. Yo no vine de turista ni de compras.

–Tú quieres verme la cara...

El *dealer* interpretó mi reacción involuntaria como un desafío. Yo supe que él era un cobarde, lo advertí en el parpadeo que no pudo evitar: tuvo miedo de mi respuesta... Pero era un cobarde con ventaja, envalentonado por su tamaño, pues pesaba mucho más que yo y, sobre todo, porque estaba en sus terrenos.

A la gente que comía en la zona de alimentos le tenía sin cuidado nuestra discusión, nadie se iba a meter. Pensé, en el último de los casos, arrancarle a mi contrincante la púa que usaba en el lóbulo de la oreja derecha, eso sí que le dolería, y luego echarme a correr como loco para meterme en alguna de las tiendas donde hubiera vigilantes.

El *dealer* me sujetó del cuello de la camiseta y yo no estaba dispuesto a tolerar eso, ¡ahora sí la cosa iba en serio, a ver de a cómo nos tocaba! Pero de pronto el *dealer* echó su cabeza hacia atrás en un movimiento bastante extraño, pensé que le iba a dar un ataque de epilepsia, como al Tomate Martínez, que había nacido con esa enfermedad y de pronto nos metía cada susto, aunque ya sabíamos qué hacer para que no se mordiera la lengua. Si acaso le estaba dando un ataque al *dealer* que ni creyera que yo le iba a meter la pluma entre los dientes... así se me habían roto muchas.

El *dealer* torció su cuello hacia atrás, chilló de dolor y los ojos se le llenaron de agua. No tardé en advertir el motivo: un hombre, detrás de él, lo tenía agarrado por los cabellos, luego le sujetó uno de los brazos y le hizo manita de puerco. El *dealer* se vio obligado a soltarme y el hombre todavía se dio el lujo de aplastarle la cara contra los restos de mi megaburrito hasta batírsela por completo de salsa y frijoles refritos. Luego, el hombre le registró los bolsillos, de los cuales extrajo una navaja automática con una hoja como para degollar un elefante y unas bolsitas de plástico con sus tachas de colores y grapas de cocaína... aparte del paquetito de la cintura. Sólo en ese momento advertí el peligro que había enfrentado sin darme cuenta: ¡No se hubiera tratado de ninguna pelea,

sino de recibir tremendo navajazo! Seguro me puse tan blanco como el Tomate Martínez, porque el hombre preguntó si estaba bien.

–Sí, graaa... cias.

“¡Ese rostro!; lo he visto en otro lado”, pensé. “¡No puede ser, no puede ser!” Un poco más panzón, algunas canas, es cierto, pero”... Estrujé la foto que llevaba doblada en el bolsillo trasero de mi pantalón: “¡no puede ser!” Dicen que la sangre llama... y yo nunca he experimentado antes algo así con ninguno de los pocos parientes que tengo; mi mamá no cuenta porque la veo siempre.

Pero... ¿y si no era? Qué ridículo iba a hacer gritando, con los brazos abiertos: “¡Papá, papá, soy Rigo, tu hijo!”, mientras el policía me miraba con cara de que se había topado con un perfecto chiflado.

–Le dije a tu madre que te encontraría en un dos por tres, en Jitania es fácil ubicar a cualquiera.

¿Mi madre? ¡Entonces aquel hombre sí era mi padre, y no sólo eso, sino que mi madre ya había hablado con él para que me buscara, y me había encontrado en el momento que más lo necesitaba! No lo podía creer. Sentí que me faltaba el aire y tuve un vértigo, igualito a los que de a tiro por viaje le dan a mi mamá... ¡Ya estaba pareciéndome a ella!

Mi papá esposó con facilidad al *dealer*, fuimos al estacionamiento y los tres subimos a su *troca* para ir directo a la estación policiaca de Jitania. Al llegar, mi papá les entregó al *dealer* como si fuera un bulto.

–Aquí les traigo este regalito, para que no se aburran esta noche.

Los policías ni se inmutaron. Uno de ellos levantó apenas la cabeza para exclamar:

–¿Otra vez con tus porquerías por aquí, Salsa? ¿Ahora sí te vamos a guardar un rato!

¿Salsa? ¿Entonces él era el Salsa? ¿O sea que la noche anterior me había amenazado con traerse a sí mismo para golpearme? ¡Qué tipo tan retorcido! A lo mejor así quería hacerse publicidad él solito para que su apodo se hiciera temido en Jitania... o simplemente la droga ya no le permitía ni saber quién era él.

## XII

–¿De veras eres mi padre? –le pregunté cuando estábamos a solas, de nuevo en su *troca*.

–¡Por supuesto que sí! –contestó él mientras echaba a andar el motor–. Tu madre llamó ayer para avisarme que habías venido a Jitania. Por cierto, tienes que hablar con ella porque anda toda preocupada.

–¿Y ella cómo supo que venía para acá?

–¿Pues qué otras... adónde ibas a ir después de que te la pasaste preguntándole sobre mí y te llevaste el dinero y mi foto?

–¿Y tú cómo supiste dónde encontrarme? Yo ya estaba sobre tu pista.

–Hablé hace rato con el bolero y me dijo por dónde andabas.

–¡Qué chismoso!

–Como estuvo investigando sobre mí, tuve que averiguar el asunto, no fuera que anduvieran buscándome.

–Los...

–Los únicos que podían buscarme, aparte de ti. ¿Siempre eres tan preguntón?

Estuve a punto de no soltarle la siguiente pregunta que me mataba de curiosidad, de incertidumbre, recobré los ánimos después de que lo vi espiando su reloj, porque seguramente tenía muchas ocupaciones, quizá una narcocaravana próxima...

–¿Por qué nunca nos visitas?

Mi padre tosió, se puso rojo y agarró el volante con fuerza:

–Eeehh, tú no sabes lo que es este trabajo... es muy absorbente.

–¡Pero yo ni te conocía, sólo por foto!

–Bueno, lo que pasa es que eras un bebé... Nunca les ha faltado nada, ¿o sí?

Me había prometido no hacerle demasiados reproches cuando lo hallara, con tal de no ahuyentarlo; había imaginado una escena como de película en la que padre e hijo se reencuentran y es la locura de felicidad, y el padre le promete al hijo que nunca volverán a separarse. Pero mi padre estaba como si hubiera encontrado a un ex compañero de la escuela solamente, nada especial. A pesar de mis esfuerzos por ocultar la decepción se me transparentaba por la cara; él lo notó y por eso se apresuró a abrir la boca:

–Escucha bien lo que vamos a hacer: aprovechando que ahorita tengo un pequeño vuelo, voy a llevarte a dar un paseíto que te va a gustar. ¿Eh? ¿está bien? –entonces mi padre debió advertir mi cara de absoluta felicidad y pensó: “¡ahí mero!”.

Desde que supe de niño que mi padre era piloto me dio por los aviones de armar, aunque para nada se me había ocurrido seguir sus pasos, a diferencia del Cuasimodo Velázquez, que se metió al boxeo desde pequeño porque siempre acompañaba a su papá a entrenar al gimnasio, cuando el viejo todavía peleaba.

–La carrera de boxeador es tan dura como la de los músicos –terciaba el Tomate Martínez cada vez que en nuestras pláticas salía el tema de las profesiones, porque si él a alguien admiraba era a los músicos de salsa–. En ambas carreras hay que empezar desde pequeños y practicar horas y horas, sólo que después de cada concierto no terminas con los ojos morados y la nariz más chata... si acaso con dolor de espalda, los dedos engarrotados o lo peor: la temida tendinitis.

Nunca antes se me había ocurrido estudiar para piloto porque no conocía a ninguno... en persona, quiero decir, porque me hice aficionado de cualquier cantidad de juegos de video de simulación de vuelos, pero nunca lo había pensado como una posible profesión sino como puro entretenimiento. De pronto, ante la presencia imponente de mi padre, con su chamarra de cuero y con su estatura de un metro noventa según calculé (¡entonces puedo seguir creciendo y llegara a medir cerca de dos metros... con eso de que cada generación es más alta que la anterior!) decidí, en ese mismo instante que quería ser piloto aviador. Con mi estatura, buena vista y los consejos de mi padre no tendría problemas para entrar a estudiar la carrera de piloto aviador.

–¿Qué te parece un paseíto por los cielos, eh?

La oportunidad de volar por primera vez, y en la avioneta de mi padre, sonó fantástica, ya podía ver la cara de los demás Fantoques cuando les contara.

–Pero antes tienes que hablarle a tu madre por teléfono.

–Si no hay otro remedio...

Mi padre me llevó en su *troca* a las afueras de Jitania, hacia donde se encuentra el hangar de la policía. Pasamos el puesto de vigilancia y me presentó ante el guardián a cargo como su hijo. Me sentí... no sé, como más completo cuando mi padre dijo:

–Ah, mira. Te presento a... Rigo, mi hijo Rigoberto.

–¡Mucho gusto, Rigo! ¡Todo un macho, qué pues!

El hangar era un galerón lleno de tierra que parecía abandonado, y adentro sólo había dos avionetas. Mi imaginación cinematográfica era mucho más colorida que la desteñida realidad, que resultó un tanto más atestada de tierra... o más bien arena, porque estábamos en el desierto. De cualquier manera eso no importó, puesto que nosotros íbamos a dar un maravilloso paseo por el cielo y, ya en el aire, desde las alturas las cosas se verían distintas.

Mi padre abrió una caseta al fondo del hangar y me mostró su oficina; se sentó en su escritorio, llamó por teléfono e intercambió algunas palabras con mi mamá, en su intento por calmarla, y me la pasó.

Yo pensé que a continuación iba a escuchar el regaño de mi vida, hasta cerré los ojos como si el teléfono fuera a estallarme en la oreja, pero lejos de eso, mi mamá no dejó de preguntarme en todo momento si estaba bien, si no me hacía falta nada, incluso que Soledad había preguntado por mí... siendo que a mi mamá no le gustó nada que nos hubiéramos hecho novios... Tuvimos una plática medio rara; que recordase yo, nunca antes habíamos hablado por teléfono ¿para qué, si vivíamos juntos? La voz de mi mamá sonaba más delgada, como entre sueños. No dejaba de extrañarme que apenas hacía un par de días yo estaba del otro lado de la línea, en casa, con mi mamá, mientras ahora estaba junto a mi padre, en su oficina llena de arena, muy cerca de la avioneta que él piloteaba, a punto de volar los dos... juntos los dos. Le prometía a mi mamá que repondría el dinero de mi regalo de cumpleaños hasta el último centavo, el dinero que había tomado sin permiso de su armario... No sabía cómo, pero lo pensaba hacer.

Mi padre hizo un par de llamadas más. Durante la primera volvió su cara hacia la pared y se excusó con alguien en tono sosegado, justificándose todo el tiempo, en cambio, durante la segunda obviamente trataba asuntos de trabajo porque su tono era más natural, confianzudo. Luego utilizó la radio para anunciar un vuelo de patrullaje, se quedó mirándome con una gran sonrisa (era la primera vez que lo veía sonreír) y dijo:

–¡Bueno, vámonos! ¿O qué, no quieres ir?

Lo último que hubiera querido perder en el mundo era la oportunidad de ese vuelo con mi padre, así que me levanté como de rayo y lo seguí.

## Clave de fa

–Para seguir avanzando necesitas una brújula, una pista, una clave, Rigo... como la clave de fa.

–Eso es para la música, ¡qué!

–No, claro que no. Bueno, esta clave indica que la nota fa se sitúa sobre la cuarta línea del pentagrama –don Polo me señaló el signo gráfico de la clave de fa, incluyendo los dos puntos que van arriba y debajo de la línea– y, en consecuencia, todas las demás se colocan con respecto a ella. Además, indica que la tesitura será grave, como la de algunos instrumentos: el bajo, el fagot...

–Hablando en fa, don Polo...

–La clave de fa te sirve para que sepas a qué altura vas a colocar las otras seis notas en el pentagrama: es un punto de referencia que además te dice algo tan específico como que el personaje que vas a representar (si por ejemplo estás en una ópera) se desempeña en un tono grave o agudo...

–¿Yo, en una ópera?

–Todos representamos un papel en la vida. Pero quizá sea mejor que escuches esto...

Don Polo puso en su reproductor de discos compactos algunos fragmentos de *La Flauta mágica*, de Mozart. Esa sesión la disfruté en especial, porque si hay algo que me gusta es la música y yo, a decir verdad, nunca antes había escuchado una ópera... Me dejó con la boca abierta.

–Escucha, Rigo, escucha cómo la *Flauta* comienza con la orquesta tocando cinco acordes en *fortissimo*; se trata de una obertura de tipo francés, incompleta, que tras una introducción más tranquila se convierte en una fuga trepidante. Una fuga es una forma musical de las más complejas que existen, más compleja que el *hip hop* que tanto te gusta, y que consiste en varias melodías que se mezclan simultáneamente bajo reglas muy estrictas.

Al principio no entendí las explicaciones de don Polo, de hecho me parecieron pedantes, pero me fue diciendo en voz baja, paso a paso, los secretos de la música de Mozart y fui comprendiendo...

–Sarastro, uno de los personajes principales de la ópera es un sacerdote iniciado en el culto de Isis y Osiris, actúa en clave de fa, porque su tesitura es de bajo, mientras que Papageno, el pajarero barítono, canta en clave de sol, que es la que le pertenece a él, incluso en ocasiones se expresa en una alegre sol mayor, pero cuando se encuentra con Sarastro, cambia a la solemne clave de fa...

–Cuénteme más, don Polo.

Resulta que *La Flauta Mágica* está plagada de aventuras, claves misteriosas, además de símbolos a los que don Polo llamó masónicos, y que él mismo se encargó de señalar, como por ejemplo los tres templos en medio del bosque y la búsqueda de un conocimiento que permanece oculto y al cual se llega después de superar tres pruebas, como si se tratara de algo que nombró “una iniciación masónica” y, que según me explicó, es una ceremonia a través de la cual una persona “se inicia” en una tradición muy antigua que se caracteriza por tener una forma muy particular de ver el mundo.

Antes de despedirnos, don Polo me advirtió:

–No olvides, Rigo, que aparte de la clave de fa existen otras... Toma en cuenta que también existe la clave de sol...

En ese momento ya no supe a qué se refería él, porque se nos agotaron los cincuenta minutos de la sesión (¡qué cortas empezaban a parecerme ahora las sesiones!), vino a mi mente la imagen de Soledad y pensé que era curioso que, justamente llamándose así, ella tuviera la capacidad de aliviar la soledad... mi soledad... mi Soledad.

### XIII

Mi papá abrió la portezuela de la avioneta y nos subimos. Además de que era la primera vez que volaba, iba a ir junto al asiento del piloto, ¡mi propio padre! Él se aseguró de que mi cinturón estuviera bien ajustado y comenzó a darme explicaciones sobre cada cosa que hacía, cada interruptor que activaba y, sin perder el menor detalle, yo iba registrando, como en una película, cada uno de sus movimientos en mi cabeza. Una vez que dejó los instrumentos en orden, aproveché para hablarle:

–No sabía que fueras policía.

–Ni yo tampoco... ja, ja, ja. Quiero decir, no es que hubiera querido ser policía desde el principio; sucedió que, cuando terminé la escuela de pilotos, llené varias solicitudes y la primera que aceptaron fue aquí, en la policía de Jitania. En ese tiempo tú estabas muy chico, de seguro ya ni te acuerdas y, ya que tu mamá apenas ganaba algo como recepcionista, tuve que aceptar el empleo, aunque eso significara estar tan lejos de ustedes. Así les podía mandar dinero cada mes... sin falta, como le he hecho hasta ahora. ¿O no?

–Pues sí. De eso no nos quejamos...

–Tu mamá fue el sostén de la familia mientras yo terminaba la carrera... Deberías estar orgulloso de ella.

–¿De veras?

–Si no hubiera sido por ella ni siquiera me habría graduado. ¡Con eso te digo todo!

–Mi mamá...

–Además de trabajar se daba tiempo para criarte.

–Es que mi mamá no me cuenta casi nada.

–Cuando empecé a trabajar como piloto para la policía, de entrada me dieron un grado y por eso ahora soy comandante.

–¡Pero después se te olvidó regresar con nosotros!

–Sí, me quedé aquí.

–¿Yyyy?

Perdón. Yo sé que no he sido un buen padre para ti. Perdóname... Rigo, hijo.

En el momento en que mi padre hacía un esfuerzo enorme para que no se le quebrara la voz, la avioneta recorrió la pista levantando una polvareda y comenzó a despegarse del suelo, se bamboleó de forma inesperada para mí, que pensaba que una máquina así era más estable. De pronto fue como la montaña rusa, sentí un hueco en el estómago, parecía que mis tripas se habían quedado abajo mientras mi cuerpo ya andaba más arriba. A pesar de las náuseas no iba a vomitar, no enfrente de mi padre.

Me asomé por la ventanilla. El reflejo del cristal impedía distinguir bien el panorama. Mi padre apagó la luz de la cabina y entonces pude apreciar mejor el exterior. Los sentidos no me alcanzaban para repartirse entre el paisaje, el sonido del motor, la vibración de la nave, los cambios de posición en el espacio y el olor del interior de la avioneta: una combinación de aromatizante revuelto con

tabaco y un poco de gasolina. En las consolas de los videojuegos todo es más simple, una mera cuestión visual y sonora, si acaso en las buenas el asiento se mueve, pero no incluyen olores, que a mí siempre me dan la sensación de que las cosas son más reales.

Andaba volando alto... y no sólo porque, en efecto, remonté las alturas, sino que por fin estaba al lado de mi padre, viajando entre las nubes, feliz, aunque también un poco sacado de onda porque él pedía perdón y me costaba otorgárselo... A punto de decirle que sí, que le perdonaba los años de abandono, que le perdonaba el haber sido para mí sólo una fotografía durante tantos años, él dijo de pronto:

–Bueno, bueno, mañana, a primera hora, te regresas ¿eh?

–¿Por quéee?

–No puedes estar aquí... Además tienes que estudiar para tu examen de admisión de la prepa.

–¡Yo quiero ser piloto! –dije con absoluta convicción.

–Eso lo veremos cuando acabes la prepa, ¿entendido?

–¡No!, quiero quedarme contigo, aquí en Jitania, y que me enseñes a volar.

–¡Ja! Tú no sabes lo que es esto, lo que es vivir aquí. Te tienes que regresar, ¡pero ya!

–¡No quiero!

–¡Mientras no seas mayor de edad, tú no decides!

¡Qué cubetada de agua fría... y a traición! En las últimas semanas las cosas habían cambiado mucho en mi vida: ya no era un niño... aunque al mismo tiempo lejos estaba el día en que yo cumpliera dieciocho años y pudiera decidir por mí mismo. Aún así, me pareció injusto que mi padre, que nunca había estado conmigo, que ni siquiera me conocía, ni a mis amigos los Fantoques, ni a Soledad, diera órdenes tan tajantes, tan contrarias a mis deseos; ¡carajo!, en ese momento se me metió el diablo y por eso lo encaré y le grité:

–¿Y cómo sé que de veras eres mi padre? ¿Cómo lo sé, eh?

Él me miró igual que había mirado al *dealer* que sometió delante de mí antes de entregarlo en la estación de policía: la frente se le arrugó, parecía a punto de arrojar fuego por la boca. Un segundo después algo pasó por su mente, algo que le ablandó el rostro.

–¡Claro que soy tu padre! Siempre he querido lo mejor para ti... aunque de lejos. Tú no sabes lo que es este trabajo, lo absorbente y peligroso... Ya te habrá dicho tu madre que nos separamos a los pocos meses de que yo viniera a Jitania... Por eso ya no regresé con ustedes.

–Te digo que ella no dice nada.

–Entiendo que no me he ocupado de ti como debiera. Sé que tengo una deuda contigo... pero ¿por qué no habrías de creer que yo sea tu padre?

–¡Porque no te conozco! ¡Por eso! Yo no sé si realmente tenemos la misma sangre.

Intercambiamos algunas palabras más y poco a poco dejamos de hablar, permitimos que la avioneta nos condujera en medio de la noche desértica por los alrededores de Jitania; él, rumiando sus pensamientos y yo, fascinado con el vuelo, sin perder detalle de cada movimiento que él hacía. Mis sentimientos eran tan opuestos: la maravilla de conocer a mi padre y de volar y, por otro lado, la

terrible decepción que me causaba su deseo de apartarme de él con tanta rapidez y su idea de truncar mi reciente, pero intensísima vocación de piloto aviador.

Sentí cansancio: las emociones agotan más que un partido de fútbol, y las emociones también duelen más que las patadas recibidas durante un buen partido. Empezábamos a descender y mi ánimo iba al parejo de la avioneta: hacia abajo casi en picada. Parecía que, de pronto, mi padre hubiera recordado algo urgente por hacer en tierra. Por desgracia el tiempo del paseo por las nubes estaba llegando a su fin y había que poner, otras vez, ¡maldita sea! Literalmente los pies en la tierra. ¡Carajo! Yo estaba enfurruñado, sentía la cara contraída como un puño.

El aterrizaje fue tan rápido que ni me supo a nada. Para cuando lo noté mi padre ya me llevaba en su *troca* al albergue, sin que yo le hubiera dicho dónde estaba quedándose; ¡pero, claro! Él era policía y, Jitania, pueblo chico, ciudad chica, quiero decir, o sea: ciudad chica, infierno grande.

–¿Te harías una prueba de ADN por mí?

Mi padre paró en seco la camioneta, se estacionó a un lado del camino e hizo un gesto agrio y cómico a la vez, como si yo le hubiera intentado dar una cuchillada con un palillo de dientes.

–¡No seas ridículo! Ya no veas tanta tele.

–¿Te la harías?

Arrancó de nuevo, de mala manera. Llegamos al albergue y, como bajé súbitamente, sin decir adiós, de nuevo se ablandó.

–Bueno, bueno. ¿De veras quieres mi ADN?

–Lo que quiero es que me enseñes a volar.

–Todavía estás muy chico para eso. Después lo vemos con calma...

–¡Adiós! –le dije. Me había alejado unos pasos de su camioneta cuando gritó:

–¡Mira, saca tus cosas del albergue y te vienes conmigo esta noche, pero sólo esta noche!

Antes de que terminara de decírmelo, entré corriendo al albergue, recogí mi mochila y subí otra vez a la *troca* para sentarme al lado de mi papá.

## XIV

Camino a casa de mi papá, también en las afueras de Jitania, como el hangar, pero en dirección contraria, me advirtió que iba a conocer a Blanca.

–¿Quién es Blanca?

–Este... es la mujer que... vive conmigo.

No respondí sino:

–¡Ah!

Me había tomado nuevamente por sorpresa. No sabía cómo afrontar la noticia, así que no hice nada; me sumí en el asiento y automáticamente vinieron a mi mente las imágenes de Soledad y la de Neiva. ¿Cómo sería Blanca? ¿Qué extraño era conocer a la nueva mujer de mi papá y de la cual, segundos antes, yo no sabía ni que existiera! ¿Cómo hablarle a ella? ¿Era algo así como mi madrastra? No, por supuesto que no, porque no vivíamos juntos. Simplemente era la novia de mi papá, eso era todo, ni ella ni ninguna otra señora podían sustituir a mi madre ni en un millón de años. Cuando mi papá abrió la puerta de su casa, mientras que mi mamá y yo vivíamos sólo en un departamento, lo primero que apareció tras la puerta fue un niño como de cuatro años. “¿Qué hace aquí este chamaquito?” pensé.

–¡Papi, papi!

Al escuchar esa voz infantil y ver esos bracitos que se extendían hacia mi padre sentí una especie de revoltura en el estómago, como si los megaburritos que con tanto gusto me comí, estuvieran en ebullición. ¿Cómo era posible? Entonces Blanca no era la única sorpresa... y yo no era el único hijo de mi padre, como siempre había supuesto. Bueno, más bien quiero decir que nunca se me hubiera ocurrido que yo no fuera el único hijo de mis padres. Una cosa era que mi padre nunca me pelara, y hasta tuviera una novia (claro que estaba en su derecho...), ¡pero otra muy distinta era que a estas alturas, recién cumplidos los dieciséis, descubriera la existencia de un medio hermano! Sentí como si por equivocación hubiera entrado al canal alternativo de mi vida. ¡Chale!, ¿qué más: habría más medios hermanos, hermanas o qué? De plano estaba en la dimensión desconocida y ya cualquier cosa era posible.

Mi padre levantó en brazos al chamaquito y me miró con ojos de: “¡je, je, así están las cosas, ¿qué quieres que haga?”

–Te presento a Gilberto, tu medio hermano.

Una mujer, parecida a mi mamá, pero más joven, con un estilo más desenvuelto, salió de la cocina y exclamó:

–¿Y éste, quién es? –Blanca no tenía pelos en la lengua como casi todos en Jitania.

–Eeh, es mi hijo... Rigo... Rigoberto. Rigoberto, te presento a Blanca.

–¡Ah vaya, es que cómo se parece a ti! –dijo Blanca mirándome como a un fenómeno de circo mientras me daba la mano.

A mi papá no le bastaba con tantas sorpresas, mi medio hermano también compartía un pedazo de mi nombre. ¿Qué demonios habrá tenido en la cabeza cuando se le ocurrió bautizar así a su segundo

hijo? ¿Qué, al rato también iba a presentarme a Alberto y a Filiberto... o a Dagoberto y Humberto?... ¡Además todo mundo sabe que *gil* significa tonto!

A estas alturas ya estaba un poco cansado y no quería iniciar una nueva discusión con mi padre; apenas lo acababa de encontrar y prefería no convertirme, tan rápido, en una carga para él; quizás, si me comportaba con madurez, aceptara que me quedase un tiempo en Jitania y hasta me enseñara a volar.

Blanca me llevó a una recámara para visitas en el piso de arriba, una habitación ordenada y limpia, con una vista fenomenal de la ciudad, gracias a que la casa de mi padre descansa en lo alto de una loma.

A pesar de ser un poco rústica, Blanca parecía al mismo tiempo amable, y olía bien; me entregó una cobija extra por si tenía frío y una toalla limpia por si quería bañarme antes de dormir. El cuarto contaba con baño propio y decidí que una ducha me caería bien. El clima en Jitania es un tanto extremo, de día hace calor y por las noches, frío. La tina del baño era novedosa para mí, así que la llené de agua caliente, tomé un puñado de sales marinas de un frasco que estaba a la mano y lo eché al agua, que poco a poco se fue tiñendo de azul. Me sumergí en la tina y llegué a relajarme tanto que al salir apenas tuve tiempo para secarme antes de caer dormido sobre la cama mientras pensaba: “Voy a quedarme en Jitania con mi papá y él va a enseñarme a volar, voy a quedarme aquí, voy a quedarme con mi papá”...

## El dios Fa

Don Polo tomó su pesado libro y lo abrió para mostrarme la fotografía de un grupo de personas de blanco, bailando alrededor del retrato de un extraño hombre negro, vestido de amarillo con franjas verdes.

—Éste es el dios Fa, de la tribu africana de los fön, asentada en el Golfo de Guinea. Es el dios de la adivinación y en otras latitudes como la cubana o la brasileña, se le conoce como Ifá, Orula o Orunmilá. El dios Fa tiene dieciséis ojos.

—Aquí no se le ven más que dos...

—No se trata de ojos físicos, Rigo. Te voy a enseñar unas fotografías de Pierre *Fatumbi* Verger, un francés que estudió largo y tendido la cultura negra y que fue bautizado *Fatumbi* (el que renace) para convertirse en sacerdote yoruba y tener acceso a...

—¡Ah! ¿Y hablando en fa, para qué tiene tantos ojos el dios Fa?

—Él posee la facultad de ver con cada uno de sus ojos los dieciséis posibles caminos del destino o de una persona. O sea que si tú lo consultas en determinada situación, para lo cual debes usar dieciséis cáscaras de nuez y un tablero, él te puede leer el futuro, como en cualquier sistema de adivinación, pero...

—¿Pero?

—La diferencia es que el dios Fa en realidad te señala que tu destino no es fijo sino que hay al menos dieciséis posibilidades distintas para tu futuro.

—¡Órale! Pero entre tantas posibilidades ¿cómo saber la que se cumplirá?

—En gran medida, depende de ti... Eso quiere decir que tal vez el destino de una persona no sea tan rígido que no lo pueda ella cambiar. ¿No lo crees así, Rigo?

—Mmmmh... Pero si depende de uno, si depende de mí, entonces, ¿cuál es la adivinación aquí?

—Un oráculo es también una fuente de conocimientos proveniente de las experiencias de un pueblo o de una religión. Los cabalistas, los místicos judíos, por su parte, hablan de los treinta y dos caminos de la sabiduría: treinta y dos caminos mediante los que fue creado el mundo.

—¡O sea, el doble! ¡Qué coincidencia!

—No parece una simple coincidencia... A su vez, el *I Ching* o *Libro de los cambios*, libro de la sabiduría china taoísta, que puede servir como oráculo y como consejero de cabecera, considera que existen sesenta y cuatro posibles situaciones en la vida.

—El doble del doble...

—Quizá sólo se trate de un sistema un poco más detallado; el *I Ching* te desglosa cada una de las dieciséis posibilidades del dios Fa en cuatro, o sea que, si despliegas las dieciséis en cuatro cada una, te da como resultado las sesenta y cuatro del *I Ching*.

—Vaya con las matemáticas.

—Por otro lado, tenemos al psiquiatra suizo llamado Carl Gustav Jung, quien establece que hay ocho tipos posibles de personalidad... Por cierto que en chino el número ocho le corresponde al

fonema ba, y es de buena suerte para los chinos porque se pronuncia muy parecido a fa, que en cantonés significa riqueza o prosperidad.

–Ajá, ya entiendo, don Polo. Entonces... si llevamos esto a un plano más general y dividimos dieciséis entre cuatro... o simplemente: las ocho personalidades de ese tal Jung entre dos: ¡habría cuatro situaciones fundamentales!... ¿cierto, don Polo?

–¡Claro, Rigo! ¡Yo sabía que no ibas a defraudarme! En realidad es tan sencillo como esto: cada segundo de tu vida estás parado en un sitio a partir del cual existen cuatro puntos cardinales para donde te puedes mover... y tú decides.

–Pero... ¿y qué hay de la ouija?

–¡Eso! La ouija es un sistema de adivinación que simplifica aún más las respuestas en cuanto a lo que se refiere a sus dos extremos...

–Yo jugué alguna vez a la ouija con mis amigos de la primaria y nos metimos un sustote que para qué le cuento.

–La ouija, aparte de cada una de las letras del abecedario, contiene un Sí y un No, para dar respuestas...

–O sea que reduce el destino a sólo dos polos: Sí o No ¿no es así, don Polo?... ¡Don Polo! Ja, ja, ja... ¿y usted, don Polo, cuál de los dos polos es: el Sí o el No?

–Pues depende de la situación, Rigo...

–Ya veo.

–Te voy a decir una cosa curiosa, Rigo: el fonema fa en otro dialecto del chino, el mandarín también significa: método, camino o ley.

–¡Muchos significados para fa, don Polo!

–Más de los que te imaginas, Rigo... tantos como seas capaz de encontrarle... Déjame decirte que también existe una secta de origen chino llamada Fa o Falun Dafa o Falun Gong que promete a sus adeptos (la mayoría verdaderos fanáticos) que pueden llegar a ser invisibles o invulnerables ante las balas mediante la simple práctica cotidiana de una serie de ejercicios físicos. Aunque uno de los requisitos principales para adquirir esas increíbles facultades es que los practicantes no deben desearlas... Algo un poco difícil, ¿no lo crees? ¿Quién no desearía poder hacerse invisible o resistente a las balas? El líder de la secta Falun Dafa asegura que su propio cuerpo emite rayos gama y neutrones y es virtualmente inmortal, además de que tiene alrededor de cien millones de seguidores en todo el mundo... algunos de los cuales han llegado al suicidio.

–¿Sabe, don Polo? Hablando de cosas curiosas acabo de darme cuenta de que ¡justo yo ahora tengo dieciséis años! Es más, a partir de que los cumplí sucedieron todas las cosas que me trajeron hasta este lugar... a esta silla frente a usted...

–Mmmh... ¿Las cosas que te trajeron hasta aquí? Yo no sé si las cosas te hayan traído... o tú solito llegaste, Rigo; pero, mira, tal vez no sea una coincidencia sino un momento muy especial en tu vida: ¡una gran oportunidad!... ¡Te estás dando cuenta de que no hay un camino, sino una serie de caminos a seguir!

## XV

Después del relajante baño en la tina del cuarto de visitas de la casa de mi padre (¡vaya!: ¡yo era una visita para mi propio padre!), dormí muy profundo y soñé algo que recuerdo muy bien:

Estoy en el bar donde conocí a Neiva. Ella trae puesto un abrigo de pieles y luce increíble, con sus labios carnosos y húmedos, como si se los hubiera untado con un labial brillante. Neiva, sentada junto a mí, me abraza y me besa. El beso es profundo y agradable, aunque de pronto recuerdo a Soledad... no me he despedido de ella antes de irme a Jitania. En el sueño no sé ni cuál fue mi bronca con ella y la extraño horrores: simplemente no le dije adiós.

Todo lo anterior es muy parecido a como sucedieron las cosas en la realidad, pero a partir de este punto hay un giro porque, de pronto, no tengo más tiempo para seguirme acordando de Soledad mientras beso a Neiva, ya que se desata un estruendo ocasionado por el movimiento de mesas y sillas sobre el piso. Alguien con voz de anunciador de box, grita:

–¡Kaaaraoke! ¡Es tieeempo de karaoke!

Neiva me aparta empujándome con sus manos y, a pesar de la penumbra del bar, alcanzo a ver que la gente ha formado un semicírculo alrededor de nosotros. Neiva se levanta del asiento que ocupamos los dos en el gabinete más apartado del bar y me dice:

–¡Te toca, Rigo, te toca!

–¡Pero yo no canto!

–¡Todo mundo canta!

–Pero yo no.

–Claro que sí, no seas tonto. ¡Es tiempo de karaoke! –y Neiva agrega, con una voz helada, acercándose a mi oído, para que sólo yo la escuche–: ¡Si no cantas nos matan, estúpido!

No sé si Neiva lo dice en serio o no, pero consigue asustarme porque las personas del bar no parecen muy amigables que digamos, sus gestos y ademanes son amenazantes; además de que no entiendo bien eso de: si no cantas... Lo recalca como queriendo que sobreentienda alguna cosa. Supongo que *cantar* se refiere a que yo diga algo, que debo soltar la sopa, pero no tengo la menor idea sobre qué asunto. ¡No sé nada de nada!

Estoy en la esquina del bar, soy el centro de atención, un reflector me alumbra y... ahora entre el público ¡veo a mi madre, a Soledad, a los tres Fantoques, a Blanca y a mi padre con Gilberto en brazos! ¡Todos están aquí para escucharme cantar!

Me siento agobiado y pienso en cómo saldré de este embrollo. Han dicho que se trata de un karaoke, ¿no? así que debe haber un monitor para seguir la letra... debe haber uno en alguna parte. Claro, está en lo alto. Ahora lo veo. Me pasan un micrófono y, bueno, sólo tendré que seguir la letra... aunque desafine.

En el centro de la pantalla aparece un punto brillante que se expande con lentitud desesperante. Estoy salvado, pienso para consolarme. Y yo que tenía miedo, sólo debo seguir la letra. Eso es: seguir la letra al pie de la letra...

No escucho ningún tipo de música y la gente ya protesta:

–¡Qué pasa con ese maldito karaoke! ¡Que empiece de una vez!

–¡Qué idiotas, carajo!

El monitor hace un ruido chisporroteante y distingo apenas unas líneas que aparecen... pero son muy pequeñas. Entrecierro los ojos para alcanzar a ver. Súbitamente las letras se agrandan, se agigantan de tal manera que rebasan el tamaño del monitor, como si alguien tratara de controlar su tamaño y, por mucho, no lo consiguiera. Así no puedo leer nada, ¡carajo!, y mucho menos cantar. ¿Qué quieren que cante?

Mi madre parece molesta, Blanca sonrío burlona, Neiva enseña el puño, Soledad se nota triste, los tres Fantoques hacen muecas locas, mi padre... ¿dónde está mi papá?, parece que se lo traga la bola de gente.

Por fin, las letras aparecen en el monitor de un tamaño normal, legible... ¡Demonios, ahora no entiendo ni una sola palabra! Veo letras y letras que desfilan por la pantalla, pero debido a la velocidad o a que no están correctamente separadas no puedo encontrar sentido a lo que dicen.

Ahora suena la música del karaoke y no reconozco bien la tonada, a pesar de que me parece familiar. ¡La conozco y no recuerdo ni su título! La he escuchado alguna vez... muchísimas veces... como si incluso representara algo muy importante de cuando era niño, pero debo haberla escuchado hace tanto tiempo que es imposible recordar su letra, una letra tan mía como si la tuviera tatuada en la frente y, a falta de espejo, no la pudiera ver, teniéndola tan cerca... teniéndola escrita en mí.

Comienzo a sudar y la luz del reflector molesta muchísimo los ojos. Estoy parado sobre la mesa y ni siquiera sé cuándo subí. En el monitor las letras ahora son tan veloces que parecen árabes: son signos padrísimos, pero no entiendo nada. Siento vergüenza y, haciendo gran esfuerzo, me paro de puntitas para acercarme un poco al monitor cuando un mareo me hace caer de la mesa dando una voltereta en el aire.

Ahora estoy en el suelo, sobre una alfombra, enredado entre una cobija y una sábana que casi me ahorcan. Ya no hay nadie a mi alrededor y tardo en darme cuenta que estoy despierto, en el cuarto para visitas de la casa de mi padre, en Jitania.

## XVI

Entonces escuché ruidos en el piso de abajo. Alguien trajinaba en la cocina. Todavía era de noche. Abrí la puerta de mi cuarto y me asomé por la escalera, que estaba a un par de metros. Vi pasar a mi padre hacia la entrada de la casa; corrí a la ventana del cuarto para asomarme y lo vi subirse a su camioneta y encender el motor, luego salió de la camioneta, volvió a entrar en la casa y fue a la cocina, seguro que a servirse una taza de café recién hecho porque su aroma inundó la casa.

No tuve tiempo para pensar en lo que hacía, simplemente me vestí, bajé las escaleras, pasé frente a la cocina sin que mi padre me viera, crucé la puerta de la casa y me escondí en el asiento trasero de su *troca*. Mi padre, impregnado de olor a café, subió a la camioneta sin advertir mi presencia y condujo por unos minutos. No me atrevía a asomarme por la ventanilla, pero parecía que hacíamos el camino de regreso hacia el hangar. Y así fue, porque de pronto disminuyó la velocidad y saludó de nuevo al guardia de la entrada. Un poco más adelante se estacionó y bajó de la *troca*. Esperé un momento y me asomé por la ventanilla: ¡sí estábamos en el hangar de nuevo! No sabía si mi padre se quedaría en su oficina o tendría algún vuelo: lo mejor era esperar...

Cinco minutos después escuché el motor de una avioneta y cómo ésta se alejaba por la pista. Finalmente decidí bajar. El cielo seguía oscuro. Me escurrí hasta la oficina del fondo y por suerte no había nadie. Todavía andaba medio dormido cuando me senté en el escritorio de mi padre. Había papeles revueltos por doquier, sólo él entendía su desorden; entre ellos encontré distintos planes de vuelo, incluyendo el que iba a cumplir justo en ese momento: una narcocaravana.

Afuera el día comenzó a clarear, el terreno era tan plano que alcancé a ver cómo un resplandor naranja anunciaba la próxima salida del sol: el desierto se iluminaba tenuemente. Al contemplar esa imagen supe qué me llevó a esconderme en la camioneta de mi padre: había esperado, sin darme cuenta, que nos dirigiéramos al hangar, porque ahí era a donde quería ir.

Qué idea tan loca la mía, pero estaba seguro de que mi padre iba a forzarme a regresar a casa lo más pronto posible, quizá esa misma tarde, y una oportunidad igual no se me iba a presentar jamás. Toqué un juego de llaves colgado arriba de un corcho en el que había fotografías y recortes de periódico. Empezaron a temblarme los dedos: ¿me atrevería o no? Miré una fotografía de Gilberto clavada en el corcho. ¿Cómo era que mi padre tenía la foto de Gilberto y no la mía? Pensé en la foto de mi padre que tantos años estuvo colgada en el pasillo del departamento y ahora traía en el bolsillo trasero de mi pantalón. La sangre se me subió a la cabeza: ¡yo había mirado siempre su foto mientras que él no se molestaba en tener la mía!

“¡Puras fotos, puras fotos!” pensé: “¡La foto de mi padre en casa, la foto de mi medio hermano en la oficina de mi padre!” Eso me provocó rabia y también el coraje suficiente para descolgar las llaves. Las agarré como si le arrancara algo a mi propio padre, como si le quisiera arrancar el bigote o una oreja...

Las piernas se me hicieron como de chicle mientras caminé hacia la única avioneta que quedaba en el hangar y repetía intensamente: “¡ojalá que no esté descompuesta! ¡ojalá que no esté descompuesta!” Subí a la avioneta y al menos no parecía que hubiera estado parada por mucho tiempo. Metí la llave, la giré y el motor respondió de inmediato. Para tripular la nave debía actuar como todo un piloto, así que me puse una gorra de aviador que estaba tirada en el suelo, me senté muy derecho y, según yo, revisé que los niveles de combustible y de aceite estuvieran en orden, aunque en realidad lo único que hice fue repetir de memoria lo que había visto realizar a mi padre

apenas unas horas antes y que yo conservaba intacto en la cabeza como si fuera un video... Apreté el acelerador y la avioneta comenzó a enfilarse hacia la salida del hangar. Cuando alcancé la pista aumenté la velocidad; de pronto la avioneta comenzó a elevarse y se bamboleó un poco, el chiste era mantener las alas horizontales a toda costa, y lo conseguí de puro milagro.

Me asomé por la ventanilla hacia tierra y alcancé a ver que el guardia de la entrada había salido de su caseta y hacía señas agitando los brazos: yo ya estaba muy lejos y él parecía un muñequito de caricatura. Revisé los instrumentos de vuelo y estuve muy alerta para no encontrarme con alguna otra avioneta a la vista.

Era increíble. Volaba por segunda vez en mi vida, en menos de un día, ¡y ahora lo hacía solo! Sentía tanta libertad y poder que mi miedo se neutralizó. La emoción me provocó hambre. En el asiento del copiloto había un paquete de galletas que abrí como desesperado. Era libre, feliz y tenía muchas galletas de chocolate que comía a puñados.

Pasaron sólo unos minutos antes de que mi sensación de libertad se empañara al escuchar la voz de mi padre por la radio:

–¿Eres tú, verdad, Rigo? ¡Identifícate de inmediato porque ya estás muy cerca de la frontera y si la cruzas vas a tener tantos problemas que no vas a salir de ésta ni con toda mi ayuda... Cambio.

Pensé no contestarle a mi papá, estaba muy enojado con él, comprobé con la brújula que iba en dirección al norte, ¡era cierto!, así que de inmediato comencé a cambiar mi ruta, no tenía ni pasaporte, mucho menos licencia ni nada y no quería que mi primer vuelo se acabara tan rápido. Ya veía a los militares del otro lado de la frontera dirigiendo sus armas en mi contra y disparando a diestra y siniestra sin que yo pudiera responderles más que con una triste ráfaga de galletas con chocolate.

–¡Contéstame, móndrigo chamaco!... cambio.

–Solicito trato igualitario para responder a su demanda... cambio.

–Ya sabía que eras tú. ¿Estás loco? ¿Cómo te atreves a secuestrar una avioneta de la policía de Jitania si ni siquiera sabes volar?... cambio.

–Solicito trato igualitario para responder a su demanda... cambio.

–¡Deja de decir tonterías! ¡Esto va a convertirse en un incidente internacional! ¡Te vas a matar!... cambio.

–Solicito trato igualitario... cambio.

–Está bien, está bien. Lo que tú quieras...

–Entonces tenemos un trato... cambio.

–Ahora lo que debes hacer es regresar al hangar y aterrizar, ¿sabes cómo regresar?

–No dijiste cambio... cambio.

–¡Aaagh!... ¡cambio!

–No, no sé regresar ni aterrizar, papá... cambio.

–Por fortuna sólo había un vuelo que se cruzaba contigo por esta área y ya di instrucciones para que lo desvíen y se tomen las máximas precauciones. Ahora escucha al pie de la letra las instrucciones que te voy a ir dando... cambio.

## El mito de Faetón

–Pero en una cosa sí se equivoca, don Polo, yo nunca en mi vida había escuchado cosa alguna acerca de ese tal Faetón.

–Ajá, lo sé, Rigo.

–¿Entonces, cómo puedo tener su Complejo si no lo conozco?

–¿Cómo sabe el pez que vive dentro del agua si nunca ha salido de ella?

–Pues...

–El problema es que, justo por no conocer este Complejo es que te domina... Pero ahora es tiempo de que conozcas a Faetón.

Don Polo sacó su acostumbrado librote y me enseñó una ilustración que abarcaba enteras dos de sus grandes páginas.

–¿Qué ves en este cuadro? –preguntó.

–Veo un hombre cayéndose de una carroza en el cielo, y cuatro caballos que también caen con él.

–¿Y esto qué es? –preguntó de nuevo señalando la parte superior derecha del cuadro.

–Una luz... un rayo que sale de entre las nubes.

–¡El rayo de Zeus!

–¿De quién?

–Te voy a contar la historia de Faetón:

*Estaba un día Épafo, hijo de Zeus, sentado afuera de su casa abanicándose con las manos porque el verano era demasiado intenso, cuando por casualidad Faetón pasó por ahí. Como Épafo no tenía nada mejor que hacer comenzó a presumirle: que yo soy hijo de Zeus, jefe de los dioses del Olimpo y yo las puedo todas y que bla, bla, bla. Faetón su burló de su tono de voz aniñado y le dejó claro que no le impresionaba que él fuera hijo de Zeus, ya que su propio padre, Helios, era el conductor del magnífico carruaje del sol (al menos eso le había dicho su madre desde pequeño, porque la verdad era que él no conocía a su padre en persona). Entonces Épafo, espoleado por las palabras de Faetón, le respondió algo que nuestro trágico héroe nunca había escuchado, pero que sus peores pesadillas le habían hecho sospechar ¡que él no era hijo de Helios!*

*–Tu origen es desconocido, querido Faetón. Tu ligera madre fingió amores divinos con Helios para legitimar su mala conducta con un cualquiera. Eso lo sabemos todos por aquí. Tú no eres hijo de Helios y tampoco tus hermanos lo son.*

*Por toda respuesta Faetón le terminó de calentar, con un par de cachetadas, la cara a Épafo, pero el mal ya estaba inoculado, y corrió directamente a casa para preguntarle a su madre, Clímene, si realmente Helios era su padre, pues aquél no sólo no vivía con ellos, sino que no mantenía el menor contacto con su familia (en caso de que ellos de verdad fueran su familia). Viéndose acorralada por la gran desconfianza que Épafo había sembrado en Faetón, alentó a su hijo a que fuera al trabajo de su padre y le preguntara él mismo. El trabajo de Helios era tan importante como absorbente: conducir el carruaje del sol, un carro que cuidaba como a su vida propia.*

*Faetón fue a visitar a su papá, quien preocupado ante las dudas de su hijo, le juró por la laguna Estigia (lo que en aquella época convertía al juramento en compromiso ineludible) que para demostrarle que sí era su padre de verdad le cumpliría un deseo, el que fuera.*

*–¿Lo que yo quiera?*

*–Sí, hijo. Tú nada más dime.*

*Sin embargo, Helios, a pesar de que desde lo más profundo de su ser quería ayudar a su hijo a desmentir la calumnia de Épafo, se arrepintió en el instante mismo en que Faetón le comunicó su deseo de conducir, al menos por una vez, el carro del sol. Helios se aterró por lo peligroso de la petición que le había hecho su hijo; intentó disuadirle, y como no lo consiguió, no tuvo más remedio que ordenar la preparación de su nave dorada.*

*Fue necesario maquillar a Faetón para que se pareciera a su padre al menos un poco, era todavía muy joven para que los caballos confiaran en él y lo obedecieran; le pintaron rayos en la cara y gruesos bigotes para que pareciera mayor, pero el maquillaje no fue del todo convincente.*

*Una vez que Faetón hubo montado el carro, y antes de que emprendiera el vuelo, Helios le aconsejó no elevarse demasiado hacia el cielo pero tampoco mantenerse muy cerca de la tierra, pues ambas cosas resultarían fatales. Faetón no le prestó mucha atención y emprendió su jornada. Los cuatro veloces caballos blancos enganchados al carro no estaban acostumbrados al inhábil mando que ahora los intentaba guiar, con frecuencia subían mucho al cielo, completamente desbocados, o se dejaban precipitar, laxos, hacia la tierra. Una vez que los caballos notaron el caprichoso reemplazo del mando, en vez de respetar a su nuevo guía, se rebelaron por completo.*

*Faetón se asustaba de los amenazantes signos del zodiaco cada vez que, curiosos por conocer al nuevo conductor del carro del Sol, se aproximaban demasiado a la bóveda celeste para observarlo mejor; eso le impedía serenarse y, sumado a su falta de prudencia, tan pronto quemó tramos del cielo como evaporó ríos enteros cuando bajaba en exceso.*

*A causa de los incendios que provocó en las alturas, perdura hasta nuestros días una estela de restos de fuego que durante las noches despejadas observamos, conocida como Vía Láctea (éste es un mito de creación de nuestra galaxia poco conocido); a causa de los incendios en la tierra fue como una buena parte de África perdió su vegetación para convertirse en desierto, y a su vez el color de la piel de sus habitantes se oscureció.*

*Cuando Gea, la madre tierra, llegó a su límite, gimió de desesperación y pidió a Zeus que la salvara de una ruina segura. El dios, al no hallar alternativa envió su temible rayo a Faetón, quien cayó hecho un torbellino en el Erídano (el actual río Po, al norte de Italia), donde la muerte lo alcanzó de inmediato.*

*Ante el dolor de su fallecimiento, su amigo Cicno quedó convertido en cisne. Sus hermanas, las Helíadas, recogieron su cuerpo, le rindieron honores fúnebres y lo enterraron en una ceremonia tan emotiva que numerosos poetas la describen en sus obras; las Helíadas lloraron a Faetón con tanta tristeza que fueron metamorfoseadas en álamos y sus lágrimas se convirtieron en el ámbar que se encuentra aún en ese río.*

## XVII

Cuando mi padre mencionó lo de seguir al pie de la letra sus instrucciones, me acordé del sueño del karaoke que acababa de tener un par de horas antes y entré en pánico: la vista se me nubló, como si mi cuerpo fuera sumergido en un baño de miedo hasta los ojos. Mi padre daba instrucciones a través de la radio, que yo no entendía. Recordé las líneas de palabras fluyendo por el monitor del karaoke, líneas imposibles de comprender. Las palabras de mi padre pasaban por mi mente como las del monitor del sueño, entre más hablaba él, menos entendía yo.

Suelo hacer bien las cosas por mí mismo, aunque a veces me equivoque, pero siempre he sido malísimo para seguir instrucciones directamente de los maestros o para seguir cualquier tipo de indicación abstracta. Lo peor que podía pedirme mi padre en ese momento era que siguiera sus instrucciones. Una cosa fue ver y memorizar lo que él hizo cuando volamos juntos y otra muy distinta seguir sus indicaciones, las palabras que dictaba por la radio con tanta rapidez. La solución hubiera sido apagar el aparato para no escucharlo y aterrizar yo solo la avioneta... ¡si hubiera sabido cómo! El problema fue que, cuando volé con mi papá, durante el despegue y durante el vuelo, presté total atención, pero mientras él aterrizaba veníamos discutiendo y entonces ya no memoricé nada de nada; en mi cabeza había un hueco donde debían estar mis recuerdos sobre el aterrizaje: sólo me quedaba una desagradable sensación de malestar y enojo...

Mi padre hablaba de cambiar el rumbo doce grados hacia el suroeste, disminuir la altitud cincuenta pies, ajustar la velocidad a tantos nudos: ¿a qué se refería con todo eso? Yo recordaba la posición de las agujas en los lectores mientras mi padre volaba, las había memorizado en imágenes, como una serie de fotografías o un video, pero una vez que cambié mi atención de las agujas hacia los números perdí mis referentes visuales (cada uno de los ángulos que formaban las agujas) y me confundí, comencé a sudar frío y dejé de entender por completo el tablero de instrumentos.

Al ver que no seguía sus instrucciones mi padre gritó desesperado, luego murmuró unos momentos, creí que estaba rezando, pero no, se le había ocurrido algo: lo mejor era que él volara su avioneta hasta que hiciéramos contacto y después yo lo siguiera. Ésa era la mejor solución.

“¿Por qué demonios me metí en este lío?, ¡híjoles, qué estúpido!”, pensé. Aunque era tarde para los arrepentimientos no dejaba de pensar eso una y otra vez. Tan bien que había resultado la búsqueda de mi padre para que la echara a perder. Me di cuenta que era más fácil levantar el vuelo que aterrizar; se necesitaban cálculos precisos para un buen aterrizaje, sin terminar hecho papilla en el suelo: “¡Cómo no lo sospeché desde un principio! ¡No voy a poder aterrizar! ¡me voy a matar!”

A los pocos minutos vi a mi padre; con suavidad se acercó para volar delante de mí. Me sentí menos asustado. Lo seguí por un tiempo, mientras igualaba tanto su altura como su velocidad; luego avisó que se iba a colocar paralelo a mí, para irme guiando en el descenso, pero que yo tenía que aterrizar solo porque era peligroso que lo hiciéramos juntos en la misma pista.

Ya cerca del suelo mi padre se elevó y cuando sentí que me abandonaba entré otra vez en pánico; a través del parabrisas vi que la pista se aproximaba demasiado rápido, así que me elevé también, persiguiendo a mi padre, que gritó:

–¿Qué haces?... cambio.

–¡Es que no puedo!... cambio.

Tuve que girar en redondo para intentarlo otra vez. Mi padre, entre refunfuños, maniobró para ponerse junto a mí; la segunda vez tampoco me atreví a hacerlo.

–Se te va a acabar el combustible si sigues dando vueltas. Es bueno que el tanque esté lo más vacío posible para evitar una explosión, pero ¡tampoco te quedes sin nada! Dime tu lectura de combustible... cambio.

Tarde o temprano tenía que aterrizar. Ésa era la situación. Ahora estaba absolutamente arrepentido de mi imprudencia, pero ya no había tiempo que perder. Tenía que sacar valor y serenidad de algún lado para atreverme a aterrizar, y no lo conseguí; más bien, dejé de pensar y de escuchar a mi padre. Sólo quedaba un último recurso: aterrizar de la misma manera que en los simuladores de vuelos...”  
¡Claro, si una buena parte de las horas de entrenamiento de los pilotos de verdad se lleva a cabo frente a simuladores!”, pensé; apenas el día anterior lo hice a la perfección en el salón de videojuegos del centro comercial de Jitania. “Es una decisión loquísima, pero no tengo otra a la mano”.

De pronto todo era sólo un juego, un videojuego: lo más que podía perder era el importe de la ficha que había echado en la ranura de la consola. Detrás del parabrisas no había otra cosa que un tubo de rayos catódicos y circuitos electrónicos, porque se trataba de una pantalla, y el movimiento no era real, sino una simulación electrónica. Tanta veces había imaginado exactamente lo opuesto en las salas de videojuegos, es decir, que mi vuelo era real y no un simple juego, que ahora me pareció perfectamente lógico encontrarme en la situación contraria, como un espejo.

No se trataba más que de realidad virtual. No era que me aproximara a la tierra peligrosamente: el panorama brincaba frente a mí, no a causa de las irregularidades de la pista, sino a la buena calidad de la consola en la que estaba jugando en ese momento. Los efectos eran tan fieles que escuchaba las llantas sobre la tierra. Con dificultades, controlé los alerones para disminuir la velocidad y, pese a que por momentos la avioneta se fue de lado, logré mantener mi dirección. Me salí de la pista unos metros y la avioneta brincó tan fuerte que cerré los ojos: “¡si me muero es de mentiritas!”... Al final conseguí frenar totalmente y en el parabrisas salió el letrero de que mi aterrizaje había sido exitoso, de 99 puntos, y que había ganado un juego extra.

Bajé de la avioneta para ver los daños posibles. Aparte de algunos rayones ocasionados por unos cactus, la avioneta estaba intacta. Mi padre aterrizó cerca del final de la pista y corrió hacia mí. Me revisó de pies a cabeza, como para ver si estaba completo. Pasó de la palidez más intensa a ponerse morado y recriminarme que había tenido que suspender una de sus importantes narcocaravanas por salvarme.

En vez de un juego extra lo que gané fue el enojo de mi padre quien, por un momento, pensé iba a arrestarme igual que al *dealer* de la noche anterior para luego entregarme a la estación de policía de Jitania o, peor aún, que iba a convertirme en su víctima de brutalidad policiaca ahí mismo, en pleno desierto.

Pasó un buen rato para que se le bajara el enojo. Al final de la bola de insultos que me soltó (algunos ni los conocía), dijo en un tono más amable:

–¡Se nota que eres m’ijo!, ¡pelao tan atrabancado!, aunque con el tiempo se te va a quitar... lo bruto.

También dijo que lo sentía mucho, pero en ese momento de su vida no podía hacerse cargo de mí en Jitania y de inmediato iba a llevarme al aeropuerto a comprar un boleto de avión para mandarme de regreso con mi madre.

–Me dio mucho gusto verte de nuevo, ¡de veras, hijo! Por desgracia ya tengo bastantes problemas con Gilberto, con Blanca y con el trabajo...

Lo único que pude hacer fue gritarle a mi padre:

–¡Ojalá hubieras sido narco!

Era claro que él no entendió por qué le dije eso, pero no le gustó nada; se limitó a callar y a hacerme un ademán de que lo siguiera. Caminamos en silencio por la pista en dirección al hangar. El trayecto me pareció tan largo como pesado el silencio de mi papá. Era como cargar una roca a lo largo de la pista, a diferencia de la sensación de libertad que había sentido, a pesar del miedo, durante los primeros minutos de mi vuelo mientras amanecía en el desierto. Ahora el sol ya había salido por completo y nos pegaba de frente con total desconsideración, como un tremendo puñetazo.

Subimos a la *troca* y me llevó directo al aeropuerto; por más que protesté pidiendo mi mochila, que había quedado en su casa, jamás cambió el rumbo.

–¡Cállate! ¡Luego te la envío por paquetería! ¡Ahora te vas y luego ya vemos!

## XVIII

En menos de tres días ya estaba realizando mi tercer vuelo. Ahora, montado en un avión comercial que no me hacía la menor gracia. Una mujer gorda clavaba su codo en mis costillas, lo hizo cada vez que sacaba una dona de su bolsa para comerla apresuradamente, como si de esa manera nadie se diera cuenta.

Regresaba de Jitania con las manos vacías... vacías literalmente, porque ni mis cosas había podido recoger. Por lo menos tenía algo que contarles a mis amigos, ya no el vuelo con mi padre, ¡qué va!, sino el mío a solas; también estaba lo de Neiva y lo del *dealer* que mi padre había sometido antes de que pudiera hacerme daño, aunque seguramente los muy malditos no iba a creerme nada.

Llegando a mi ciudad me sacó de onda encontrar, entre la gente que recibía a los pasajeros, a mi madre con cara de circunstancia: una escena parecida a la parte del sueño del karaoke, donde ella espera, junto con la bola de gente, que yo cante.

Mi madre me recibió con frialdad y ni siquiera preguntó por mi equipaje, seguro ya había hablado con mi papá y estaba al tanto de que, como él mismo dijo, lo enviaría después... Promesa que puntualmente olvidó.

Esa noche mi madre me dejó sin cenar. ¡Por primera vez en la vida me dejó sin cenar!: otra consecuencia más de mi incursión en el mundo de los adultos. De niño jamás usó castigos de ese tipo. Me sobreprotegía y su temor a que me pasara algo no se lo permitió. Ahora era casi un adulto (¡un pedazo de adulto!), y debe haber pensado que nada iba a sucederme... ¡Cómo extrañé los megaburritos que había alcanzado a comer en Jitania!

A mis amigos los fantoches les llegó el chisme de mi fuga a Jitania y de mi forzado regreso. Yo no sé cómo estas noticias corren con tanta rapidez, pero así sucede. Pasaron un par de días y, como yo no salía para nada a la calle, fueron a tocar a mi puerta. Sólo pude decirles que me encontraba bajo arraigo por órdenes estrictas de mi madre.

—Ya supimos de tu fuga. Pero, ¿cómo estuvo? ¡Cuenta, cuenta, Garrocha!

Sin embargo, con mi madre a espaldas era difícil detallar mis aventuras, contar lo mero bueno. Resultaba peligroso hacerla enojar más dándole material en contra mía: una confesión que me autoincriminara era lo que menos deseaba ofrecerle en esos momentos a mi verdugo: mi propia mamá.

Los días transcurrieron y permanecí mucho tiempo encerrado en mi cuarto, se suponía que estaba endiabladamente concentrado en aprobar el examen de ingreso a la prepa. Durante las últimas semanas de la secundaria circulaban entre los padres de familia historias alarmantes acerca de la gran cantidad de aspirantes a prepa que cada año son rechazados: chavos cuyos padres son condenados a vagar por oficinas asquerosas, en busca de algún empleaducho a quien sobornar para conseguir un lugar en la prepa popular o, peor aún, teniendo que meter a sus hijos en prepas de paga, de dudosa reputación, con nombres que suenan como universidades extranjeras aunque declaren sólo, en letras pequeñas, el eterno registro oficial en trámite...

Mi madre no quería pasar a formar parte de esas estadísticas ni de los grupos que toman las calles armados únicamente de mantas y pancartas. Por eso me presionaba tanto, pero la verdad es que yo estaba ahora, más que nunca, absorbido por mis videojuegos. Pasaba las noches en vela, remontando los cielos virtuales con mi simulador de vuelos Magic Flight 6.5 ansiando conseguir

la versión 10.1, la más reciente, la mejor. Había escuchado que con la 10.1 la sensación de realidad era casi perfecta, pero como ya había gastado buena parte del dinero de mi cumpleaños en mi aventura, ni pensar en decirle a mi madre que todavía iba a gastarme lo que restaba en un tonto videojuego, además le había prometido que lo iba a reponer todo.

Ni siquiera podía salir a la calle. Mi madre no me dirigía la palabra, sólo dejaba comida suficiente en la cocina para que ése no fuera pretexto para que no estudiara bien, a pesar de que yo no estudiaba ni bien ni mal: no estudiaba nada.

Una noche, el Cuasi, el Tomate y el Chino, pensando que ya había transcurrido tiempo suficiente para que a mi madre se le pasara el coraje, fueron a buscarme otra vez para que saliera un rato con ellos.

–Déjelo salir... doña. Va a portarse bien. Nosotros lo vigilamos para que no haga travesuras. ¡En serio!

–¡No sale hasta que pase su examen! Y, por cierto, ¿ustedes ya estudiaron? –les preguntó mi madre, dándoles con la puerta en las narices.

Claro que mis amigos no se dieron por vencidos, esa noche era viernes y habían juntado varias cervezas, por eso insistieron, no querían dejarme fuera de la diversión, sobre todo en vacaciones. Después de la primera y fracasada tentativa de rescate por parte de las tres cuartas partes de los integrantes de los Fantoques, escuché el ruido de unas piedritas contra mi ventana, arrojadas con tanto entusiasmo que casi rompen el cristal. Me asomé con sigilo para que al abrir la ventana el rechinado no alertara a mi mamá.

–¿No vas a salir?

–No puedo.

–¡Pues descuélgate y te regresas al rato! Y tu mamá ni en cuenta.

–¡No le hagas! Si se entera, me mata.

En un par de ocasiones anteriores en que mi mamá me había castigado, escapé por la ventana desde el segundo piso en el que vivimos: era cuestión de alcanzar el tubo de lluvia que corre al lado, bajar a la cornisa del primer piso y de ahí brincar al suelo: ¡Fácil! Cuando quería volver a subir necesitaba el apoyo de alguno de mis amigos para alcanzar la cornisa y trepar de regreso por el tubo a la ventana. Mi madre nunca se dio cuenta.

La propuesta de mis amigos era tentadora: después de unos días de total encierro ya me urgía un paseíto. Y bueno, ¿qué podía pasar?, bajaba a tomarme unas cervezas con mis amigos y regresaba bien relajado a dormir, para que al día siguiente empezara a estudiar de verdad, con muchísimas ganas.

Ojalá nunca lo hubiera hecho: jamás imaginé cómo terminaría esa noche. ¡De haberlo sabido!... Mejor dicho, de haber sabido cómo empezaría el día siguiente y lo distinta que iba a ser mi vida a partir de entonces...

## Fama vola

Don Polo me enseñó la ilustración de uno de los arcanos de un antiguo tarot florentino. El carro. ¿Que qué tiene de especial dicho tarot? A diferencia de otros, en éste no es un hombre el que está al frente del carro y los caballos, sino un niño que muestra un cartel en el que aparecen las palabras: *Fama vola*.

–¿Quiere decirme, don Polo, que fui como un niño en un carro al que no pudo controlar?

–¡Más que eso! Estuviste a punto de matarte por tu catastrófico deseo de fracasar... Si no ha sido por tu padre...

–¡Fue un accidente!

–¿Un accidente te obligó a subir a la avioneta y tratar de volar tú solo?

–Bueno, no, yo creí que podía aterrizar la avioneta sin problemas.

–¿Y cómo? ¿Con tu título de experto en realidad virtual, con tu larga experiencia en videojuegos?

–¡Aunque no lo crea, hay algunos programas serios con los que de veras se aprende a volar, don Polo!

–Pero tú no estudiaste para piloto, Rigo. Estabas buscando matarte para cumplir tus fantasías: que tu madre te llorara, que tu padre se arrepintiera por el abandono en que te tuvo siempre, que tus amigos supieran al fin que tu padre era el de la foto... Hubieras acabado como el piloto de aquella narcoavioneta que leíste: ¡ todo achicharrado!

–¡Yo no quería matarme! Lo que pasa es que no medí...

–Escúchame bien, Rigoberto Torrentera, ahora puedes dejar atrás tu deseo de autodestrucción. Tienes opciones todavía...

## XIX

De verdad que mis amigos habían almacenado una buena provisión de cervezas. ¡Ésa era mi noche!, estaba de regreso en el grupo de los cuatro Fantoques, y fui el centro de atracción de la charla: no dejaba de contestar preguntas sobre mi reciente aventura en Jitania y, aunque a cambio recibía caras de duda en muchas ocasiones, igual mi relato mantenía por completo la atención del grupo.

Cuando estábamos más animados, el Cuasimodo Velázquez dijo que querían anunciarme una noticia espectacular.

–Ya tenemos el plan hecho y sin fallas.

–A ver, ¿qué plan?

Escuché en silencio el dichoso plan y no me pareció tan bueno, más bien, era una idea muy arriesgada y de inmediato me negué a participar. Ellos alegaron en mi contra que ¿entonces cómo podía presumir de mi fuga a Jitania, de haber dormido con una mujer y haber piloteado yo solo una avioneta?

–¡Nada más nos cuentas puras mentiras, si no eres capaz de algo mucho menos arriesgado, pues tampoco eres capaz de hacer lo que dices que hiciste!

¡Carajo!, me habían atrapado con un argumento indiscutible. Para que mis amigos aceptaran como ciertas mis aventuras en Jitania tenía que participar en su alocado plan. Yo sabía el problema en que iba a meterme con mi madre cuando notara que no estaba en la casa... pero no podía negarme, ¡tanto me importaba que mis amigos aceptaran que eran ciertas las mejores experiencias de mi vida, tanto me importaba no parecer un simple farol ente ello! Además se suponía que íbamos a regresar la tarde del día siguiente, sin broncas, después de abandonar el taxi de regreso...

El plan era loco y arriesgado, pero realizable... al menos eso pensé en un principio..., con el cerebro reblandecido por la cerveza, claro, y envalentonado por mis propios relatos. Creo que nunca había bebido tanta cerveza como en aquella noche. Las cosas sucedieron... ¿cómo dicen en las novelas de suspenso... *maquinalmente*?: una tras otra con gran rapidez, como en el *tráiler* de una película de próximo estreno.

“Una noche en la gran ciudad. Un grupo de jóvenes inexpertos. Varias botellas de cerveza. Un taxi... Un encuentro... ¡No! ¡Un verdadero encontronazo con el destino! No se pierda, en las mejores salas del país: Amanecemos perros... Una película que pondrá a pensar a los jóvenes... y a los no tan jóvenes”.

Caminamos varias calles hasta llegar a la avenida y paramos un taxi, el primer taxi grande que pasó. El Cuasimodo Velázquez se sentó junto al chofer y los demás atrás. Actuábamos de lo más normal. El Cuasimodo Velázquez empezó a hacerle plática al chofer mientras nos alejamos rumbo al sur de la ciudad, que si patatín, que si patatán, y de pronto sin hacer transición alguna, al menos en su voz (como yo esperaba), el Cuasi dijo, con la mayor tranquilidad:

–Ahorita mismo mis amigos te están encañonando por detrás con una pistola, ¿sí? –el taxista puso cara de “no entiendo nada” mientras el Cuasi continuó–. Escúchame bien: vas a bajarte en la esquina sin decir nada... Y más vale que no te ocurra ir con la policía, porque no vamos a hacerle nada a tu taxi, sólo lo vamos a tomar prestado por un día. Te conviene recuperarlo por este mismo

rumbo mañana en la noche, porque si haces la denuncia los que van a robarte son los judiciales, van a regresarte el puro cascarón, ¿entiendes?

–¡Son ustedes unos malditos escuincles! ¡Qué pistola ni qué fregados! ¡Se bajan ahorita mismo! – gritó el taxista muy confiado de que no éramos capaces de traer un arma con nosotros.

Hasta yo me sentí ofendido porque nos subestimaba tan feo... “¡Pero si de veras no tenemos pistola!”, pensé en ese momento. El taxista se volvió para encararnos a los que veníamos atrás, dispuesto a seguir regañándonos; rápidamente el Chino Loranca sacó una pistola de su chamarra y la puso tan cerca de la cara del taxista que éste se quedó bizco por un momento: sin decir ya nada, bajó del coche y se alejó corriendo.

Le advertí al Chino que la pistola nos iba a traer problemas tarde o temprano; no habían hablado de ella durante su explicación del plan, pero él alegó que, como se la había dado su jefe, no habría problema alguno.

–¿Entonces, sí te dieron la pistola que te prometieron?

–Mi comandante Carpio me dio esta maravilla...

–¿Y tienes permiso?

–¿Cómo crees?, los “madrinas” no necesitamos permiso para...

–¿Para matar? –preguntó el Tomate Martínez. Haciéndose el chistoso, todo rojo por la emoción.

–Si pasa algo nada más llamo a mi comandante y ya. Tú tranquilo, que yo trabajo del lado de la ley.

–Pero se supone que no existen los “madrinas”, están prohibidos.

–¡No’mbre!, las cosas no funcionan así. Estamos en México. Lo que pasa es que tú no sabes.

–No se raje mi Garrocha Torrentera. Tan alto y tan coyón –dijo abrazándome el Cuasimodo Velázquez.

Terminaron por convencerme y sentí confianza, por algo el comandante le había dado una pistola al Chino; si nos detenían sólo iba a ser cuestión de que él se comunicara con sus amigos judiciales, y listo... Pero no contábamos con que simplemente, al salir de la ciudad, la jurisdicción del supuesto jefe del Chino también se agotaría... y eso sí de veras el comandante iba a estar dispuesto a sacar la cara por el Chino.

El Cuasimodo Velázquez pasó al volante y el Chino brincó al asiento del copiloto. Me sentí más cómodo porque el Tomate está tan botijón que casi ocupa dos asientos, y ahora quedaba suficiente espacio atrás para los dos. El Cuasi decidió tomar la carretera libre por aquello de que es gratuita y no tiene vigilancia. Eché mi cabeza hacia atrás y, puesto que el camino era tan solitario y oscuro, pude observar las estrellas a mi entero placer.

–¿Y si nos asaltan? –pregunté sin pensar lo que decía y todos soltaron la carcajada.

El Tomate Martínez encendió la radio y sintonizó una estación que transmitía algo de *hip hop*. Me relajé tanto que al fin pude olvidar la violación de mi arraigo domiciliario. Ahora parecía un buen plan: llegar a Acapulco de madrugada y mirar el amanecer en la playa, desayunar pescado recién salido del mar, y volver por la tarde al De Efe para dejar el taxi donde le habíamos dicho al chofer. ¿Qué podía fallar?

Lo que falló fue que ninguno de nosotros notó que el taxi escogido (paramos uno grande y nuevo) trabajaba a gas; cuando nos detuvimos en una gasolinería como a cincuenta kilómetros antes de llegar a Acapulco, nos llevamos la sorpresa. El empleado, después de dar señales de vida al tercer claxonazo, salió tambaleante de su casucha, observó el taxi y nos echó una mirada turbia.

–¡Llénelo, porfa! –gritó el Chino.

–Nomás que no se va a poder...

–¿Por qué no?

–Porque este coche no es a gasolina, ¡je!

Todos pusimos ojos de plato.

–¿Cómo es que no lo sabían, pues?

–¡Ah! Sí, compa, ya lo sabíamos. Póngale gas, por favor –intervino el Cuasimodo Velázquez.

–Nomás que aquí no tenemos.

–¿Entonces dónde hay?

–Hasta Acapulco.

–Ah, bueno, gracias. Disculpe por la despertada, ¿eh?

Y nos fuimos a toda velocidad. El Chino dijo:

–No hay bronca, sí llegamos. ¡Cuánto apuestan a que sí llegamos!

–Si no, tú te bajas a empujar, triste Chino...

## XX

Mientras nos alejábamos les dije que me daba mala espina el tipo de la gasolinería porque cuando nos miró se tallaba los ojos de una manera que, para cualquier detective, habría significado: “¡esto lo veo raro, muuuuy raro!”...

–Tú y tus paranoias. ¿Así cómo vamos a creer tus aventuras en Jitania? Ya aliviánate, ya merito la hacemos.

Poco antes de llegar a Acapulco se dejaba respirar la brisa salada del puerto y un calor muy agradable nos envolvió. La aguja del combustible apuntaba hacia la zona roja de reserva, pero aún no había tocado fondo. “¡Ya estuvo, ya la hicimos!” gritamos los cuatro, tan confiados... Nunca hay que cantar victoria antes de tiempo.

De pronto, después de una curva muy pronunciada, y luego de abandonar su escondite bajo unas ramas de palmeras, un automóvil nos salió al encuentro rechinando las llantas y se atravesó en el camino, cerrándonos el paso. El Cuasimodo Velázquez frenó justo a tiempo para evitar un choque, pero antes de que pudiera meter reversa, de aquel misterioso automóvil salieron tres hombres muy morenos, muy de la costa, con rostro, no sólo de pocos amigos, sino de “es un placer contar con tantos enemigos como sea posible”... Cada uno de ellos traía su respectiva pistola desenfundada y actuaba como si tratase con delincuentes peligrosísimos.

–¿Y ahora qué? –dijo el Cuasi.

–Déjenmelo a mí –aseguró el Chino Loranca con tal aplomo que, por un segundo, pensé que aquellos hombres no significarían un retraso para nuestros planes de desayunar pescado fresco a la orilla del mar, aunque no tardé mucho en ver mi error.

Los hombres se acercaron agachados a nuestro taxi como si les fuéramos a disparar, y se distribuyeron entre los costados del auto y la parte trasera. Los tres nos tenían encañonados. El que quedó junto al Cuasimodo Velázquez le ordenó a través de la ventanilla:

–¡Tú y los otros, bajen con las manos en la cabeza!

El Tomate se hizo bolita en el suelo, junto a mí; yo estaba clavado en el respaldo del asiento, deseando que éste me tragara. El Chino desde su puesto de copiloto, se reclinó sobre el Cuasimodo Velázquez para estirar el cuello y decirle al agente:

–¡Esto es una equivocación, mi capi! Comuníquese con el comandante Carpio y verá cómo todo se aclara de volada.

–¡Comuníquese... mangos! ¡Las órdenes las doy yo, idiota! ¡Salgan inmediatamente con las manos en la nuca! –el agente se enderezó y gritó esto golpeando con la mano abierta el toldo del taxi.

–Mejor te callas, Chino –dijo el Cuasi en voz baja.

No parecía buena idea tratar de explicar nada a ese orangután enfurecido y mucho menos querer ordenarle algo, así que los cuatro Fantoques bajamos sin decir palabra.

–¡Al suelo, bocabajo y con las piernas abiertas!

Obedecimos al instante y esos agentes nos hicieron arrastrar entre la porquería literalmente, porque en el suelo de la carretera donde nos acostamos había caca de vaca o de caballo; no distingo bien

una de otra, pero por ahí pasado algún animal del campo y había alfombrado el suelo con sus gracias.

Mientras el primer agente, el que daba las órdenes, registraba el taxi, los otros dos nos cachearon a conciencia.

–¡Ajajá! –gritó el primer agente con medio cuerpo dentro del taxi–, aquí hay algo interesante.

–Estos andan limpios –dijo uno de los segundones– bueno ya no tanto porque están más enmierdados que nada pues, ¡ja, ja, ja!

–¿De quién es esto? –preguntó el primer agente, después de sacar su inmensa humanidad del taxi y agitando victorioso la pistola del Chino.

En la posición en la que nos encontrábamos, a pesar de la oscuridad y el olor de excremento que ya se había impregnado a nuestras ropas, pude observar claramente el rostro horrorizado del Chino. Seguro que para entonces ya le había caído el veinte de que estábamos muy lejos de la jurisdicción de su mentado jefe Carpio y que en Guerrero las cosas no eran un juego; todos conocen la fama de su gente... y si tomábamos en cuenta que no se trataba de personas comunes y corrientes sino de agentes judiciales... ¡Vaya! Una cosa era segura: no nos íbamos a librar de ésta fácilmente.

El Chino Loranca siempre se había comportado con valentía frente a los problemas en la escuela, al menos siempre que sintiera respaldo. Mostraba sangre helada cuando las cosas se ponían difíciles. Si un grupo de malandrines nos quería quitar nuestras mochilas o molestaba a nuestras compañeras de grupo, el Chino asumía su actitud característica: cruzado de brazos, dominando con la mirada a los agresores, acostumbrado de que reconocieran detrás de él al Cuasimodo Velázquez, tan humilde como famoso por entrenar box en el gimnasio del barrio más bravo de la ciudad; ala Tomate Martínez, que no es bravo, pero sí grande y gordo, y que cuando se pone rojo hasta llega a dar miedo; y a mí, que para nada soy bueno para pelear, pero a veces por lo alto asusto a los más chaparros. El Chino era valiente cuando hacía trabajitos para su comandante Carpio, se sentía protegido por él cuando iba a comprar las tortas o vigilaba a quienes salían o entraban de un estacionamiento, pero ahora no se trataba de una pelea escolar ni de hacer mandados para policías panzones; ahora estábamos perdidos, en la carretera libre a Acapulco, llenos de mierda hasta las orejas y con tres matones de a de veras apuntándonos; ahora el Cuasi no era más que un chamaco en el suelo, incapaz de intimidar a nadie, igual que el Tomate y yo; ahora el Chino estaba meándose del miedo... y sentí pena por él, porque jamás lo había visto así; me había defendido cuando yo aún no aprendía a hacerlo, cuando el Cuasimodo Velázquez todavía no me enseñaba a pelear a puño limpio; el Chino siempre me había protegido, a pesar de que a veces no midiera sus fanfarronadas y saliera con la nariz escurriendo sangre porque el Cuasi había desaparecido justo en medio de una bronca colectiva, para irse a comprar una paletas de coco, que son su debilidad.

Ahora la situación ya no era una simple riña entre adolescentes, había que enfrentar a un trío de gorilas enfurecidos, capaces de cualquier cosa... Tan lejos que estábamos de casa, tan lejos de la protección del comandante Carpio... y el Chino a punto de llorar, mientras yo sentía más compasión por él, que miedo. Tal vez fui un inconsciente otra vez, tal vez fui un tonto, pero por eso respondí lo que respondí, cuando el primer agente, agitando la pistola, volvió a preguntarnos, con las venas del cuello a punto de reventar y los ojos desorbitados:

–¡Por última vez, hijos de la chingada! ¡Respóndame!, ¿de quién es esta arma?

Por eso, por una profunda lástima hacia el Chino fue que respondí:

–Es mía, señor... –aunque en ese momento no imaginé lo mal que iba a irme a partir de entonces...

–¡Aaah, con que es tuya!

El agente se acercó a mí agitando la pistola, bufando y con tanta rapidez que pensé iba a descerrajarme un tiro ahí mismo.

## Factor

–El Complejo de Faetón es más mexicano que el nopal, Rigo, lo que no has considerado es el factor herencia. Naciste en un país en el que heredas un complejo de fracaso: el Complejo de Faetón... así como existe el Complejo de Edipo, del que seguro has oído hablar alguna vez y que así bautizó Freud: el amor patológico del hijo por la madre y su odio hacia el padre.

–Me pusieron a leer la tragedia de Edipo, de... un tal...

–¡Falsófocles!

–¿Cuál Falsófocles? No me cotorree, don Polo: ¡Sófocles!

–¡Ja, ja, ja! A decir verdad, ese complejo no debería llamarse de Edipo, porque el pobre Edipo no sabía que el hombre al que mató era su padre, ni que la mujer con la que se casó, Yocasta, era su madre; no fue su intención (ni consciente ni inconsciente) cometer ni parricidio ni incesto..., se enteró después. Algunos psiquiatras consideran más apropiado llamarlo Complejo de Agripina porque esa emperatriz romana trató de seducir a su hijo Nerón, y eso sí fue con una inten...

–Hablando en fa, don Polo.

–Está bien, Edipo no importa aquí. Resulta que yo descubrí hace muchos años, e hice mi maestría sobre este asunto, que existe el Complejo de Faetón... y que abunda en México, aunque debo decirte que no es privativo de nuestro país, por supuesto: es algo mucho más universal, y consiste en el deseo obsesivo (que surge en el hijo que es separado de su padre a temprana edad) de enfrentarse a una tarea muy superior a sus fuerzas, que necesariamente lo conducirá a un fracaso estrepitoso, a una autodestrucción escandalosa.

–Pero... pero...

–Es que a nadie le gusta aceptar esto, es demasiado duro. Mira, Rigo, heredas una condición y, sin embargo, lo más importante es que te puedes librar de esa herencia maldita. El primer paso es que tomes conciencia.

–¿Entonces usted dice que nuestro país es un país de fracasados?

–No, no es lo mismo, por este tipo de malas interpretaciones es que yo estoy aquí... porque voy a confesarte que yo llegué a ocupar un puesto muy importante en el gobierno, pero un día se me ocurrió, en una entrevista por televisión, decir lo que pienso, y fue suficiente para que se considerara como una ofensa mayor, casi casi una traición a la patria. En ese momento la sociedad no estaba preparada para escuchar lo que dije, mucho menos los políticos, así que inmediatamente pidieron mi renuncia y comenzaron a hostigarme. En realidad me malinterpretaron, yo no dije que nuestro país fuera una nación de fracasados sino una que tendía, como impulso natural, siempre hacia el fracaso, por pura inercia... ¡porque el fracaso se mama, Rigo! Perdóname la franqueza, ¡el fracaso se mama!

–No hay proble...

–¡No, no me perdones nada, ya casi eres un hombre, Rigo, y eres capaz de entender! Mira, la verdad es que el fracaso se enseña todos los días en la escuela y en la televisión. ¡pero!... pero lo importante es que está en cada uno de nosotros cambiar esa orientación con la que nacemos. Los políticos reaccionaron así porque no quisieron aceptar nuestra realidad, la verdad de mi afirmación. Lo bueno es que tú no eres un político: todavía no estás perdido del todo, además, a tus dieciséis años

te espera una vida por delante. Ahora bien, tú tienes dos caminos (o cuatro, u ocho, o dieciséis, depende de ti): seguir molesto con tu situación, o aceptar tu realidad y empezar a cambiarla...

–Dígame una cosa, don Polo, si usted es tan, tan fregón, permíteme que le hable en fa.

–¡Así es como debes hablar conmigo!

–Si usted es tan fregón, ¿qué hace todavía en este sitio asqueroso tratando con muchachitos fracasados como nosotros? ¿No es una forma de fracaso para usted estar aquí, con tanta capacidad que tiene? Todos los que trabajan aquí son puros...

–¡No te evadas, no estamos discutiendo sobre mí, sino sobre ti y tus actitudes ante la vida!

–Pero... un momento. Usted me ha enseñado que lo que vemos de malo en el otro, en especial lo que criticamos con insistencia en el otro, es algo que rechazamos ¡de nosotros mismos! Sin darnos cuenta. Y me pregunto: ¿no será, don Polo... don Leopoldo Cervantes, psicólogo criminal, que usted proyecta su Complejo de Faetón sobre mí?

Esa fue la primera y única vez que don Polo me dirigió una mirada evasiva, aunque se recuperó con rapidez y tragó saliva para decir:

–Por supuesto que también dentro de mí existe un complejo: una serie de complejos, Rigo. Para ser honesto debo decirte que un complejo no es un tumor maligno que se pueda extirpar, como mucho tiempo pensé que podía hacer con los míos y los de los otros. Un complejo es como una especie de fármaco que actúa en nuestra psique en ciertos momentos, y puede funcionar de distintas maneras... no necesariamente en sentido negativo.

–¿Qué es un complejo, don Polo?

–Es algo completamente inmaterial, un conjunto de ideas fijas o imágenes mentales que se acumulan con el tiempo e influyen en las emociones de una persona a tal grado que interfieren con su voluntad consciente, llevándola incluso a cometer acciones muy ajenas a ella; por ejemplo, actos irreflexivos, como pilotear un avión sin adiestramiento... El complejo es una fractura de la psique que muchas veces se produce por un trauma.

–Hablando en fa...

–Un complejo es un fantasma que se aparece ¡dentro de ti!, en momentos poco apropiados, y te juega malas pasadas. Aunque hay que aprender a convivir con él, porque es parte de ti. De hecho, si consiguieras expulsarlo del todo (por algún medio todavía desconocido) te provocaría más daño que bien... ya no serías el que eres, Rigo...

## XXI

Cuando el primer agente se acercó a mí con la pistola en vez de al Chino Loranca alcancé a ver, durante una fracción de segundo, cómo mi amigo me miró en silencio, entre muerto de terror, agradecido, avergonzado y preocupado por mí; tantas emociones revueltas en su interior que los ojos parecían querer salirse para rodar a toda velocidad sobre el excremento regado en la carretera y escapar, irse lejos de allí.

Tenía al agente casi pisándome la cabeza, sin saber si iba a dispararme o qué, y no negaré que empecé a arrepentirme por lo que acababa de responder desde el instante mismo en que ese orangután casi me arranca el brazo para levantarme del suelo de un tirón, pero ya estaba hecho y no iba a desdecirme; hubiera sido peor hacer el doble papelón: de cobarde, rajándome ahora, y de soplón, delatando al Chino.

Me sentí de nuevo como un niño, porque ya he dicho que soy alto y, aunque flaco, nunca en la vida había sentido tanta fragilidad, ni siquiera cuando no supe cómo aterrizar la avioneta y mi padre tuvo que guiarme; ¡no, esto era mil veces peor!: la fuerza de ese agente al levantarme del brazo me hizo sentir tan indefenso como cuando era un bebé. Después de haber probado unos días antes, en Jitania, algunas ventajas de empezar a ser un adulto, ahora este encuentro inesperado en la carretera me regresaba de golpe a mi antigua condición de niño totalmente indefenso...

—¡Tú ni siquiera sabes usar un arma, eres un escuincle caguengue, qué vas a saber tú de estas cosas! —y luego se dirigió a mis amigos—: ¡y ustedes son unos coyones!

Yo no sé si los agentes estaban drogados o si de plano así eran siempre, tan acelerados. El agente continuó gritando:

—¡A ver, escuincle, quiero ver cómo usas esta pistola! A ver si de veras sabes usarla —y me la puso en la mano, señalando con la vista hacia el frente—. Dispárale al fantasma.

A unos cuantos metros de distancia había uno de esos pequeños postes blancos que delimitan la carretera libre, bastante deteriorado y que apenas se distinguía entre la hierba (por cierto, ¿por qué les dirán fantasmas?, ¿porque de noche, a lo lejos, eso parecen a los lados de la carretera?). ¿El agente ordenaba en serio que disparara la pistola o era un truco para aplicarme la ley fuga y poder balearme él a mí? ¿No temía que yo lo matara antes? La pistola era pesada, la levanté en dirección al fantasma, apunté y, cuando jalé el gatillo, estaba como trabado. ¿Qué pasa?...

Si horas antes, mientras me aplicaba con entusiasmo a los videojuegos en la comodidad de mi recámara, me hubieran dicho que poco después estaría tratando de dispararle a un fantasma en una carretera apestosa, en lo profundo de la noche, frente a un violento judicial de Guerrero y con mis amigos hundidos en la porquería, ¡no lo hubiera creído ni en mil años!...

—¡Ja, ja, ja! Ni siquiera sabes quitarle el seguro, imbécil. Esta pistola no es tuya. ¿A quién se la robaste? ¡Confiesa! — el agente estaba morado y golpeaba el toldo del taxi; volteó a ver a mis amigos, mis pobres amigos, tan desamparados como nunca, retorciéndose de miedo, bocabajo, en el suelo.

Habíamos caído hasta el fondo... ¿y ahora qué? ¿qué harían los agentes con nosotros?, ¿nos despacharían ahí mismo y luego irían a tirar nuestros cadáveres al mar?, ¿o primero se divertirían torturándonos, haciéndonos pedacitos? Sentí tanta desesperación que por un momento pensé: mejor que nos ejecuten de una vez.

El agente ordenó a sus subalternos partir mientras él subía al taxi (quién sabe si logró hacerlo llegar a la comandancia de Acapulco con el poco gas que le quedaba). Los agentes nos hicieron subir a su vehículo, pero antes nos obligaron a limpiarnos la ropa con las manos para que no les ensuciáramos el asiento trasero, donde apenas cupimos hechos bola.

Llegamos a un edificio descarapelado, con más de aquellos gorilas costeños rondando en su interior, y nos encerraron en una celda improvisada en el sótano: unas cuantas varillas para construcción mal soldadas entre sí hacían las veces de puerta de semejante calabozo.

Dentro del sótano no conseguimos ver ni el más mínimo rastro del amanecer, pues no había ventanas, ni ventilas ni nada parecido que nos comunicara con el exterior, sólo había un foco como de sesenta watts. Olía a alcohol y a basura. Por lo menos otras cuatro personas dormían ahí dentro cuando llegamos, seguro que puros borrachos salidos de los antros del Acapulco turístico. Entre ellos estaba un travesti tumbado sobre el único catre, y quién sabe de qué influencias gozaba él que se le permitía descansar menos incómodo que a los otros.

Más tarde vinieron a liberar a los que ocupaban primero la celda, incluyendo al travesti, quien, a pesar de su pintura corrida por la cara, nos saludó con gran alegría, como si hubiéramos ido a visitarlo a su habitación en un hotel de lujo.

—¡Hola muchachos!... ¡Ay, pero que feíto huelen, les urge un buen baño!, ¿eh?, ¡ji, ji, ji!

A nosotros nos arrojaron al suelo unos pedazos de pan duro y nos quedamos más solos que nunca, bajo la triste luz de sesenta watts.

—¿Y ahora qué vamos a hacer?

—Esperar.

—¿Qué va a pasar con nosotros?

—Aguantar vara...

—¿Y qué onda con tu comandante, Chino?

—¿Con Carpio? Pues ya ves que ni nos dejan hacer una llamada... Nomás que hable con él y van a ver.

—Yo no puedo comer esta porquería de pan. Necesito darme un regaderazo... ¿Ustedes pueden comer este pan?

—¿Qué esperabas, que te sirvieran tu desayuno universitario, con juguito de naranja y mermelada?

Debido al calor los olores se alborotaban y no nos podíamos olvidar de ellos. Lo bueno era que el excremento de los animales de campo no huele tan mal como el de las personas o el de los perros de la ciudad, supongo que por la diferencia de dietas: la caca que traíamos pegada olía a hierbas, a paja húmeda... Lo malo era el olor que ya había en el sótano desde antes de que llegáramos: tan ácido que picaba la nariz.

Buena la habíamos hecho, porque ni playa, ni amanecer, ni pescado recién salido del mar, ni chavas en bikini, ni nada; en vez de eso, un calabozo, una semioscuridad de atmósfera de pesadilla, pan duro y gorilas vigilándonos.

Para estas horas lo más posible era que mi madre ya se hubiera dado cuenta de mi nueva ausencia: después de tocar varias veces a mi puerta y al no ver señales de vida habría corrido a telefonar de

nuevo a mi papá. Ahora la confusión sería mayor, porque esta vez mi padre no iba a tener ni idea de dónde encontrarme.

Pasado el mediodía ya moríamos de hambre y tuvimos que repartirnos los pedazos de pan duro, que para entonces ya no nos parecieron tan mal. La sed era la que nos preocupaba: gracias a la cruda de cerveza y al calor, estábamos cerca de la deshidratación. El Tomate Martínez dijo que íbamos a tener que empezar a beber nuestra orina, aunque ninguno estuvo convencido de llegar a ese extremo. Antes bien el Cuasimodo Velázquez descubrió una tubería que tenía una milimétrica fuga de agua y nos turnamos para chupar el hilillo que escurría por el tubo. Por lo menos no parecía agua del drenaje: sólo sabía a salitre y metal.

Después de degustar nuestro manjar, el sueño nos fue tumbando uno a uno, y a pesar de lo incómodo del suelo, nadie peleó por el catre.

## XXII

De pronto escuché una voz entre sueños. No podía ni abrir bien los ojos para ver quién hablaba. La voz era ronca, pero imitaba la de una mujer extremadamente amable, como de una azafata:

–Caballeros, hagan el favor de preparar su equipaje porque en breves instantes una linda edecán pasará por ustedes para acompañarlos a la salida. No olviden llevar todas sus pertenencias... ¡Ja, ja, ja!...

Como ninguno de los cuatro nos movimos un milímetro, el de la voz cambió su tono por uno que le iba más natural:

–¡Párense tarugos! ¡Ya se van de aquí! ¡Pero antes limpien todas sus porquerías! ¡No se atrevan a dejar basura!

Los dos agentes segundones que nos habían detenido, ya sin su jefe, abrieron la mazmorra donde estábamos y a jalones nos hicieron subir a la oficina de la comandancia, en donde tomaron nuestros datos y huellas digitales (“tocamos piano”, como dicen); luego uno de los agentes nos esposó las muñecas, nos sacó a la calle, donde el sol nos encegueció, y nos dijo que subiéramos a su vehículo.

–¿A dónde nos lleva?

–Sí, ¿a dónde vamos a ir?, ¿eh?

El agente condujo, sin decir palabra, a la estación de autobuses del puerto. Por un momento pensamos que nos dejaría libres, que hasta ahí quedaría el asunto, ¡qué estúpidas esperanzas!, no fue así para nada. No hay peor cosa que ver cómo se derrumba una ilusión ante las propias narices. El agente compró cinco boletos a la ciudad y nos hizo subir al camión antes que él.

Los pasajeros, desde su asiento, nos miraban con resquemor porque íbamos esposados, seguro pensaban: “¡quién sabe qué tipo de alimañas han de ser estos sinvergüenzas donde los traen tan vigilados!” Era penoso andar con las manos esposadas mientras los demás viajaban libres de regreso de sus vacaciones, algunos todavía en traje de baño bajo las bermudas, con chanclas y lentes oscuros, regando arena en el piso del camión.

En el De Efe llegamos a la terminal de autobuses del sur y dos sujetos ya nos esperaban. Éstos se veían menos feroces que los agentes de Guerrero, incluso parecía que ni siquiera estaban armados. El agente estatal intercambió algunas palabras con ellos, los hizo firmar un documento y nos entregó, con todo y la pistola del Chino, señalándome a mí.

Viéndolo bien, nuestros nuevos guardianes no parecían tan feroces como los agentes de Guerrero, cierto, pero en modo alguno eran más amigables, sólo menos morenos y sin acento de la costa. Al Chino le brillaron los ojos y, nada más se alejó el agente estatal, se adelantó hacia los nuevos guardianes:

–Comuníquese con el comandante Carpio, por favor –le repitió su cantaleta a uno de los guardianes. El tipo miró al Chino como a una mosca sobre el hombro: se limitó a soltarle un par de groserías y lo calló de un sopapo en la nuca.

Subimos al coche de los nuevos guardianes, cabizbajos por la reiteración de que las influencias del Chino Loranca tampoco nos salvarían esta vez. Después de sufrir el tráfico de la ciudad supimos cuál era nuestro destino al ver la fachada del edificio frente al cual se detuvo el coche. Consejo Tutelar para Menores Infractores. Los guardianes (hasta ese momento nos enteramos que eran

custodios del Tutelar) nos llevaron a la Sala de Observación y Clasificación del Consejo, así le llaman a esa asquerosa habitación tan parecida al calabozo del que recién habíamos salido.

Estuvimos encerrados un día entero, aislados porque durante esa etapa de nuestro ingreso al consejo no podíamos hacer llamadas ni recibir visitas, ni nada por el estilo, mientras decidían qué hacer con nosotros. Pasamos por una revisión médica poco rigurosa: según la doctora que me tocó ¡yo mido 1.89 y peso 85 kilos!, cuando en realidad mido como 1.78 y peso más o menos 64 kilos. Al escuchar las cifras que la doctora le iba gritando a su ayudante yo protestaba para decir que eso no era cierto, pero no me escucharon: era como si trataran con un animal al que no tenía caso tratar de entender. Tampoco estuve de acuerdo con que soy de complexión física robusta cuando todo mundo nota que soy un flacucho. Nos hicieron además un examen psicológico y un estudio socioeconómico: alcancé a escuchar que me clasificaron de bajo nivel económico, familia desintegrada, con estudios truncados, carácter agresivo, consumidor de metanfetaminas, tatuado y con marcadas tendencias antisociales. Lo único que les faltó fue inventar que había violado a mi abuelita...

Al cabo de un par de semanas comprendí que para el consejo los datos que exageraron sobre mí iban más de acuerdo que los verdaderos, con mi historial de presunto responsable de robo (del taxi) a mano armada y mi consecuente castigo. ¡Claro!, así era más fácil para el Consejo justificar su decisión sobre mi destino, desde su escritorio, sin conocerme en persona, confiando en las *fieles* evaluaciones de sus peritos. Con esos datos era más fácil la tarea... era más fácil ajustar la realidad a sus sabias decisiones que lo contrario.

## Fábula fantásmica

*Fui fariseo. Fingí fe, facultades: fanático fortuito. Forjé fachadas falaces, farsas, fantochadas, faramallas, faroladas, fuegos fatuos, ficciones, falsedades, fraudes, figuraciones, fiascos, felonías... fábulas fantásmicas. Frecuenté francachelas, festines, fandangos, farras: fútiles formas físicas. Formé falanges: fulanos fascistas. Frecuenté fastuosos falansterios: funestas fábricas.*

*Fugaz, fiebre fácilmente fatiga, fastidia, frustra fantasías, funde fuerzas.*

*Fragilidad... fallas, finas fisuras fracturando felicidad. Fatídica fama... fracaso. Fenezco finalmente: famélico Faetón fulminado.*

Don Polo terminó de leer la composición que escribí con la ayuda de un par de diccionarios que él me había prestado y, cerrando mi cuaderno, dijo:

–No sabes lo que has ganado, Rigo: un incremento de conciencia enorme. Pero ahora debes comprender que la caída, tu caída, no es algo definitivo, sólo es una parte del viaje... de uno de los viajes que harás en tu vida.

–¿Cómo?

–Tú crees que la caída es el final del viaje, cuando es sólo el fin de la primera parte del viaje: en realidad, sucede que has llegado al centro.

–¿El centro a donde quería llegar?

–Exacto, encontraste lo que andabas buscando.

–¿El Consejo Tutelar?

–¿Tú qué crees, Rigo?

–¡Que yo solito puse la piedra para tropezarme!

–¡Tú lo has dicho!

## XXIII

Estábamos todavía en la asquerosa sala de observación, pensando si comer o no de una olla de frijoles burbujeantes, cuando entraron un par de custodios con el taxista al que le habíamos pedido prestado (a fuerzas) su coche. Nos colocaron a mis amigos y a mí en línea y le preguntaron al taxista:

–¿Fue éste?

El taxista apenas si me miró y afirmó, como si hubiera estado de veras segurísimo:

–Sí, fue él; él me encañonó y dijo que iba a matarme si no le dejaba el taxi.

–De acuerdo –dijeron los custodios y salieron con el taxista.

Por suerte para nosotros el taxi fue entregado por los agentes de Guerrero sin daños y, el taxista, mediante una cantidad de dinero que reunieron nuestros respectivos padres, se desistió de la acusación de robo; gracias a eso mis amigos salieron libres al día siguiente de nuestra llegada al Consejo, ya que la institución determinó que ellos sólo tenían que cumplir con asistir a unas sesiones externas de terapia semanal.

El problema para mí fue que el judicial de Guerrero levantó un acta ante el ministerio público federal sobre el arma que había encontrado en mi poder, por lo tanto, el Consejo Tutelar para Menores Infractores, usando el acta del judicial como prueba, más mi ficha de clasificación (que demostraba mi gran peligrosidad), decidió imponerme una pena de seis meses de terapia interna por portación de arma de fuego y amenaza de muerte.

La característica esencial de la decisión del Consejo era que se trataba de una sanción inmutable, eso quiere decir que no se podía sustituir por una terapia externa (o sea, una especie de libertad bajo palabra), ni por el pago de una multa... A fuerzas tenía que cumplir los seis meses encerrado en el Consejo Tutelar, junto al resto de la población de menores infractores: una runfla de gandallas capaces de arrancarme los brazos al menor descuido, además de perder mi oportunidad de hacer mi examen de admisión para pelear por un lugar en la prepa.

Una vez que salí del centro de clasificación, me permitieron tener visitas y, para mi sorpresa, la primera que recibí fue la de mis padres... ¡juntos! Yo nunca los había visto juntos ni en fotografía. Bueno, sí, los había visto así en alguna vez, pero por supuesto que no lo recordaba, era demasiado pequeño en aquel entonces.

El gusto de verlos juntos hubiera sido enorme de haberme encontrado en una situación distinta, ¡demonios! Mi papá aseguró que haría su mejor esfuerzo por sacarme lo más pronto posible de ese infierno, pero yo tenía que cumplir por lo menos con la mitad del tiempo de la condena adentro, en especial, demostrar ante el Consejo Tutelar buena conducta, y que, durante esos meses, había logrado el progreso necesario para que me reinsertasen en la sociedad sin constituir un peligro para ella; eso tal vez podía lograrse en menos de seis meses, pero claro que yo tenía que poner de mi parte y dejar de hacer estupideces.

“¿Reinsertarme en la sociedad?”, ni que fuera yo tachuela, ¡por favor! “¿Poner de mi parte?” ¿Y cuál era mi parte? Poner de mi parte era lo que justamente me había traído a este sitio, y poco antes poner de mi parte me había llevado a Jitania para caer directo en las manos del *dealer* que pudo

haberme destazado y, luego, a querer volar a solas la avioneta de la policía. ¡Todo eso había sido “poner de mi parte”!

De nuevo estaba en una situación megacontradictoria: feliz por ver a mis padres juntos y, al mismo tiempo, jodido por el terrible encierro y la falta de perspectivas en mi vida.

–Lo de menos es que salgas de aquí –decía mi papá–, ¡pero lo que no quiero es que te conviertas en un delincuente y caigas en una cárcel de verdad! Todavía no tienes un antecedente penal; a tus dieciséis aún no eres sujeto responsable ante la ley, pero pronto lo serás... En realidad lo que vives en este Consejo Tutelar no es una sentencia, es un simulacro de lo que vendrá en el futuro si no cambias tus pasos: no has sido juzgado ante el rigor de la ley, sólo estás sujeto a una terapia... La próxima podría ser en serio, cuando ya tengas dieciocho años...

–¿Cómo que lo de menos es que salga de aquí? –exclamó mi mamá–. Tienes que mover tus influencias y sacarlo de este horrible lugar. ¿Qué no trabajas para la policía?

–Sí, pero para la de Jitania. Y Jitania está muy lejos de aquí, y aquí nadie quiere que le den órdenes de afuera. Además a Gilberto... ¡perdón!, digo, a Rigoberto, no le conviene que sepan que es hijo de un policía porque lo van a maltratar en serio.

–¿Cómo? ¿Sería al revés, no papá? –pregunté pasando por alto lo gordo que me caía que confundiera mi nombre con el de mi medio hermano.

–¡No! ¡Por supuesto que no! Los delincuentes, incluyendo a los encerrados en este Consejo Tutelar, por principio odian a los policías... ¡Ahora todo mundo odia a los policías!... Y si saben que eres hijo de uno te van a hacer ver tu suerte... así que ni se te ocurra mencionarlo.

## XXIV

Así fue como llegué al Consejo Tutelar para Menores Infractores y me dieron mi uniforme reglamentario (mi harapo reglamentario, querré decir) para poder integrarme a la runfla de gandallas de la zona de dormitorios: las celdas pues.

–Lo sentimos mucho, señorito, pero no ha llegado el modisto para que le tome las medidas de su uniforme... Disculpémos, nomás por mientras tiene que usar éste... ¡ja, ja, ja!

Mi madre se encargó de comprarme ropa nueva de color beige reglamentario, y en cuanto las usé, me sentí mejor. Aunque el gusto duró poco, ya que al chico rato unos gandules me las quitaron para repartírselas entre ellos y dejarme a cambio unos harapos más apestosos que los originales.

–Te lo agradezco mucho, mamá, pero ya no traigas cosas nuevas, porque aquí lo nuevo no dura nada, y aparte salgo aporreado...

Podría decir muchas cosas de mi mamá, pero de que es lista, es lista... Al siguiente día de visita llegó con un uniforme remendado... aparentemente. Un uniforme nuevo que se hace pasar por viejo... Hasta manchones tiene, hechos con tintes muy realistas. ¡Nooo, si mi mamá no es nada tonta! Debe haberse desvelado muchísimo confeccionando mi uniforme-disfraz. También, a partir de entonces, la comida que me trae viene en botes de plástico reciclados, botes usados de yogur con quemaduras de cigarros. Me trae filetes de buena calidad bajo una capa de frijoles refritos a la que nadie presta atención.

Los primeros días tuve que sufrir mi novatada, por ser de recién ingreso, y ya me tenían cansado con los famosos ganchos y los cobijazos (a media noche, mientras duermes, te envuelven con una cobija y entre todos se patean), pero no hay mal que dure cien años, toda novedad termina por pasar, por aburrir, como cualquier entretenimiento. Llegaron dos nuevos *giles* al Consejo y pronto el jefe de mi dormitorio y la bola de gandallas, incluyendo a los *mostros*, perdieron el interés de molestarme a mí.

Los chavos nuevos, menos altos que yo, lucían más desamparados que un par de ratones frente a un grupo de gatos callejeros, y tal vez por eso se ensañaron tanto con ellos; a cada rato aparecían golpeados, mostrando tamaños moretones, a uno incluso le dislocaron un hombro... o sea que a mí no me fue tan mal... Desde que llegaron yo les advertí sobre lo que les esperaba, pero hasta ahí llegué, pensé que esta vez era mejor no meterme de redentor para salir crucificado, y mejor me ocupé de mis asuntos, de cualquier manera yo no podía defenderlos contra la bola de gandallas y ellos tenían que cumplir su propio destino, porque por algún motivo vinieron a parar aquí. Tal vez algo aprenderían para su provecho, tal vez don Polo los podría ayudar... Luego resultó que ellos también la libraron porque a la semana siguiente llegaron otros chavos y la historia se repitió ahora con los nuevos.

Fue después de la primera sesión de ganchos que me dieron los *mostros* cuando conocí a don Polo: el licenciado con maestría en psicología criminal Leopoldo Cervantes. Al principio yo había creído que la terapia interna sólo se refería a sufrir el encierro y las molestias que los habitantes del Consejo Tutelar se encargan de ocasionarle las veinticuatro horas del día, hasta que empecé a trabajar con don Polo y su librote.

## Clave de sol

La semana pasada hubo un motín, pero esta vez no eché a perder las cosas, aunque al principio el jefe de mi dormitorio por poco me convencía:

–Mira, Rigo, es sólo una protesta justa... por la comida, por las malas condiciones en que vivimos aquí. ¿A poco a ti te gusta cómo nos tienen?

Yo estaba de acuerdo con exigir un mejor trato y comida decente, pero al final desconfié de las aparentes buenas intenciones del jefe de mi dormitorio... porque era el mismo que me había traído de encargo cuando llegué aquí; el mismo que nos robaba a mis compañeros y a mí los botones de la ropa para luego vendérselos a cuentagotas, según fuera necesitando dinero... Lo pensé mejor y me negué; entonces él se violentó y me amenazó con el picahielo que siempre trae escondido en su overol. Tuve que prometerle que sí participaría en la protesta, para que me dejara en paz, pero en vez de unirme a los otros en el asalto a la cocina o para subir a la azotea, fui directamente a ver a don Polo para aclararle que yo estaba a favor de exigir mejores condiciones pero no deseaba meterme en problemas.

Mientras don Polo juntaba a los pocos que no quisimos participar en la protesta, los demás comenzaron a correr como cabras locas por todas partes, volcaron las ollas de comida por los pasillos, rompieron cristales, grafitearon las paredes y subieron colchonetas a la azotea para quemarlas. La autoridades del Consejo desalojaron de inmediato a los familiares que ya habían entrado al área de visitas, quienes una vez afuera vieron cuando el humo negro se elevó sobre el edificio del Consejo. Otras personas, que recién llegaban al Consejo con intención de ver a sus internos, se toparon con la noticia del motín y se unieron a los familiares expulsados para exigir, en bloque y a gritos, que los dejaran revisar cómo estaban los menores, sobre todo cuando un camión de la policía se estacionó frente al edificio y de él descendió un grupo de granaderos tolete en mano, con cara de: “¡los calmamos porque los calmamos!”.

En menos de quince minutos los principales canales de televisión se enteraron del motín y pronto la imagen del Consejo Tutelar para Menores Infractores, con todo y su columna de humo, recorrió el país entero. Los locutores lanzaron rumores de lo más amarillistas: que había amenazas de quemar vivo al director del Consejo, que los granaderos ya habían golpeado a quién sabe cuántos de nosotros... Pero la verdad fue que, después de una negociación absurda, el motín simplemente se acabó; fue absurda porque los amotinados exigieron una generosa dotación de pastelitos de crema y mermelada a cambio de desalojar la azotea y regresar a los dormitorios como si nada.

Después del acontecimiento, el fin de semana, el Presidente de la República nos hizo una visita para prometer, ante las cámaras de televisión, que pronto habría cambios, toda una reforma en el Consejo Tutelas para Menores Infractores: ¡ojalá que así sea! El acto fue aprovechado por nuestro compañero el Greñas para hacerse famoso poniéndole cuernos al Presidente en una foto que circuló a nivel nacional.

Ya han transcurrido casi tres meses desde que estoy en este remedo de prisión para adolescentes y don Polo acaba de recibirme en su privado con una sonrisa especial.

–Nunca lo veo tan contento, don.

–Rigo, tengo que darte un par de noticias...

–¿Buenas o malas?

–Buenas. ¡Qué digo buenas: excelentes noticias!

–A ver, ya dígamelas.

–Mediante mis informes sobre ti al Consejo, ¡ejem!... he conseguido un par de cositas... –lo dice así, dándole suspenso al asunto–. Mira, primero: que anticipen tu libertad una vez que concluyas el cincuenta por ciento de tu terapia a la que fuiste condenado.

–¡Oooorale, eso sí que está de pelos!... Salir de aquí por fin. ¿De veras?... ¿eso quiere decir que la próxima semana saldré libre?... ¡No lo puedo creer!

–Exacto... Con la condición de continuar de manera externa tu terapia, una vez a la semana, hasta completar los seis meses...

–¡Me suena más que perfecto, don Polo! Así lo vengo a visitar...

–Y la segunda: que seas admitido, a *prueba*, óyelo bien, Rigo: a *prueba*, en una escuela preparatoria del gobierno. Esto quiere decir que el próximo lunes te presentarías a clases y que, a pesar de que el ciclo comenzó hace casi un mes, debes mantener un promedio mínimo de ocho y...

–¡No se preocupe, don Polo, no lo voy a hacer quedar mal! Yo ya había dado por perdido este año, pero ahora, no habrá nada que me...

–Y hay algo más: te quiero pedir un favor.

–¿Un favor... usted a mí? ¿Un favor?

–Sí, como tú has sido el paciente que encarna mejor mis aportaciones sobre el Complejo de Faetón, hay un congreso internacional de psicología forense a donde quisiera exponer tu caso, pero antes necesito tu permiso, por supuesto...

–¡Eso significa que va a regresar a la circulación, a la batalla por sus ideas! ¿También usted se va de aquí?

–Tal vez sea sólo por una temporada, Rigo; hay mucho por hacer aquí. El problema no sería que yo continuara en esta institución o en otra, sino la actitud que asuma, en este sitio o en cualquier otro. Conocerte a ti y a tu historia me ha sacudido, ha sido tan importante para mí que ahora tengo la posibilidad de pasar de la teoría, de lo abstracto, a lo concreto y documentar un caso particular: tu caso... Y eso fue posible gracias a que tuve que dejar el importante puesto que tenía, detrás de un escritorio, para poner en práctica mis conocimientos contigo y los otros muchachos del Consejo. Ya sabes que yo también tuve mi propia caída y vine a parar aquí, pero lo que originalmente fue un castigo ahora ha sido mi salvación para emprender mi viaje de regreso. Mira, Rigo, si tú me lo permites... Digo, si además tú estuvieras dispuesto a presentarte conmigo en el congreso de psicología forense, para que te evalúen otros psicólogos, yo quedaría más que agradecido contigo para siempre: podría conseguir que mis investigaciones sobre el Complejo de Faetón fueran difundidas a nivel internacional.

–¡Claro, nomás dígame cuándo! ¡si yo soy el que siempre va a estar agradecido con usted, don Polo!

Estoy tan asombrado y tan contento a la vez de que mis experiencias puedan servirle de algo a alguien, que no lo puedo creer; tampoco puedo creer que mi historia personal tenga que ver con algo que, se supone, sucedió hace tanto tiempo, en un lugar tan lejano. Ya sé que Faetón es un mito, pero don Polo dice que en el origen de los mitos siempre hay algo de verídico... porque pertenece a la condición humana. En última instancia, lo menos que he aprendido con don Polo es que mis

vivencias no son asuntos intrascendentes, sin importancia, sino que tienen un valor. No tengo que ser famoso para que mis anécdotas valgan la pena contarse...

–Bueno... Todavía hay algo más... –dice el psicólogo mirando su reloj.

–¿Algo más?, ¿qué puede ser?

–Justo ahora tienes una visita muy especial.

–¡Es mi papá!, ¿verdad?

Salgo a toda velocidad al área de visitas, pero no distingo a mi padre, en cambio a quien veo es a... ¡Soledad! ¡Sí, Soledad! Sin decir palabra, Soledad y yo nos abrazamos tan fuerte, con tanto entusiasmo y desesperación, que pienso: si soy capaz de abrazarla de esta manera, ahora me doy cuenta que no debí haberme ido a Jitania sin decirle nada, no debí haberme enojado con ella por una causa tan injusta como absurda: ¿cómo demonios pude esperar que ella me felicitara en mi cumpleaños si siempre me negué a decirle cuándo era? ¿Tendrá razón don Leopoldo al decirme que transferí el enojo que tenía con mi padre hacia ella?

–¿Cómo estás? –pregunta Soledad–. ¿Cómo te encuentras?

–Estoy... encontrado... ¡Eso mero: estoy encontrado! –le respondo.

Ahora es tiempo de hablar y de poner las cosas en su lugar, y mi lugar está fuera de aquí. Yo no quiero sufrir un accidente para que mi padre me visite en el hospital o me lllore en un gran funeral; ya no necesito demostrarle a nadie quién es mi padre... ni a mí mismo: él tiene su propia vida en Jitania; yo no quiero ser piloto aviador: todavía no sé qué carrera quiero estudiar, pero ya lo sabré después; yo no soy Faetón... aunque en cualquier momento pueda aparecerseme como un fantasma, y sólo ahora que conozco la historia de Faetón sé bien todo eso.

Soledad me toma de la mano y caminamos juntos hacia el pequeño jardín en el centro del área de visitas del Consejo Tutelar, porque en el mero centro de esta fría institución existe un mini jardín con un único pero espectacular árbol. Soledad y yo llegamos a él y, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, nos sentamos al pie de este gran árbol: un ciprés, un tipo de árbol que suele tener ramas tan altas y raíces tan profundas que, según me ha contado don Polo cuando me mostró algunos cuadros de Van Gogh en los que aparecen cipreses, simboliza la unión entre el cielo y la tierra (la unión entre los opuestos), y que por eso en la antigüedad era considerado un árbol sagrado, símbolo de la eternidad y la resurrección... a la vez que (así tenía que ser) de los infiernos y de las regiones subterráneas.

Estoy seguro de que este ciprés se ubica en el centro del laberinto a partir del cual emprenderé mi camino de regreso... ahora con nuevas pistas y con un libro, que don Polo me regaló, bajo el brazo: *La Odisea*; persiguiendo una clave distinta a la de fa: la clave de sol... con Soledad junto a mí... bajo este sol esplendoroso.

FIN